

LA TÉCNICA EN FREUD Y SUS EFECTOS EN LA CLÍNICA DE LACAN HASTA  
1964.

CLARA EUGENIA RESTREPO V.

Trabajo de tesis para optar al título de magister en investigación psicoanalítica.

Asesor

JULIO EDUARDO HOYOS.

Mg en investigación psicoanalítica.

*UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA*

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

DEPARTAMENTO DE PSICOANÁLISIS

LICENCIATURA MÚSICA

MEDELLÍN

2015

## **Agradecimientos**

Agradezco al magister Julio Hoyos, mi director de tesis y acompañante en el camino recorrido. Por quien me sentí escuchada, comprendida en mi interés y causada en mi deseo hacia el psicoanálisis.

## **Dedicatoria**

A mi hijo Valentín, quien me acompañó en la mayor parte de elaboración de este trabajo, con su serenidad, paz y alegría.

## CONTENIDO

1. INTRODUCCIÓN .....	7
2. EL ARTE DEL DESVELAMIENTO DEL INCONCIENTE .....	14
2.1. Contexto filosófico.....	14
2.2. Algunas miradas de la técnica en Freud.....	20
2.3. De Freud a Lacan. ....	31
3. LA TÉCNICA EN FREUD.....	35
3.1. Método catártico: las palabras del médico curan. ....	35
3.2. Construyendo el método psicoanalítico. ....	38
3.2.1. La presión terapéutica. ....	39
3.2.2. La asociación libre, en busca de la génesis de los síntomas. ....	43
3.2.3. Curando la neurosis artificial, la neurosis de transferencia.....	47
3.2.4. Hacer entrar al paciente en el recuerdo. ....	54
3.2.5. Tras la corrección del proceso de represión.....	57
4. CLÍNICA DE LACAN HASTA 1964: LA CLÍNICA DEL DESEO.....	64
4.1. Un retorno a Freud. ....	64
4.2. Los tres registros de la realidad humana y la práctica clínica.....	67
4.3. Una confusión en la interpretación de la técnica freudiana. ....	71
4.4. El esquema de la experiencia analítica.....	74
4.5. En pos del encuentro del sujeto con su deseo. ....	76
4.6. Sobre el lugar del analista. ....	79
4.7. Herramientas de la técnica analítica.....	84
4.7.1 La transferencia.....	87
4.7.2. La interpretación. ....	93
4.7.3. La asociación libre. ....	97

5. LA TÉCNICA PSICOANALÍTICA EN DORA Y LA JOVEN HOMOSEXUAL: Las intervenciones de Freud y las precisiones de Lacan.....	99
5.1. Las palabras de Dora y las interpretaciones de Freud.....	100
5.1.1. Los sueños de Dora y su interpretación. ....	107
5.1.2. Lacan y su retorno al caso Dora.....	113
5.2. La joven homosexual. ....	116
5.2.1. Las intervenciones de Freud.....	116
5.2.2. Las precisiones de Lacan frente al caso de la joven homosexual. ....	121
6. CONCLUSIONES .....	125
7. BIBLIOGRAFÍA .....	130

## **Resumen**

Sigmund Freud, define el psicoanálisis como un método investigativo, terapéutico y un constructo de conocimientos. Este hace referencia a la técnica como aquellos recursos que le permiten al analista, recorrer el camino tanto de dicha investigación como de su objetivo terapéutico. Tanto estos recursos, como la aplicación de los mismos, van tomando giros y matices diferentes de acuerdo a los momentos lógicos de su práctica clínica. Por esto, se piensa que no puede hablarse de una sola técnica en Freud. Lo que orientó la presente investigación a decantar seis momentos de la técnica en el fundador del psicoanálisis.

Se encuentra que Freud, desde 1912, traza un enigma consistente en la imposibilidad de estandarizar las maneras de operar, pues cada paciente puede plantear la necesidad de una actitud diferente.

Jaques Lacan, recoge dicha problemática afirmando la necesidad de un retorno a Freud, advierte la importancia de aplicar los recursos técnicos de acuerdo a cada caso. Para Lacan, el principal descubrimiento de su antecesor, fue la manera en que evidenció la verdad oculta en el sujeto donde este traspasa las identificaciones del Yo y se revela en el reconocimiento del inconsciente lo que exige del analista una posición, guiada por principios lejanos a la estandarización.

No obstante Lacan realiza superaciones dialécticas en cuanto al constructo teórico del mismo destacando la finalidad analítica. En Freud se percibe una orientación por comprender, encontrar sentidos y realizar construcciones que el mismo brinda a sus pacientes; en Lacan se vislumbra la orientación por decantar y señalar los enigmas e interrogantes del analizante. Cuestión que plantea una diferenciación fundamental en ambos tipos de praxis, aunque la segunda derive de la primera.

**PALABRAS CLAVES:** técnica, clínica, transferencia, asociación libre, interpretación.

## 1. INTRODUCCIÓN

Freud introduce la referencia a la técnica cuando vincula el psicoanálisis con un método terapéutico y hace énfasis a lo largo de su obra sobre los recursos técnicos con que cuenta dicho método: asociación libre, interpretación y transferencia. Estos recursos los mantuvo durante toda su práctica clínica y, en consecuencia, durante toda su obra. Sin embargo, se refirió a la finalidad de la técnica, de manera diferente, de acuerdo a los instantes lógicos de su obra, lo cual introduce posiciones disímiles del analista en su actuar e incluso una concepción distinta de la cura.

Desde 1912, afirma que, a pesar de definir unos recursos técnicos propios del ejercicio analítico, no podrá hablarse de unos modos de operar típicos y únicos. Afirmación, a partir de la cual, Freud traza un enigma y una problemática importante con respecto a la técnica, consistente en la imposibilidad de estandarizar las maneras de operar por él propuestas, pues cada paciente puede plantear como él mismo lo dice, la necesidad de una actitud diferente.

Tanto los recursos técnicos definidos por Freud, como algunos de los giros en la concepción de la técnica, son retomados por los analistas pos-freudianos y sistematizados de diferente manera, de acuerdo a las apreciaciones particulares que se realizan de su obra. No obstante, es específicamente el psicoanalista Jacques Lacan, quien asevera la necesidad de un retorno a Freud tratando de decantar los modos de operar propuestos por aquel, para quien busca una formación como analista.

Lacan, evidencia este retorno en sus seminarios y escritos, retomando los textos y las tesis del fundador del psicoanálisis para realizar sus elaboraciones. Sin embargo, parece no quedarse de manera estática en la teoría freudiana, pues de la crítica y del retorno realizado a la misma, devienen transformaciones en su clínica que dan cuenta de una superación dialéctica de algunos principios definidos por Freud.

El encuentro de los giros en las finalidades de la clínica freudiana, el enigma, que el fundador del psicoanálisis traza en torno a la imposibilidad de estandarizar los modos de operar en la clínica, y el retorno realizado por Lacan a esta, afirmando su

importancia, pero trascendiendo algunos de sus aspectos, dieron vía al interés de la presente investigación, por dilucidar las transformaciones de la técnica en Freud y sus efectos en la clínica de Lacan hasta 1964.

Se elige esta fecha porque coincide con el momento en el cual se da la excomunión<sup>1</sup> de Lacan, derivada de una serie de desacuerdos con los analistas de la asociación psicoanalítica internacional, justamente en torno al asunto de la técnica. Mientras Lacan venía planteando en sus seminarios la necesidad del retorno a Freud, en cuanto a la posición introducida por el fundador del psicoanálisis acerca de la imposibilidad de estandarizar la técnica, los otros analistas pos-freudianos defendían dicha estandarización. Según Mario Goldenberg, psicoanalista argentino, Jacques Lacan se encontró fuera del lazo de la internacional, por sostener el legado freudiano (GOLDENBERG, 2013), y, hasta el momento de su excomunión, pueden aislarse en sus seminarios las puntualizaciones que realiza alrededor de la práctica clínica, en las cuales involucra el pensamiento freudiano.

El mismo Lacan plantea en el texto «la excomunión» (1973), que la lectura de los conceptos freudianos y de la respectiva literatura psicoanalítica que se mantiene vigente, no imposibilita que existan rezagos respecto a estos conceptos, que la mayoría estén falseados, adulterados, quebrados y que los que son demasiado difíciles sean dejados en un cajón (Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, 1973, pág. 19). Afirma igualmente, que para que el psicoanálisis se mantenga vigente debe remontarse a sus orígenes, lo cual lo lleva justamente, luego de su excomunión, a establecer un seminario sobre los conceptos fundamentales introducidos por Freud: inconsciente, repetición, transferencia y pulsión.

Ha de señalarse que el límite temporal establecido para el desarrollo de la investigación, tiene una función puramente metodológica y responde al hecho de acogerse a los tiempos fijados por el contexto académico en el cual se llevó a cabo, y

---

<sup>1</sup>Lacan, utiliza el término excomunión, para relatar la prohibición que recibe por parte de la Sociedad psicoanalítica Internacional, para continuar con la formación de analistas por intermedio de dicha sociedad. Afirma este hecho como análogo a lo que puede denominarse excomunión mayor y lo ejemplifica con la excomunión de Spinoza en 1656.

que a partir del mismo, no se pretende obviar giros posteriores a 1964 con respecto a la concepción de la clínica en Lacan.

Por otro lado, es importante resaltar que la presente investigación, cobra relevancia, pues del mismo modo en que la concepción de la técnica y la clínica aparecen en Freud y en Lacan de manera diferente, de acuerdo a los instantes lógicos en el que se encuentren de su práctica y conceptualización teórica, aquel que quiera orientarse por la clínica psicoanalítica, deberá tratar de aislar y comprender dichos momentos, entendiendo la praxis como un entramado que no puede sostenerse sin la referencia a la construcción misma que ha tenido. Esto le permitirá formarse una visión de conjunto, evitando quedar anclado en perspectivas fragmentarias del problema, como se evidencia en algunas orientaciones del psicoanálisis.

En el segundo capítulo, se hace inicialmente referencia al contexto filosófico en el cual surgen los conceptos método y técnica, pues si bien poseen diferencias fundamentales, en el lenguaje común suelen confundirse o emplearse como si fueran sinónimos. Ha de anotarse que la evocación del debate filosófico con respecto a las nociones de método y técnica, se realiza también con el ánimo de ubicar el surgimiento del psicoanálisis en un momento lógico, el cual aparece influido por un paradigma epistémico positivista, que indudablemente influye en su construcción.

Posteriormente, se retoman autores, tanto psicoanalistas como historiadores, que han realizado un recorrido por el asunto de la técnica en Freud, como Jacques Alain Miller, Jesús Ramírez, Osvaldo Delgado, Peter Gay, Paul Roazen, entre otros.

Se incluyen además, algunas miradas de Jacques Lacan sobre la noción de técnica en Freud, sus aseveraciones con respecto a la necesidad de retornar a los planteamientos realizados por el fundador del psicoanálisis; y algunos indicios que dan cuenta de una superación dialéctica de dichos planteamientos, a partir de su elaboración.

Con el fin de dar cuenta, en forma sintética, del estado del conocimiento sobre el problema de la presente investigación, se abordan autores que se han ocupado de las

concepciones de Freud sobre la técnica, y que han examinado la posición de Lacan con respecto a la misma, como Juan David Nasio y Gabriel Lombardi.

En el tercer capítulo, se realiza una síntesis de algunos momentos que pueden aislarse en la concepción de la técnica en la obra del fundador del psicoanálisis. Momentos que pueden detectarse a partir de una lectura cronológica de sus textos, gracias a la cual se evidencian los hallazgos, que, desde la clínica, le permiten precisar al autor nuevos elementos, tanto teóricos como prácticos y que igualmente se revelan en varios de sus escritos, como «Recuerdo, repetición y elaboración» (FREUD, 1948) y «Más allá del principio del placer» (1948), donde, Freud mismo, hace un recuento de los momentos de la técnica psicoanalítica, hasta la época en que escribe dichos textos.

Teniendo en cuenta las definiciones brindadas en el segundo capítulo sobre método y técnica, en el tercer capítulo se señalan, no solo los momentos de la técnica como tal, sino también los métodos en que se ubican estos.

El cuarto capítulo, obedece a un recorrido realizado en la obra de Lacan hasta 1964, en el cual se trabajan algunos ejes de la práctica clínica propuestos por él. Dicha práctica está fundamentada en lo que él mismo denomina un retorno a Freud, caracterizado por el estudio minucioso de sus textos, a partir del cual Lacan trata de esclarecer los fundamentos del psicoanálisis.

Así, se tratan de evidenciar aquellos aspectos sobre la técnica en los que Lacan vuelve al fundador del psicoanálisis, ya sea para retomarlos, ponerlos en cuestión o hacer superaciones dialécticas sobre los mismos. Entre ellos se retoma el valor brindado a la palabra por los dos autores, las diferencias en la concepción de resistencia y sobre la finalidad del análisis, que llevan a postular como propósito de la clínica lacaniana, la orientación hacia el encuentro con el deseo del sujeto.

Posteriormente, se hace un recorrido por la concepción de Lacan sobre lo que Freud denominó, medios auxiliares o instrumentos del análisis: transferencia, interpretación y asociación libre. Elementos, que Lacan postula, al igual

que el fundador del psicoanálisis, como esenciales en la experiencia clínica psicoanalítica, pero en los cuales trasciende las elaboraciones freudianas, introduciendo nuevos acentos.

En el quinto y último capítulo se hace un análisis de dos casos trabajados por Freud en sus obras, a saber «Dora y la joven homosexual». Dicho análisis busca evidenciar si los momentos que se han aislado sobre la técnica, encuentran correlación con los casos publicados por el fundador del psicoanálisis.

Así, se realiza un contrapunto entre el caso Dora, y el momento aislado y nombrado en el segundo capítulo: «La asociación libre: en búsqueda de la génesis de los síntomas»; y entre el caso de la joven homosexual con el momento nombrado: «hacer entrar al paciente en el recuerdo». Se eligen estos dos casos, pues permiten aislar dos momentos cruciales en la obra de Freud, el primero por tratarse de un estadio donde el psicoanálisis se ha consolidado con los recursos técnicos propuestos por su fundador. El segundo, porque se presenta luego de lo que Lacan llama la crisis de la técnica, momento cercano a las elaboraciones de la segunda tópica freudiana.

Igualmente, en este capítulo, se busca evidenciar qué planteamientos realiza Lacan al servirse del material clínico de Freud (el caso de Dora y el de La Joven Homosexual). Específicamente qué reflexión hace sobre los aspectos técnicos del psicoanálisis freudiano, qué puntos retoma y qué profundizaciones realiza en la clínica que propone hasta 1964.

Sobre la metodología utilizada.

La presente investigación, se llevó a cabo a partir de una exploración documental, consistente en un examen realizado «a través de la consulta de documentos» (GRAJALES, 2013), específicamente referidos al problema de la técnica y la clínica psicoanalítica, tanto en la obra de Sigmund Freud como en la enseñanza de Jacques Lacan, hasta 1964. Dicha exploración documental, estuvo delimitada por los siguientes principios metodológicos:

Lacan, en el seminario *Los cuatro conceptos fundamentales* (1973), se refiere a lo que considera como único y exclusivo de la naturaleza humana, define la división del sujeto en relación con el lenguaje. Afirma que, «el sujeto está dividido por efecto del lenguaje, por efecto de la palabra» (pág. 195). De acuerdo con esta tesis, la palabra división evoca a un sujeto que no tiene definida de antemano su existencia, sino que, por el contrario, tiene la obligación de preguntarse por ella. Se trata de un sujeto que por localizarse en el mundo sin una certeza de sí mismo, no sabe cómo relacionarse con el otro, un sujeto pues, que está atravesado por una pregunta sobre sí mismo y sobre el otro.

De acuerdo con dicha teoría, si una investigación psicoanalítica, fruto del encuentro con un sujeto en la clínica, o aplicada a la exploración de un fenómeno clínico o social, trata de hacer emerger al sujeto dividido, buscando encontrar sus posiciones con respecto a su discurso y a los asuntos con los cuales entra en relación, una investigación documental desde el psicoanálisis, también deberá incluir el concepto de sujeto dividido.

En la presente investigación, esta posición de división se configuró como un primer principio metodológico que orientó la pesquisa realizada, en la medida en que resultó favorable al movimiento del deseo necesario, para recorrer el camino conducente a los fines propuestos.

Como segundo principio metodológico, se afirma una modalidad de lectura de los textos, orientada a develar la relación entre los enunciados, que con respecto a la pregunta de investigación son propuestos por los autores estudiados. Se trató de delimitar cualquier disposición personal de parte del investigador que pretendiera asignar a dicho encadenamiento un significado preestablecido.

Se procuró, tal como lo propone el mismo Lacan, sobre la lectura de las obras freudianas, leer los términos y definiciones de forma literal (OREJUELA, 2012). Leer y releer «sin prejuicios, con ojos y odios limpios de todo ruido que escuchamos en torno a los conceptos analíticos» (LACAN, *Las psicosis*, 1981, pág. 129). El material objeto de

estudio y sin ordenarlo está en función de las traducciones de significado dadas previamente por el investigador.

Este tipo de lectura, se enlazó a la disciplina del comentario del texto propuesta por Lacan, definida como tercer principio metodológico. Dicha disciplina consiste en tomar un texto determinado como «vehículo de una palabra, en cuanto que ésta constituye una emergencia nueva de la verdad» (Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud, 2005, pág. 362), haciéndolo responder por las preguntas planteadas, y tratándolo como una palabra verídica (2005, pág. 366). A partir de la misma, se interrogaron los textos desde la pregunta de investigación, leyéndolos como una palabra portadora de revelaciones, con respecto al tema objeto de estudio.

El cuarto principio metodológico estuvo circunscrito en una mirada dialéctica entre los dos autores estudiados. Según Ferrater, la dialéctica está demarcada por:

Dos razones o posiciones entre las cuales se establece un dialogo, es decir, una confrontación en la cual hay una especie de acuerdo en el desacuerdo, pero también una especie de sucesivos cambios de posiciones inducidos por cada una de las posiciones encontradas. (Diccionario de filosofía A-D, 2001, pág. 866).

En la presente investigación, se trató de poner a dialogar a los dos autores mencionados, con respecto a la manera de operar que ambos consideran como propia en la clínica psicoanalítica. Este dialogo se realizó con base en los textos de ambos autores sobre la técnica y la clínica; y buscó, en primer lugar, aislar los puntos de acuerdo y desacuerdo entre ambos, para finalmente espiar las superaciones dialécticas que emergen de dicha conversación.

Lacan mismo, plantea este movimiento dialéctico en su retorno a Freud, de la siguiente manera, «el pensamiento de Freud está abierto a revisión. Reducirlo a palabras gastadas es un error. Cada noción posee en él vida propia. Esto precisamente es lo que se llama dialéctica» (Los escritos técnicos de Freud, 2004, pág. 11).

## **2. EL ARTE DEL DESVELAMIENTO DEL INCONCIENTE.**

### **2.1. Contexto filosófico.**

René Descartes, fundador de la filosofía moderna, introduce un importante valor a la noción de método, a partir de sus elaboraciones sobre el proceder científico. Para el autor, la ciencia es concebida como un sistema unitario, articulado y completo de saberes (Discurso del método y tratado de las pasiones del alma, 1994, pág. XXIII), y su coherencia se deriva a partir de la aplicabilidad de un método que permita unificarla. En sus palabras «La ciencia debe estar unificada por un método, descubrible por la razón humana» (1994, pág. XXV) y es necesario el método, para la investigación de la verdad (Reglas para la dirección del espíritu, 1999, pág. 100).

Para este filósofo, el saber se funda a partir del método, definido como algunas reglas ciertas y fáciles cuya rigurosa observación impide que se suponga verdadero lo falso (Principios de filosofía, 1999, pág. 101). De acuerdo con su concepción, el método se caracteriza por una serie de reglas unívocas que llevan al encuentro con una única verdad y, que en consecuencia, pueden ser utilizadas por cualquier persona. Estas afirmaciones las enfatiza en el Discurso del método (1999, pág. 101), donde indica que las reglas constitutivas del mismo «deben ser cumplidas de tal modo que ni por una sola vez fueran infringidas bajo ningún pretexto» (pág. 15).

Por su parte, Ferrater Mora en su *Diccionario de Filosofía* (2001) menciona, a diferencia de la perspectiva cartesiana, que no puede excluirse a la persona del investigador con respecto a la utilización de un método y que, en este sentido, podrá hablarse del carácter personal del método, en la medida en que el mismo está impactado por quien lo utiliza. (2001, pág. 2402).

Igualmente, señala que la palabra método deriva de las palabras griegas «metha que significa más allá y odos que significa camino» (pág. 2400). La reunión de estas dos palabras sugiere, de acuerdo con el autor, que método significa tomar un camino que orienta hacia un más allá, con el objetivo de alcanzar un determinado fin propuesto (pág. 2400).

Por otro lado Martín Heidegger, pensador alemán de gran protagonismo en la filosofía contemporánea, en su libro *Caminos de bosque* (1996), menciona que, el método, tiene el carácter de clarificación y aclaración, postulándolo como una vía de depuración y demostración, que se da por medio de la exploración y el examen. Se trata de una aclaración que «fundamenta algo desconocido por algo conocido y al mismo tiempo, garantiza eso conocido por medio de eso desconocido» (1996, pág. 80). A diferencia de Descartes, para Heidegger, un método se ordena a sí mismo en cada caso y se rige en cada ocasión a partir de las posibilidades del proceder anticipador abiertas por el mismo.

En cuanto a la técnica, palabra que proviene del latín «téchné que significa arte» (FERRATER MORA, Diccionario de filosofía Q-Z, 2001, pág. 3450), es definida en el diccionario filosófico ya citado, como una habilidad que sigue ciertas reglas y en este sentido se le da también la definición de oficio. Según esta idea, la técnica se adquiere como una habilidad, un saber hacer que, al menos en el terreno del arte, parece no reñir con la invención.

El concepto de técnica, al igual que el de método, cobra un importante valor gracias a Descartes, quien insiste en la dimensión práctica de la filosofía, afirmando la posibilidad de emplear los conocimientos derivados de la aplicación del método por él

propuesto, de tal manera que los hombres puedan convertirse en amos y poseedores de la naturaleza (DESCARTES, Discurso del método y tratado de las pasiones del alma, 1994, pág. 33).

El interés científico introducido por el constructo cartesiano, no se limita, pues, a la obtención de conocimiento, sino que también tiene en cuenta su aplicabilidad. Es este aspecto de la aplicación relacionada con el hacer, a partir del saber, el que lleva al florecimiento de la técnica como un elemento esencial para la ciencia, puesta al servicio de los adelantos y el desarrollo científico.

Con respecto a esta concepción de técnica, como ya antes se había explicitado sobre el método, Heidegger también evidencia una visión diferente. Cuestiona «la pretensión de la ciencia a la dominación» (Octogésimo cumpleaños de Heidegger, 1969)<sup>2</sup>, y la manera de concebir la técnica como un mero instrumento para conseguir los fines anhelados por el hombre. Este punto de digresión, lo lleva a plantear la técnica (Caminos del bosque, 1996), como una transformación autónoma de la práctica, advirtiéndole que la práctica humana se interpreta y realiza como cultura, es decir, como la realización efectiva de los valores más importantes por medio del cuidado de los bienes más exaltados del hombre (1996, pág. 76). La articulación de la técnica con la práctica y de esta con la cultura, la cual evoca el asunto de los valores, deja entrever un enlace de la técnica, más con una dimensión ética, que con una estandarización de modos de proceder en el orden práctico.

En el artículo «Sobre la pregunta por la técnica» (1994), Heidegger da dos definiciones del concepto. En primera instancia menciona una definición instrumental de la técnica, como un medio y una manera de hacer del hombre. Parte de esta concepción instrumental, afirmando que la misma es correcta pero no verdadera, y que para llegar a la definición de la esencia de la técnica se debe buscar lo verdadero a través de lo correcto.

---

<sup>2</sup>Entrevista del Profesor Richard Wisser con Martin Heidegger, en ocasión del octogésimo cumpleaños de Heidegger, por la segunda cadena de televisión alemana, ZDF.

Para el autor, un medio es aquello por lo que algo es efectuado y que se deriva de una causalidad. Literalmente menciona que allí «donde se persiguen fines, se emplean medios, donde domina lo instrumental, prevalece la condición de causa, la causalidad» (1994, pág. 11). Para hablar de causalidad, dice Heidegger, deben tenerse en cuenta los cuatro tipos de causas definidas por Aristóteles desde la antigüedad. La causa *materialis* concerniente al material, la causa formal referida a la forma, la causa final relacionada al destino o al uso y la causa *efficiens* correspondiente a la producción del efecto.

Estas cuatro causas son co-responsables de hacer surgir algo, de hacerlo aparecer, de llevarlo a la presencia, allí donde nada existía. Plegándose al término *poiesis*, definido inicialmente por Platón como «producir, traer ahí adelante» (pág. 15). Menciona Heidegger que estas cuatro causas son co-responsables de traer ahí adelante algo, pasando de un estado de ocultamiento al de des-ocultamiento, llevando al encuentro con la verdad.

Es por la vía de la evocación de la técnica en referencia a la verdad y no a la instrumentalización, que Heidegger se orienta a afirmar que la esencia de la técnica, como puesta en juego de la verdad, puede ser definida como desvelamiento o des-ocultamiento. Mientras la técnica como instrumentalización remite a la repetición de lo mismo, la técnica como puesta en juego de la verdad remite al encuentro con lo oculto, con lo siempre por develar, con eso que no cesa de escaparse.

Gadamer, en su texto *El estado oculto de la salud* (1996), basándose en la definición aristotélica de la técnica relacionada con la tendencia a completar las posibilidades que la naturaleza deja abiertas, propone una definición asociada al poder-hacer, y relaciona el concepto con el dominio de la naturaleza fundado en el conocimiento, que guarda una relación específica con la práctica, haciéndose posible gracias a ella. Así, Gadamer al igual que Heidegger, relaciona la palabra técnica con práctica, definiendo a esta última como el fruto de la experiencia y conjunto de conocimientos que se recogen en el ejercicio personal, que permiten elegir y decidir entre varias posibilidades.

Recogiendo una máxima de la sabiduría platónica, en la cual se menciona que «la verdadera capacidad es, justamente, la que permite tomar distancia respecto de ella» (El estado oculto de la salud, 1996, pág. 35); Gadamer, afirma que cuanto más domine alguien la técnica, más libre será con respecto a su poder–hacer. Esta libertad será utilizada para adoptar los puntos de vista de la verdadera praxis, que van más allá de la técnica y que representan lo que Platón llama la bondad, es decir todo aquello que determina nuestras decisiones prácticas y políticas (1996, pág. 35). En este punto, el autor fortalece la relación de la técnica con la práctica y se infiere nuevamente, como en el caso de Heidegger, la introducción implícita de la ética en relación con ambos conceptos.

Este rápido recorrido acerca de las nociones de método y técnica, permite entrever diferencias conceptuales importantes entre algunos autores frente a las mismas. A la vez, permite contextualizar el origen del psicoanálisis, en un momento histórico demarcado por la filosofía moderna, con sus pretensiones de cientificidad y sus aspiraciones de lograr un método conducente a la verdad. En este sentido, Sigmund Freud, fundador del psicoanálisis, es fruto de su tiempo, ya que en su obra se evidencia la pretensión de posicionar el psicoanálisis como ciencia y como método, y a su vez su esfuerzo por decantar los recursos técnicos que lo demarcarían. En consecuencia, Freud define el psicoanálisis, como:

Un método para la investigación de procesos anímicos capaces inaccesibles de otro modo, un método terapéutico de perturbaciones neuróticas basado en tal investigación y una serie de conocimientos psicológicos así adquiridos, que va constituyendo paulatinamente una nueva disciplina científica (FREUD, Sistemática, 1948, pág. 19).

Igualmente, afirma la cientificidad del psicoanálisis desde los orígenes del mismo, hasta sus últimas elaboraciones, siendo un ejemplo de esto la afirmación realizada en el proyecto de psicología para neurólogos de 1895, en donde afirma como finalidad del proyecto la estructuración de una psicología que se convierta en una ciencia natural (FREUD, Proyecto de psicología para neurólogos, 1968), y, sigue evidenciándose, hasta

el compendio de psicoanálisis en 1938, donde menciona que a partir de «la concepción según la cual lo psíquico es en sí inconsciente y permite configurar la psicología como una ciencia natural entre las otras» (Compendio de psicoanálisis, 1968).

En este último texto afirma que los procesos psíquicos inconscientes son tan indiscernibles como los procesos de algunas otras ciencias naturales, y que se trata de «establecer leyes, perseguir sus vínculos recíprocos y sus relaciones de dependencia sin dejar lagunas por largos trechos para lograr su entendimiento» (1968, pág. 1022).

Como puede verse, además de definir el psicoanálisis como ciencia natural, Freud da luces sobre la manera en que ha obtenido el conocimiento psicoanalítico. Ya en los escritos metapsicológicos, específicamente en «pulsiones y sus destinos» (1948), había manifestado que, una ciencia debe edificarse sobre conceptos fundamentales claros, y bien definidos (1948, pág. 1027), pero que ninguna ciencia comienza por tales definiciones consolidadas, que debe partir de la descripción de fenómenos, que luego son concentrados y relacionados entre sí. A estas descripciones son aplicadas ideas anteriores sobre el tema tratado, derivando conclusiones que al principio pueden presentar cierto grado de indeterminación y que solo después de una más profunda investigación del campo de fenómenos, se podrá extender de una manera más acertada.

Freud evidencia, pues, una orientación muy cercana a los principios de la filosofía moderna sobre el proceder científico, frente a la manera de elaborar el constructo teórico psicoanalítico. Sin embargo, en cuanto al ámbito práctico, parece ser que se encuentra con limitantes para definir unos modos únicos de operar, que lo alejan de la perspectiva cartesiana en el terreno que denominó terapéutico, afirmado desde 1912, en el texto «consejos al médico» (1948),

(...) que si la técnica aconsejada ha demostrado ser la única adecuada a mi personalidad individual, no es imposible que otra personalidad médica, distintamente constituida, se vea impulsada a adoptar una actitud diferente ante los enfermos y ante la labor que los mismos plantean (1948, pág. 326).

Bajo esta perspectiva, cobran importancia las referencias de Heidegger y Gadamer con respecto al concepto de técnica. Concepto que no aparece definido de manera explícita en la obra freudiana, pero que a partir de las formulaciones realizadas por el fundador del psicoanálisis, se avizoran cercanas a las de los dos filósofos mencionados. Esto en la medida en que se decanta la técnica, más que como una serie de reglas unívocas, como unos modos de operar que deben ser atravesados por una elección responsable por parte del analista, cuya posición se orienta a buscar el des-ocultamiento, en este caso del inconsciente, tras la pesquisa de la relación del sujeto con su verdad, tratando de limitar las posibles tentaciones de dominación que puedan surgir, a partir de lo cual, su manera de operar se articula a una posición ética.

## **2.2. Algunas miradas de la técnica en Freud.**

Entre los autores que se han ocupado del problema de la técnica en Freud, se encuentran, entre otros, psicoanalistas como Jacques Lacan, Jacques-Alain Miller, Juan David Nasio, Osvaldo Delgado, Isidoro Vegh, Sergio Demitroff, Ralph Greenson, Jesús Ramírez y Rodrigo Barranza Núñez e historiadores como Peter Gay y Paul Roazen.

Peter Gay, historiador alemán, encara el tema de la técnica en Freud, en su libro, *Una vida de nuestro tiempo* (1988). En el capítulo llamado «Terapia y técnica», realiza dos aproximaciones a dicho tema, abordando inicialmente los historiales clínicos (Dora, Juanito, El hombre de las ratas y El hombre de los lobos) y luego, los análisis que realizó Freud, sobre Leonardo da Vinci y Daniel Paul Schreber. Menciona que cada uno de los historiales y análisis de casos realizados por Freud, son «de un modo más o menos explícito, un curso condensado de técnica psicoanalítica» (1988, pág. 334).

Refiriéndose a dichos historiales, hace un recorrido demarcando los puntos en los cuales pueden detectarse asuntos referidos a la técnica. En el caso de Dora (Análisis fragmentario de una histeria, 1948, pág. 513), menciona cómo Freud consigue dar un paso gigantesco en la técnica psicoanalítica, al admitir sus dificultades para maniobrar con la transferencia. En el trabajo con dicha paciente, Freud realizó interpretaciones acerca del amor al Señor K y el amor a su padre, en un momento en el cual no se había

consolidado aún la transferencia y debido a ello Dora abandona el análisis, afirma el autor.

En el caso de Juanito (Análisis de una fobia de un niño de cinco años, 1948, pág. 566), resalta la interpretación de los síntomas, como un asunto técnico fundamental de la época, en el cual quedaban sentadas las bases de la curación. Igualmente, en este caso, resalta una precisión técnica importante realizada por Freud, cuando menciona que las ideas de los niños, son igual de significativas a las que aparecen en el relato de un sueño, que no deben ser tomadas como ideas superfluas o carentes de valor.

Para el caso de El hombre de las ratas (Análisis de un caso de neurosis obsesiva, 1948, pág. 624), Gay hace énfasis en la aseveración de Freud al escribir el caso, en el cual menciona cierta dificultad en el análisis de los neuróticos obsesivos, en contraste con la histeria, derivada del encuentro con un incremento significativo de las resistencias en el escenario terapéutico. Igualmente, señala la orientación de Freud en un momento dado del análisis, a enseñarle a su paciente algunos principios psicoanalíticos, por ejemplo, a diferenciar la conciencia del inconsciente.

Gay destaca además, el énfasis de Freud en que sus pacientes atravesaran las resistencias, ejemplificado en el caso de El hombre de las ratas, en la insistencia a dicho paciente hacia la culminación de la historia que lo había hecho pensar en iniciar el análisis, historia concerniente a un tipo de castigo en oriente, que había escuchado de un capitán del ejército y que no quería comunicar en su totalidad. Finalmente, hace hincapié en las interpretaciones realizadas por Freud a su paciente, en torno a un sentimiento ambivalente hacia su padre, que al ser aceptadas por el mismo, lo fueron llevando a graduarse, como Gay menciona de lo que Freud denominó como «La escuela de sufrimiento» (Una vida de nuestro tiempo, 1988, pág. 307).

En el caso de El hombre de los lobos (Historia de una neurosis infantil, 1948, pág. 693), Gay hace énfasis en el recurso técnico de Freud, consistente en fijar un tiempo para la culminación del análisis, con el ánimo de producir efectos en el vencimiento de las resistencias. Fue una táctica que según Freud, debía solo utilizarse

en momentos precisos y en casos muy puntuales y que a juicio de Gay, logró producir efectos en el tiempo establecido, ya que el hombre de los lobos brindó el material necesario para una posible interpretación y para el consecuente alivio de sus síntomas.

Esta aseveración de Gay sobre los avances clínicos que lograron desprenderse del recurso técnico mencionado, aparece en oposición al análisis realizado por Lacan al mismo caso, quien afirma que dicho recurso, trajo consigo el desencadenamiento del análisis, pero que a su vez evidenció la anticipación del analista al momento de concluir, sin haber alcanzado la travesía necesaria del paciente por el momento de comprender.

Por otra parte, a partir de los análisis de Leonardo da Vinci y Schreber, Gay menciona una tendencia en Freud por utilizar la técnica psicoanalítica en análisis biográficos, a partir de los cuales se despliegan consecuencias teóricas importantes. Por ejemplo, destaca en el análisis realizado a Leonardo da Vinci, la introducción del concepto de narcisismo y para el caso de Schreber la explicación del delirio en la paranoia, como intento de reconstrucción y recuperación.

Hace también, un recorrido por los escritos técnicos de Freud, donde a manera de resumen define los lineamientos desarrollados por el autor en dichos textos. Entre algunos de los apuntes realizados, retoma el objetivo de la técnica psicoanalítica, como la orientación al vencimiento de las resistencias y hace énfasis en la metáfora utilizada por Freud sobre el psicoanálisis con respecto al ajedrez, mencionando que igual que un jugador de ajedrez, un analista no debe seguir una línea única de acción, que puede elegir entre varias opciones, ya que la singularidad de cada paciente impide la aplicación de unas reglas rígidas. Según Gay, el mismo Freud da muestras de suavizar e incluso violar las reglas por él propuestas:

Renunciaba a sus honorarios cuando los pacientes pasaban por momentos económicamente difíciles, se permitía hacer comentarios cordiales durante la sesión, se hizo amigo de sus pacientes favoritos, llevó a cabo análisis informales en algunos escenarios desconcertantes (Una vida de nuestro tiempo, 1988, pág. 346)

No obstante, a pesar de dichos planteamientos en los que Gay evidencia la orientación de Freud por no ubicarse rígidamente con respecto a la técnica por él elaborada, dicho autor, define la serie de artículos de Freud sobre la técnica como un manual indispensable del quehacer psicoanalítico (1988, pág. 348), que, tomados en conjunto, siguen siendo una guía para el aspirante analista y una fuente orientadora para el analista practicante.

Esta afirmación, difiere con la manera en que Lacan toma la serie de artículos mencionados, aseverando en el *Seminario I* (2004), que los escritos técnicos de Freud, son un conjunto de precisiones que testimonian una etapa intermedia en las elaboraciones freudianas que sitúa entre 1904 y 1909, pues las consideraciones sobre la técnica podrán encontrarse al interior de toda su obra. Dice que es un error pensar que la unidad de tales escritos está dada por la reflexión sobre la técnica y que los mismos evidencian solo una etapa del pensamiento del autor, y no pueden tomarse como una verdad definitiva.

Paul Roazen, en su libro *Cómo trabajaba Freud* (1998), extrae de entrevistas realizadas a diez de sus pacientes, algunos aspectos concernientes a la manera cómo Freud procedía durante sus terapias.

Es un libro que, por medio de los testimonios, recoge entre otras cosas, parte de las historias de los pacientes, como de las apreciaciones que los mismos tienen de Freud como analista. Por ejemplo, se toma el asunto de la neutralidad del analista, por medio de uno de los entrevistados, que menciona que en realidad veía en Freud un analista muy activo e incluso en ocasiones, hasta intervencionista, visión que difiere del estereotipo del terapeuta neutral.

Roazen, menciona que su interés al escribir el libro citado, radica en una búsqueda personal orientada a evidenciar la diversidad presente en lo humano. Para él «El ser humano es interesante debido precisamente a que no puede ser capturado en formulas prefabricadas» (*Cómo trabajaba Freud*, 1998, pág. 279). No a todas las personas les fue bien con el método utilizado por Freud, dice el autor, pero de su herencia debe sacarse el mejor provecho. Menciona además, que:

Debería existir una relación recíproca entre la vida y los escritos de Freud, de manera que podamos mirar finalmente sus textos con mayor comprensión, pues todo este esfuerzo de explorar la historiografía del psicoanálisis, debería tener por objetivo fomentar nuestro sentido de la humanidad (1998, pág. 279).

En el libro citado, se evidencia un interés del autor por la realización de un análisis historiográfico, más que por la elaboración de un análisis de interés clínico, por los principios asociados a la técnica freudiana como tal.

Ralph Greenson, psicoanalista estadounidense, en su libro *Técnica y práctica del psicoanálisis* (1976), afirma que a partir del examen de los hitos históricos de los fundamentos de la técnica en Freud, con base en los cuales pueden pensarse «los procedimientos y procesos de la terapia psicoanalítica» (1976, pág. 30), puede observarse que a pesar de la renuncia a la hipnosis, elementos como la sugestión siguen siendo vigentes. Dice este autor que si bien la sugestión no puede ser considerada como un recurso técnico principal, «puede utilizarse como una medida temporal de sostén» (pág. 30).

Greenson, haciendo un recorrido por la técnica en Freud, destaca un primer momento en el cual la finalidad de la técnica se orientaba a la abreacción, es decir, a la descarga de afectos derivados de un suceso traumático a partir de su expresión verbal. Afirma, luego, un segundo momento, evidenciado según él en el caso de Dora, donde Freud menciona que el trabajo analítico no está orientado a hacer desaparecer los síntomas uno por uno, sino que se le permitirá a la paciente que elija el tema de cada sesión, analizando la «superficie del inconsciente» (*Técnica y práctica del psicoanálisis*, 1976, pág. 28), que la paciente presenta en cada momento. Igualmente, decanta cómo tras el descubrimiento de la represión y la resistencia, el trabajo terapéutico va a consistir, según el fundador del psicoanálisis, en vencer las resistencias, anular las represiones y colmar las lagunas de la memoria, teniendo en cuenta la transferencia como un medio auxiliar imprescindible para dicha labor.

Luego, destaca un tercer momento localizado en 1912, donde menciona que el análisis de la transferencia y la resistencia se convierten en los ejes fundamentales de la labor terapéutica. Este momento, según Greenson, se complementa con las apreciaciones realizadas por Freud en «Recuerdo, repetición y elaboración» (1948), donde anuda la transferencia y la resistencia a la compulsión de repetir.

Finalmente, decanta que hasta el final de su obra, Freud, demarcó el psicoanálisis, como un método orientado a robustecer el Yo. Menciona la afirmación realizada por Freud en «El yo y el ello» (1948, pág. 1191), Greenson, citando a Freud indica: «el psicoanálisis es el instrumento que ha de facilitar al Yo la progresiva conquista del ello» (Técnica y práctica del psicoanálisis, 1976). Cita de la cual se vale para afirmar que la labor del analista sigue orientándose a hacer consciente lo inconsciente, con el fin último de «aumentar la fuerza relativa del Yo respecto del superyó, el ello y el mundo exterior» (1976, pág. 30).

Las consideraciones de Greenson sobre la técnica y la práctica psicoanalítica, entran en oposición con las observaciones realizadas por Lacan al respecto, quien afirma en varios de sus seminarios y escritos, entre ellos en el *Seminario 2* (2004), que la teoría de Freud precisamente evidencia que la realidad axial del sujeto no está en su Yo. Intervenir reemplazando al Yo del sujeto, como se sigue haciendo en cierta práctica del análisis de las resistencias, es sugestión, no es análisis (Seminario 2: El yo en la teoría de Freud, 2012, pág. 72). Con esta aseveración, diferencia explícitamente la práctica analítica y la sugestión, y aleja del objetivo analítico la intervención sobre el Yo.

Oswaldo Delgado, psicoanalista argentino, en su trabajo sobre el psicoanálisis de Freud (2011), destaca tres momentos de la técnica, nombrados por Freud en su libro *Más allá del principio del placer*, describiéndolos de la siguiente manera:

- Primer momento: la técnica radica en un arte interpretativo.
- Segundo momento: la técnica consiste en el levantamiento de las resistencias.

- Tercer momento: la técnica está orientada a la operación con respecto a las resistencias estructurales. (EPSZTEIN, 2013)

Para el autor, cada uno de estos momentos mencionados, evidencia un ordenamiento del aparato psíquico, una conceptualización del padecimiento, un criterio sobre la finalidad de la cura y una formulación específica del lugar del psicoanalista.

Jesús Ramírez, psicoanalista mexicano, en *La técnica psicoanalítica como poiesis* (2004), afirma que « (...) el discurso del psicoanálisis ha venido a subvertir el orden impuesto por la ciencia positivista» (2004), al plantear una técnica que no puede estandarizarse. Retomando *El banquete* (380 a.C.) de Platón, hace una relación de la técnica con el concepto de poiesis.

En *El banquete* (380 a.C.), Diotima, maestra de Sócrates en asuntos de amor, se refiere a la poiesis como aquello que «hace pasar una cosa cualquiera del no ser al ser, de modo que las manipulaciones de todas las técnicas son poesía» (PLATÓN, Diálogos socráticos, 1963). Para Ramírez, esta definición de poiesis tiene una clara relación con lo que ocurre en un análisis, en el cual la creación es posible en cada ocasión, única para cada sujeto. La técnica psicoanalítica vista en este sentido, se aleja de los parámetros de estandarización actuales, pues al igual que la poiesis busca traer ahí adelante, una verdad particular del sujeto en su decir. El autor piensa que este era el objetivo de Freud, al referirse a la técnica, pues él mismo manifestó en varias ocasiones, su interés por que cada analista incorporara una manera de operar acorde a cada situación e incluso a sus propias posibilidades.

Por su parte, psicoanalistas como Isidoro Vegh (*¿Praxis vs. Técnica? Entrevista*, 1992); y Sergio Demitroff (*De la técnica al acto*, 2008), afirman, en la misma vía de Lacan, que no puede hablarse de un conjunto cerrado de técnicas que definan al psicoanálisis. Vegh, menciona que en el *Seminario 1: los escritos técnicos de Freud* (1981), Lacan realiza una crítica a la concepción de la técnica psicoanalítica del momento, por considerarla una degradación de la práctica freudiana, al desconocer que «la práctica en Freud estuvo siempre ligada a una interrogación teórica» (*¿Praxis vs.*

Técnica? Entrevista, 1992), con lo cual quiere afirmar, que, a partir de su praxis, Freud se permitía cuestionar los supuestos que la misma ponía en acto.

Asevera que en la actualidad del psicoanálisis, resultaría más conveniente e importante preguntarse por la praxis y la teoría, que por el asunto de la técnica. Para él, la praxis es una habilidad que acepta interrogar los supuestos (¿Praxis vs. Técnica? Entrevista, 1992), y en la historia del psicoanálisis no siempre se tuvo en cuenta esta concepción, por lo que en muchos casos se avanzó en formulas técnicas, sin cuestionar los fundamentos teóricos que orientaban la praxis.

Demitroff manifiesta que es en el encuentro con sus pacientes, que Freud va definiendo tanto sus conceptos como su técnica; pero que las técnicas que enuncia, «no tienen más valor que de consejos y solo son adecuadas a su personalidad, e imposibles de generalizar dado que lo que le interesa en el análisis es precisamente la singularidad del caso» (De la técnica al acto, 2008).

Rodrigo Barranza Núñez, psicoanalista chileno, en el libro *Sobre los alcances del método freudiano: en los límites de la histeria* (2008), al referirse a la técnica psicoanalítica en Freud, hace énfasis en la asociación libre del paciente, aparejada por la neutralidad del analista. Menciona que la asociación libre, «tiene por objeto suspender todo tipo de pensamiento organizado buscando, por medio de la descripción sistemática de lo percibido en la conciencia, rebajar la censura y dar cuenta de los vínculos existentes con lo inconsciente» (2008).

Por otro lado, el nivel de compromiso por parte del paciente, a quien se le pide decir todo, es posibilitado por cierto nivel de neutralidad por parte del analista «quien en su silencio (no literal) se interesa en el relato sin juzgar aquello que se le confidencia» (BARRANZA, 2008).

La neutralidad facilita la asociación libre y, a su vez, permite condensar dos herramientas esenciales de la técnica: la atención parejamente flotante y la regla de abstinencia. La primera radica en escuchar lo dicho por parte del paciente con igual

atención, evitando centrarse en alguna particularidad, la segunda, supone que en la escucha el analista evite hacerse cómplice de la satisfacción del paciente «por ejemplo, dando consejos o imponiéndole exigencias más allá de las ya mencionadas» (2008).

Como puede verse, el autor en cuestión, asume el asunto técnico del psicoanálisis, literalmente desde la afirmación de Freud de la asociación libre como la regla técnica fundamental; y de la contrapartida por parte del analista de la atención flotante y la neutralidad.

Juan David Nasio, en su libro *Cómo trabaja un psicoanalista* (1996), hace una reflexión detallada sobre el asunto de la técnica en el psicoanálisis. Retomando a Freud, hace un recuento del método catártico, mencionando su eficacia terapéutica en la medida en que permitía integrar el grupo de ideas aisladas en la conciencia, con su concomitante descarga de afecto, curando al producir una neurosis nueva.

Demarca el abandono de Freud de la hipnosis y la sugestión, entre los años 1892 y 1893, tras la incorporación de una nueva técnica denominada, «La coerción asociativa» (NASIO, 1996). A partir de esta se trataba de alentar e incluso exigir el recuerdo de las situaciones y acontecimientos olvidados por sus pacientes. El encuentro de la resistencia con una de sus pacientes, Elizabeth von R, quien evidenció una tendencia a no querer recordar, llevó a Freud a abandonar la técnica de coerción asociativa, tratando de considerar otras formas de expresión de la representación traumática intolerable e inconsciente, llegando con ello a la asociación libre.

Nasio, deriva la adopción en Freud de la asociación libre, del encuentro de la resistencia en la paciente mencionada. Igualmente, deriva de tal encuentro, la incorporación de la interpretación. Dice que a partir de dicho momento, Freud plantea la idea de hacer intervenciones al paciente, tanto para significarle el sentido de un sueño o de las asociaciones libres, como para interpretar la resistencia. Finalmente, menciona cómo otro aspecto en la cadena secuencial de encuentros, el hallazgo de la noción de «resistencia a la transferencia» (1996) y correlativamente el descubrimiento de la transferencia propiamente dicha.

Nasio evoca también, una investigación realizada por Edward Glover en los años cincuenta, acerca del modo de trabajar de analistas de diversos países. La investigación pretendía obtener elementos comunes de la técnica analítica, encontrando como único punto de coincidencia la concepción de transferencia, como el elemento terapéutico fundamental del análisis. Sobre otros aspectos y consideraciones no hubo acuerdo. A partir de dicha investigación, se evidencia una falta de concordancia con relación a los postulados de los practicantes del psicoanálisis frente a la técnica, conclusión muy similar a la elaborada por Lacan, en un momento histórico muy cercano.

En 1954, año en que Lacan dicta el seminario *Los escritos técnicos de Freud* (1981), afirma que, por entonces, se observa que los practicantes del análisis piensan y expresan su técnica de manera muy diferente. Literalmente, expresa que entre quienes se declaran analistas «no hay quizá ni uno que, en el fondo, esté de acuerdo con sus contemporáneos o vecinos respecto a lo que hacen, a lo que apuntan, a lo que obtienen, y a lo que está en juego en el análisis» (LACAN, Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud, 1981). Asevera, en 1954, que solo gracias al lenguaje freudiano, puede darse un intercambio entre los psicoanalistas a pesar de que sus prácticas sean tan diferentes.

Lacan hace hincapié en que Freud habla de reglas prácticas que deben tenerse en cuenta en el ejercicio del análisis, aunque estas reglas las define como un mero instrumento, «una herramienta hecha a la medida de mi mano, y es así como Yo suelo agarrarla, otros quizá preferirían un instrumento ligeramente diferente, más adecuado a su mano» (Los escritos técnicos de Freud, 2004, pág. 23). Con lo cual quiere indicar, que a pesar de existir unas reglas orientadoras, cada analista podrá utilizarlas de manera diferente y de acuerdo a cada caso.

Freud se orientó por la búsqueda de la verdad del sujeto y en la investigación de esta verdad fue correspondido; es en función de este aspecto que formaliza la técnica que orienta su acción. Por este motivo, los rasgos de su experiencia, no parecen, según Lacan, poder reproducirse en la realidad concreta, aspecto que lo lleva a afirmar que la

técnica no tiene ningún valor, sino en la medida en que entendemos dónde se encuentra la cuestión fundamental para el analista que la adopta (2004, pág. 31).

En una entrevista concedida por Lacan a Emilia Granzotto en 1974 (OREJUELA, 2012), introduce una crítica al uso de la noción de técnica, afirmando que tras la muerte de Freud, algunos de sus alumnos pretendieron realizar el psicoanálisis a partir de una estandarización de las reglas por él propuestas, reduciendo su enseñanza a una fórmula superficial: «la técnica como ritual» (2012, pág. 53). Según el autor, la técnica convertida en ritual, es decir, en una serie de acciones llevadas a cabo de forma estandarizada, en este caso por los practicantes del psicoanálisis, desvirtúa la enseñanza de Freud. Para Lacan, el psicoanálisis es Freud. Si se quiere hacer psicoanálisis, hay que regresar a él (2012, pág. 55).

La enseñanza freudiana pues, según Lacan, es fundamental para aquel que quiere formarse como analista, no puede obviarse, aplazarse o reemplazarse por su propia enseñanza. En varios de sus seminarios y escritos, afirma la importancia del retorno a Freud, específicamente en *Escritos I* (2005), menciona en el texto la cosa freudiana, que el retorno a dicho autor es una inversión, que no solo sirve para ubicar una palabra en el contexto de su tiempo, sino también para calcular si las respuestas que aporta a las preguntas que plantea, han sido o no rebasadas por la respuesta que se encuentra en ellas o a las preguntas de lo actual (págs. 386-387). Sin embargo, a pesar de esta insistencia acerca del retorno a Freud, en varios de sus seminarios y escritos introduce diferencias conceptuales con respecto al fundador del psicoanálisis, en torno al asunto de la técnica por él propuesta.

Así por ejemplo, en el *Seminario 2* (2004), Lacan vuelve sobre algunos elementos asociados a la técnica freudiana, entre ellos la resistencia, dándole un sentido y una localización diferente a la que Freud le concede. Mientras Freud define la resistencia del lado del paciente, refiriéndose a esta como «la oposición que se manifiesta en el curso del tratamiento contra los esfuerzos encaminados a transformar lo inconsciente en consciente» (Resistencia y represión, 1948), Lacan la afirma de parte

del analista, mencionando que «el analista resiste cuando no comprende lo que tiene delante (2004).

Los aspectos mencionados, destacados por Lacan, no solo brindan una visión crítica de la técnica cuando es convertida en estándar y una insistencia al retorno a Freud frente al asunto de la técnica, sino que también evidencian giros en su propuesta clínica, con respecto a las finalidades buscadas por Freud a través de las maneras de operar, tal como se ejemplifico anteriormente.

Los giros mencionados, no solo se comprueban en las conceptualizaciones que Lacan realiza en sus seminarios y escritos, sino que también son puestos en escena por Jacques-Alain Miller psicoanalista francés encargado de traducir y mantener vigente la enseñanza de Lacan. En una conferencia realizada en abril de 2011, Miller<sup>3</sup> menciona con respecto a la práctica analítica de Freud, que este basaba su experiencia terapéutica en el desciframiento de la verdad del síntoma, y proponía un stop en el proceso de análisis y un recomenzar, que permitiera analizar los restos sintomáticos. Para Miller, Freud a partir del concepto de resto sintomático, se encuentra con lo que hoy se denominaría lo real del síntoma, es decir, con lo que «en el síntoma es fuera de sentido» (HELVOET, 2011), que es en esencia la razón de ser de lo que posteriormente caracterizará la práctica analítica lacaniana.

### **2.3. De Freud a Lacan.**

En cuanto a las elaboraciones que involucran las concepciones de la técnica en Freud, en articulación a la clínica propuesta por Lacan, se encuentran al menos dos trabajos. El de Juan David Nasio, en su libro *Cómo trabaja un psicoanalista* (1996) y la labor realizada por Gabriel Lombardi, psicoanalista argentino, en su libro *La clínica del psicoanálisis, ética y técnica* (2007).

---

<sup>3</sup> Jacques-Alain Miller presentó esta conferencia al final del congreso de la NLS, que se realizó en Londres los días 2 y 3 de Abril de 2011. El siguiente congreso tuvo lugar en Tel-Aviv en junio de 2012. El texto fue hecho por Dominique Helvoet, y no fue revisado por el autor.

Lombardi, identifica y homologa la transferencia a la neurosis de transferencia, construcciones conceptuales realizadas por Freud. Dice que la neurosis de transferencia es una nueva creación inconsciente y artificial, maniobrable por un operador (La clínica del psicoanálisis. Ética y técnica, 2007, pág. 52), que debe hacer surgir el analista y, retomando a Lacan, menciona que es el deseo del analista el que permite dicha aparición.

El deseo del analista, es una construcción lacaniana, que se define como la posibilidad de ocupar el «lugar de objeto recubierto por el velo de un falo imaginario, opaco y enigmático» (2007, pág. 61). Esto quiere decir, que el analista ha de presentarse ya no como un sujeto dividido que dirige su demanda al otro, sino como un objeto que causa el deseo desde un lugar en el cual representa la insatisfacción. Aquí la cuestión es instalarse como un interlocutor en el lugar simbólico de supuesto saber, no con el ánimo de ejercer un poder, como sucedía en los tiempos de la sugestión, sino de suscitar en el analizante la elaboración de demandas de amor y la producción de nuevos síntomas que constituirán la nueva neurosis de transferencia.

Igualmente, dirá Nasio que la neurosis de transferencia corresponde a la estructura del fantasma, entendiendo este último concepto, propuesto por Lacan, como la puesta en escena de la pulsión en su relación con el sujeto. Así, si para Freud, el análisis debía llevar al analizante a atravesar la neurosis artificial denominada de transferencia, Lacan propondrá el atravesamiento del fantasma, según lo expuesto por Nasio.

Nasio define cuatro momentos de la técnica psicoanalítica hasta hoy. El primero, correspondiente al método catártico, que consiste en provocar la descarga del material presente en el inconsciente que ocasionaba los síntomas. El segundo, lo define como un momento en el cual se busca hacer consciente lo inconsciente, por medio de la interpretación. El tercero, lo nombra como el periodo de la interpretación propiamente dicha, en el que se debían levantar las resistencias (beneficio secundario de la enfermedad, la compulsión a la repetición, la transferencia) para acceder al deseo

inconsciente. El cuarto momento, lo define como el actual para la época en que escribió dicho libro, 1991, y en este incluye la concepción de objeto *a*, entendido como «objeto del deseo o de la pulsión» (Cómo trabaja un psicoanalista, 1996) y el lugar que debe ocupar el analista a manera de semblante. Al unir dichas concepciones, define la acción del analista, como una acción orientada a ocupar un lugar, un lugar de causa de deseo y un lugar de objeto que atrae la libido (1996, pág. 133).

Hablando de este último momento, involucra el concepto de contratransferencia, concepto que a su juicio, Freud define «como el resultado de las influencias ejercidas por el paciente sobre los sentimientos inconscientes del analista» (pág. 139). Menciona que a partir de Lacan, el asunto de la contratransferencia, comienza a articularse a la lógica de la ética, pues se encara como un conjunto de «obstáculos imaginarios que se oponen al acceso del analista a su lugar» (pág. 139), un lugar ético, correspondiente al deseo.

Por su parte Lombardi, en su libro *La clínica del psicoanálisis, ética y técnica* (2007), retoma los tres momentos explicitados por Freud en recordar, repetir y elaborar, describiendo el primero como la fase de la catarsis de Breuer, el segundo, como el momento en que Freud abandona la hipnosis e induce al paciente a focalizar su atención sobre un evento traumático y el tercero, como aquel en el que se introduce la regla técnica fundamental del psicoanálisis: la asociación libre. Dice que a partir de este tercer momento, los analistas se ocupan de lo que aparece en la «superficie de las asociaciones, sin otra regla que esta: el significante representa a un sujeto para otro significante» (LOMBARDI, 2007).

La asociación libre, permite decantar los significantes amo que comandan el goce, gracias al establecimiento de la transferencia, elemento esencial para el análisis, que Freud define como un modo de lazo erótico que se evidencia como una forma de amor y que Lacan nombra, avanzando en la propuesta freudiana, como un amor orientando hacia el saber.

Según Lombardi, Freud mencionaba que en la transferencia la libido se dirigía a un objeto único para referirse a la persona del médico. Por su parte, Lacan, menciona el autor, refiere la ubicación del analista en un lugar que denomina Otro, lugar encargado de representar el lenguaje, desde donde el sujeto habla, para recibir su mensaje de manera invertida.

En este objeto único bajo el lenguaje freudiano o en ese otro bajo la jerga lacaniana, convergen el poder, el saber y el deseo. Según Lombardi confluyen en él «el objeto amable al que el sujeto se identifica, y también, por qué no, el objeto malo, el objeto a» (2007, pág. 68). Menciona que para interpretar, es necesario que se haya dado una transferencia operativa, pero que a su vez, es necesario interpretar «para que se despliegue una transferencia plenamente desarrollada» (pág. 45). Postula así, la necesidad de que ambos procesos se vayan generando paralelamente.

La interpretación opera justamente, porque viene del otro, un otro que no puede actuar desde una posición de dominación, como afirmaba Freud en «consejos al médico» (1912), y que de acuerdo con Lacan, debe colocarse en una posición diferente a la de los agentes del discurso amo, universitario e histérico. Finalmente, destaca como objetivo de la interpretación, la orientación a recordar la manera como se presenta el analizante, mostrándole al sujeto que él no es eso que cree y que «no es eso que él dice que es» (LOMBARDI, 2007, pág. 107).

Se concluye, de la revisión realizada hasta aquí, que hay pocos autores que hagan un abordaje sistemático de la técnica en Freud, teniendo en cuenta las transformaciones que en su concepción se derivan de los diversos instantes lógicos de su pensamiento y, en consecuencia, de su obra y que en los mismos no hay una visión uniforme del asunto.

Con respecto a los autores que retoman a Freud y a Lacan realizando una pesquisa por la técnica, se privilegiaron a Juan David Nasio y a Gabriel Lombardi, quienes retoman algunos elementos de ambos pensadores, haciendo enlaces y

conexiones, que brindan una mirada complementaria entre ambas teorías, pero sin decantar las transformaciones dadas en las mismas.

Otro aspecto que este recorrido revela, es el relativo al hecho de que si bien Lacan es enfático en recomendar un retorno a Freud siguiendo la huella de sus presupuestos, también resulta notable que cuando se ocupa de la técnica en Freud, del uso que de ella hace y de la finalidad que propone del análisis, introduce giros que son imprescindibles para tener en cuenta.

En consecuencia, se piensa que no es vano volver sobre estos debates sobre la técnica, abordarlos y actualizarlos con una mirada crítica y analítica, estableciendo de manera sistemática cuáles son las transformaciones de la técnica en Freud y sus efectos en la clínica de Lacan hasta 1964. Cuestión que comenzará a ser resuelta en el próximo capítulo a partir de la conceptualización de los momentos de la técnica en Freud.

### **3. LA TÉCNICA EN FREUD.**

#### **3.1. Método catártico: las palabras del médico curan.**

Los antecedentes de la práctica psicoanalítica se remontan a 1881 (FREUD, Esquema del psicoanálisis, 1948, pág. 10), cuando el doctor Joseph Breuer (médico fisiólogo austríaco) se encontró con una paciente cuyos síntomas principales consistían en parálisis motoras, inhibiciones y trastornos de conciencia. Al tratar de hallar las causas de dichos síntomas, tropezó con un estado de amnesia que le permitió advertir que había algo diferente a la expresión meramente consciente de la paciente.

Así, comenzó a emplear las técnicas de la hipnosis y la sugestión, tratando de hallar la información que permanecía oculta, encontrando que una vez la mujer

comunicaba durante la hipnosis las ideas que la dominaban, volvía al estado psíquico normal, logrando, por dicho medio, liberarla de sus padecimientos.

Breuer logró demostrar en el tratamiento de dicha paciente, «que todos los fenómenos patológicos habían demostrado poseer un sentido» (pág. 10). Igualmente, evidenció que los síntomas se generaban gracias a un impulso o a una acción que no había sido llevada a cabo, es decir, eran el resultado de una acción omitida.

De esta manera Breuer llegó a la idea de la existencia de procesos psíquicos no conscientes, como causa de los síntomas. Lo inconsciente, venía siendo tratado en el ámbito filosófico, pero gracias a la hipnosis emergió «por vez primera corpóreo, tangible y objeto de experimentación» (FREUD, Esquema del psicoanálisis, 1948, pág. 9).

Igualmente, Breuer, llegó a considerar los síntomas como una sustitución de procesos psíquicos, derivados de una situación traumática, que cargados de afecto veían impedida la descarga por el camino conducente a la conciencia, tomando caminos diferentes.

Años más tarde a los encuentros realizados por Breuer, Freud une a él sus esfuerzos, tratando de seguir comprendiendo la naturaleza de las enfermedades nerviosas, por medio del método hasta ahora nombrado como catártico, cuyo fin estaba orientado a la «limpieza y liberación del afecto represado» (1948, pág. 11), por medio del descubrimiento del sentido incognito envuelto en el síntoma y la expansión de los niveles de conciencia.

A partir del método catártico, el médico atendía directamente a la génesis de los síntomas, tratando de reproducir los procesos psíquicos de la situación patógena, consiguiendo su derivación a la actividad consciente. Los objetivos de la terapia estaban dirigidos a promover el recuerdo y la derivación por reacción, es decir, la derivación a la conciencia tanto del suceso traumático como del afecto ligado a este.

Durante varios años, Freud aplicó la técnica hipnótica combinándola inicialmente con la sugestión prohibitiva en la que se le expresaba al paciente una afirmación con respecto a su enfermedad, como por ejemplo, «no tiene usted nada, pues se trata de perturbaciones puramente nerviosas, de las que puedo liberarlo en unos pocos minutos y con solo algunas palabras» (FREUD, La terapia analítica, 1948, pág. 285).

Luego, Freud combinó la hipnosis con la exploración del paciente para tratar de encontrar los afectos represados y la información que permanecía en estratos más profundos de la conciencia. En 1892 al formalizar el tratamiento que realizaba a la señorita Elizabeth von R., Freud describe dicha manera de proceder del siguiente modo:

(...) le hacía contar lo que a la enferma era consabido, poniendo cuidado en notar donde un nexo permanecía enigmático, donde parecía faltar un eslabón en la cadena de las causaciones e iba penetrando a estados cada vez más profundos del recuerdo a medida que en esos lugares aplicaba la exploración hipnótica o una técnica parecida a ella. (FREUD, Señorita Isabel de R., 1948).

Freud pensaba que la premisa fundamental del método catártico, consistía en que el paciente fuera hipnotizable y, que para su aplicación, era preciso interrogar al paciente sobre el origen y la causa de su enfermedad, y transmitirle la esperanza de una posible cura por medio de la sugestión.

En dicho momento, definió el tratamiento psíquico como «el tratamiento desde el alma» (FREUD, Psicoterapia tratamiento por el espíritu, 1968), compuesto por medios e instrumentos que actuaban sobre lo anímico del hombre. Estos instrumentos fundamentalmente estaban constituidos por las palabras del médico, que actuaban como medio para influir sobre el paciente y sobre sus estados anímicos.

Afirmaba que «la personalidad del médico» (1968, pág. 457) constituía un eje central que podía favorecer en el enfermo las condiciones para la curación. Esta influencia, que denominó transitoria, era aprovechable para la aplicación de la hipnosis.

Igualmente, aseveraba que el valor más importante de la hipnosis radicaba «en la conducta del hipnotizado frente al hipnotizador» (Psicoterapia tratamiento por el espíritu, 1968, pág. 459), en la medida en que el paciente a través de esta técnica, respondía y lograba ver lo que el médico le proponía. Para este fenómeno Freud utilizó el término *rapport*, mencionando que, gracias a este, el discurso del médico, es decir, la sugestión, podría generar efectos.

La posibilidad de hipnotizar le confería al médico una alta autoridad, en la medida en que gracias a esta, el paciente lograba concentrar su interés y atención sobre la persona del médico, cobrando efectos la sugestión impartida.

Freud promovía el hipnotismo como una técnica que debería postularse bajo el mismo estatuto de las otras técnicas médicas curativas, en la medida en que no solo se mostraba eficaz en la curación de las enfermedades nerviosas, sino también frente a los trastornos que llamó imaginarios, a las adicciones e incluso frente a algunas enfermedades orgánicas. No obstante, advertía que dicha técnica ameritaba, por parte de los pacientes, cierta capacidad de ser influenciados por la hipnosis para lograr los efectos esperados, e igualmente manifestaba algunas tendencias de los enfermos a resistirse a la sugestión brindada por el médico o la reaparición de los síntomas luego de un tiempo de haber impartido la sugestión.

Con respecto a estas últimas limitantes que encontraba en el tratamiento, Freud recomendaba para los trastornos psíquicos de mayor gravedad, repetir la hipnosis hasta lograr vencer las resistencias, o hasta combatir los síntomas que reaparecían en el tiempo. Sin embargo, manifestaba que el médico debía comentar al paciente los límites de la terapia hipnótica para lograr con ello «prever la posibilidad de que la aplicación terapéutica resultase defraudante» (Psicoterapia tratamiento por el espíritu, 1968, pág. 465).

### **3.2. Construyendo el método psicoanalítico.**

*La hipnosis encubre la resistencia, por lo cual la historia del psicoanálisis verdaderamente dicho no comienza sino con la*

*innovación técnica constituida por la renuncia a la hipnosis*  
Sigmund Freud.

### *3.2.1. La presión terapéutica.*

En 1893, en el texto «Psicoterapia de la histeria» (1948), Freud comienza a demostrar cómo el método catártico va quedándose corto debido a varias razones. La primera es la concerniente a la imposibilidad de hipnotizar a todos los pacientes. La segunda consiste en que la hipnosis se muestra impotente en los casos de neurastenia y de neurosis de angustia. La tercera razón está relacionada con la imposibilidad de impactar por medio de dicha técnica las condiciones causales de la histeria, sin poder preverse por lo tanto la aparición de nuevos síntomas.

Buscando un método similar al catártico, que permitiera, tanto la reviviscencia, como la descarga de un suceso traumático y apoyado en los hallazgos realizados en la clínica de Berheim, donde corroboró por un lado, que no todos los pacientes eran hipnotizables y, por otro, que algunos de ellos en estado de hipnosis superficial (sonambulismo), podrían recordar los sucesos vividos gracias a una intervención del hipnotizador, quien les aseveraba su capacidad para recordar, Freud comenzó a abolir la hipnosis, pidiéndole a los pacientes concentrarse, tenderse en el diván y cerrar los ojos, con la convicción de que estos «sabían todo lo que había podido poseer una importancia patógena» (FREUD, Estudios sobre la histeria, 1948).

En las primeras sesiones, indagaba a los pacientes por el motivo inicial de sus síntomas, y ante la imposibilidad de recordar, les aseguraba que debían saberlo y recordarlo y les pedía tenderse en el diván, tratando de lograr concentración.

Gracias a esta nueva técnica, encontró que había en los pacientes atendidos una cierta incapacidad para recordar las representaciones patógenas, asunto que no se evidenciaba con la aplicación de la hipnosis, ya que la misma, creaba una ampliación de la conciencia que promovía la reminiscencia. Comprobando así, con sus pacientes, que en ocasiones no era suficiente la afirmación sugestiva del médico sobre su capacidad de

recordar. De esta manera comenzó a pensar en una serie de fuerzas psíquicas que se oponían a la percatación consciente y que pensaba eran las mismas que habían contribuido a la formación de los síntomas por primera vez, manifestándose como una repulsa.

Tratando de elaborar dichos conceptos, llegó a concebir el aparato psíquico, como un conjunto de instancias o localidades, en las cuales el material existente experimentaba una transcripción o reordenamiento, de acuerdo a nuevas relaciones. Dichas instancias o localidades estaban definidas de la siguiente manera:

- Signo perceptivo: primer registro de las percepciones, incapaz de conciencia.
- Inconsciente: segundo registro de las percepciones, ordenado a partir de relaciones causales, que podrían corresponder a recuerdos conceptuales y que era también inaccesibles a la conciencia.
- Preconsciente: tercera transcripción, correspondiente al Yo. Era el material ligado a las imágenes verbales y Freud lo denominaba conciencia secundaria. (FREUD, Los orígenes del psicoanálisis: carta 52, 1968, pág. 741)

Freud atribuía el origen y las particularidades de las psiconeurosis a la falta de traducción de ciertos materiales de una instancia a otra. A esta dificultad de transcripción le dio el nombre de represión, concepto que definió en esta época como una defensa «hacia la provocación de displacer que resultaría de la traducción efectuada, como si este displacer engendrara un trastorno del pensamiento que a su vez impediría el proceso de traducción» (1968, pág. 742).

La represión como defensa patológica, se dirigía contra los rastros mnémicos de una fase anterior, que no habían sido traducidos, de tal manera que un suceso sexual de una fase determinada actuaba «en la siguiente como si fuese algo actual y como si estuviese en consecuencia, sustraído a toda inhibición» (pág. 743).

En estos primeros momentos de la elaboración freudiana, en todos los casos de neurosis, debía precisarse un suceso de índole sexual que había sido reprimido. En el caso de la histeria, los recuerdos reprimidos estaban relacionados con hechos

presentados entre el año y medio y los cuatro años, en la neurosis obsesiva entre los cuatro y los ocho años de edad y en la paranoia entre los ocho y los catorce años. En el caso de la perversión, Freud suponía una ineficacia de la defensa o una no producción de la misma. La represión pues, actuaba como defensa en los primeros años infantiles y brindaba su fuerza a la consolidación de resistencias que en el tratamiento aparecían como defensas a la cura, cuestión que Freud evidenció en sus primeros análisis.

A partir de estos encuentros y con el ánimo de sortear las resistencias, de una manera más contundente, ideó lo que llamó un artificio técnico, consistente en realizar una presión en la frente del enfermo, asegurándole que a partir de la misma surgiría una ocurrencia, con el ánimo de «disociar la atención del enfermo de sus asuntos y reflexiones conscientes» (FREUD, Psicoterapia de la histeria, 1948, pág. 111), sorprender al Yo y evitar momentáneamente su defensa.

Con este artificio buscaba que la representación patógena saliera a la conciencia, pero advirtió que, generalmente, surgía una representación inicial que era la partida de una serie de pensamientos y recuerdos, que conllevaban finalmente a la representación patógena.

Así, el inicio de cualquier análisis debía limitarse a la periferia del producto psíquico y esto implicaba dejar relatar al paciente todo lo que recordaba o creía saber sobre sus síntomas, venciendo las resistencias por medio de la presión en la frente.

Cuando una escena patógena no explicaba el síntoma, Freud manifestaba al enfermo que esta escena probablemente estaba ocultando otra más importante y trataba de «hacer concentrar su atención sobre la cadena de asociaciones» (1948, pág. 133) que vinculaba el recuerdo hallado, con el buscado.

Sin embargo, una vez el paciente se adentraba en el recuerdo «surgía una fuerza colaboradora» (Psicoterapia de la histeria, 1948, pág. 123), que le permitía evocar numerosos recuerdos sin interrogación alguna. El médico debía estar atento a las lagunas e interrupciones en el curso lógico, pues de ellas se podrían suponer «motivos

inconscientes ocultos» (1948, pág. 123), y debería provocar asociación con respecto a dichos vacíos.

El recuerdo patógeno se reconocía generalmente porque el paciente evidenciaba una resistencia en reproducirlo, a pesar de parecerle casi insignificante. En dichas situaciones, Freud explicaba a sus pacientes que se trataba de resistencias orientadas a ocultar un recuerdo que terminaría por presentarse como auténtico.

En estados avanzados de la labor, afirmaba la importancia de comunicar al paciente las conexiones que el médico infería, antes de que él mismo las descubriera. Estas conexiones favorecerían el reconocimiento de asuntos importantes de la vida psíquica del paciente, o de no ser acertadas, provocarían su ingreso en nuevas búsquedas que podrían ampliar su conocimiento psíquico.

El papel del médico siguió siendo concebido, por Freud, como prioritario en el desarrollo del tratamiento. Pensaba que la relación médico-paciente podría verse obstaculizada si el enfermo se sentía o creía descuidado, si aparecían temores con respecto a la dependencia que podría generarse hacia el médico, o temores cuando se transferían sentimientos negativos a este. De esta manera, accede tanto a la percatación como a la definición de la transferencia, nombrándola como una falsa conexión, en la cual se transferían a la persona del médico sentimientos que estaban orientados a otras personas.

Freud pensaba que se debía procurar el vencimiento de dichos temores, que actuaban como resistencias, comunicándole al paciente la presencia de los mismos, con el ánimo de que las hiciera conscientes. Se trataba de centrar la atención del paciente sobre dichos límites, utilizando el mismo procedimiento de la presión sobre la frente.

Sin embargo, encontró que dicho procedimiento se hacía difícil en cuanto a la transferencia, pues en ocasiones la resistencia se mantenía por la dificultad del paciente de comentar los sentimientos o deseos que se le ocurrían con respecto al médico, casos en los cuales, a pesar de la presión no se producía ninguna asociación. En tales

situaciones, el médico debía insistir por medio del procedimiento de la presión, para que el paciente lograra mencionar aquello que se le ocurría y que podía estar planteando una interferencia al tratamiento. Cuando se lograba vencer la resistencia, era común que el paciente encontrara que era justamente una idea en torno al médico, la que aparecía como obstáculo para continuar con sus asociaciones.

La labor del paciente, según Freud con respecto a la transferencia, consistía en dominar el afecto displaciente de haber abrigado, por un momento, un tal deseo con respecto a la persona del médico. Sin embargo, era necesario que este último explicara la naturaleza de dicho obstáculo, de tal manera que el paciente comprendiera que la transferencia consistía en una engañosa imaginación que desaparecería al final del análisis (Psicoterapia de la histeria, 1948, pág. 129). Freud tenía pues, una tendencia a tratar de explicar a sus pacientes, tanto los procedimientos utilizados, como sus efectos y a ello no escapaba la transferencia.

En este momento, se conserva la orientación por el conocimiento de las causas partiendo desde los síntomas, tratando de dirigir la atención del enfermo regresivamente hasta a la escena que ocasionó el surgimiento de los mismos, buscando con ello «ir solucionándolos (los síntomas) uno tras otro» (FREUD, Historiales clínicos, 1948).

El fin de la cura en esta época, consistía en la exteriorización de las representaciones patógenas causales con su afecto concomitante, que desencadenaría en la abolición de los síntomas. Finalidad bien similar a la buscada a partir del método catártico, consistente en la derivación por reacción, pero obtenida a partir de la aplicación de técnicas diferentes.

Como puede verse, Freud abandona inicialmente la técnica de la hipnosis y conserva la técnica sugestiva, introduciendo el artificio técnico de la presión en la frente, con el ánimo de disociar la atención consciente del paciente.

### *3.2.2. La asociación libre, en busca de la génesis de los síntomas.*

Freud comienza a pensar, que las asociaciones finales conscientes son sustituciones desplazadas de asociaciones reprimidas ocultas, que requieren de tiempo para ser comunicadas, pues están en relación con el estado patológico. Gracias a este encuentro prescinde de la técnica de la presión en la frente, admitiendo el tiempo que requerían los pacientes para llegar a núcleos de represión profundos.

Comenzó, entonces, a invitar a los pacientes a comunicarle todo aquello que acudiese a su pensamiento, aunque lo juzgasen secundario, impertinente o incoherente. Pero sobre todo, les exigía que no excluyeran de la comunicación ninguna idea, ni ocurrencia por parecerles vergonzosa. De esta manera accedió a la técnica de la asociación libre «como un medio auxiliar para la investigación de lo inconsciente olvidado» (FREUD, Esquema del psicoanálisis, 1948, pág. 11). Advertía que a partir de dicha técnica, el médico no lograba acercarse a los elementos olvidados mismos, «pero sí a tan claras y abundantes alusiones a ellos» (1948, pág. 11), que permitían finalmente la realización de inferencias y reconstrucciones acertadas.

Alrededor de 1900, específicamente en el trabajo sobre la interpretación de los sueños, Freud introduce nuevos elementos vinculados a la noción de inconsciente, que repercuten indiscutiblemente en la concepción de la técnica del momento y en la introducción de un nuevo arte en el ejercicio psicoanalítico.

Definió el aparato anímico como un «instrumento compuesto» (FREUD, Psicología de los procesos oníricos, 1948) de instancias nombradas como: consciente, preconsciente e inconsciente. La consciencia, la nombró como la instancia encargada de la percepción, carente de memoria; el preconsciente, como aquella instancia que contiene ideas latentes, actuando como un guardián de las mismas, permitiendo o no, su paso a la conciencia; y el inconsciente, como la base de la vida psíquica donde se transforman las percepciones tomadas por la conciencia, en huellas duraderas a las que se les impide el acceso a la conciencia, por resultar amenazantes para el sujeto, dado su contenido sexual.

A partir de la interpretación de los sueños de algunos de sus pacientes, en los que encontraba como constante una realización de deseos reprimidos, ubicó el deseo en el inconsciente, mencionando, que el mismo, se constituía en relación a una privación fundamental en un estado infantil y la manera que encontraba para salir a la conciencia era a través de su deformación. Así, en los sueños un deseo actual se articulaba con un deseo infantil, traduciéndose en un contenido deformado.

La deformación del contenido del sueño, obedecía a dos operaciones que Freud denominó como condensación y desplazamiento. Afirmando que ambas impedían la aparición de las ideas latentes de manera pura y exacta. Específicamente definió la condensación como el proceso mediante el cual se concentran las ideas latentes, en algunas ideas manifiestas que las sustituyen de manera concisa y resumida. Y el desplazamiento como el proceso mediante el cual se da un ordenamiento del material onírico «en derredor de elementos distintos de los que en las ideas latentes aparecen como centro» (FREUD, La elaboración onírica, 1948), es decir, un ordenamiento a partir de elementos que nos son los fundamentales.

El concepto de represión, cobró gran importancia a partir de estos hallazgos, siendo precisado por el autor, como el proceso mediante el cual el Yo impide el acceso a la conciencia de las tendencias sexuales que encuentra incompatibles con su integridad, es decir, como aquel proceso que interfiere con la satisfacción de los deseos que el sujeto vive como amenazantes.

No obstante, dado que la represión falla en cuanto a la vida sexual del sujeto, la libido retrocede a fases evolutivas y objetos anteriores, aprovechando las fijaciones infantiles para lograr el acceso a la conciencia y conseguir derivación, naciendo, con ello, el síntoma como una satisfacción sexual sustitutiva.

Freud encontró que el mecanismo de la represión y correlativamente el de la resistencia, se presentaban como las causas tanto de las disociaciones como de la amnesia del contenido psíquico en el sueño y, que de la misma manera, se presentaban en la labor analítica cuando se intentaba hacer consciente lo inconsciente.

Los hallazgos anotados con respecto a la represión y a la resistencia, le permitieron a Freud definir una nueva técnica nombrada arte de interpretación, consistente en extraer del material suministrado por el paciente a través de sus ocurrencias voluntarias, las ideas reprimidas en ellas contenidas. Este nuevo arte, utilizado en el análisis de los sueños era también aplicado a los síntomas neuróticos, literalmente afirmaba Freud: «es idéntico al que aplicamos a la solución de los síntomas histéricos» (La elaboración onírica, 1948, pág. 538).

El arte interpretativo, consistía pues, en una orientación a desenmascarar un contenido latente de un contenido manifiesto, tratando de hacer evocar a la persona sus ocurrencias para penetrar el contenido que actuaba como sustituto, al contenido genuino y posteriormente y gracias al conocimiento que tenía el analista sobre el paciente, ayudarle a sustituir los símbolos por sus significaciones intentando producir un nuevo sentido. Igualmente, a partir de dicha técnica el analista podría extraer y comunicar al paciente, el sentido que había de darse a una ausencia o cesación de sus ocurrencias. En esta perspectiva lo que el sujeto decía no era un fin en sí mismo sino un medio para acceder al contenido genuino.

Freud mencionaba que las interpretaciones y comunicaciones al paciente sobre su inconsciente, debían realizarse solo en la medida en que este se acercaba a su núcleo patógeno y cuando el médico estaba seguro de que se había instaurado la transferencia. De esta manera, llegó a unir la aplicación de la interpretación a la transferencia misma, advirtiendo una relación de reciprocidad entre ambos elementos, en la medida en que el médico no solo debía realizar las interpretaciones teniendo presente el establecimiento de la transferencia, sino también, en la medida en que podría valerse de la misma, coligiéndola y traduciéndola al paciente, para hacer actuales y manifiestos los impulsos eróticos olvidados.

Siguió pues, haciendo en el momento lógico descrito, un énfasis importante sobre el concepto de transferencia, describiéndolo como una reedición de «impulsos o fantasías que han de ser despertados y hechos conscientes durante el desarrollo del

análisis y que entrañan como singularidad característica de su especie la sustitución de una persona anterior por la persona del médico» (Historiales clínicos, 1948, pág. 563).

Mencionaba Freud, que no había manera de eludir la transferencia en el tratamiento analítico, y que debía aprovecharse como un medio auxiliar del tratamiento, pues debido a este el paciente lograba convencerse de los resultados expuestos por el médico. Al respecto afirmaba que «la convicción de la exactitud de los resultados obtenidos en el análisis no surge nunca en el enfermo hasta después de resuelta la transferencia» (1948, pág. 563).

Para Freud el psicoanálisis no creaba la transferencia, la descubría como la otra información oculta en el paciente. Pensaba que era un tipo de lazo social que surgía de manera espontánea en todas las relaciones humanas, pero que el psicoanálisis utilizaba, tratando de revelarlo a la conciencia, explorando los procesos psíquicos a partir del mismo. Así, tanto los impulsos amables como los hostiles hacia la persona del médico, debían ser utilizados en el análisis «haciéndolos conscientes» (Historiales clínicos, 1948, pág. 563) para el logro de sus fines.

En este momento el fin del análisis, consistía en «deducir de las ocurrencias espontáneas del analizado aquello que no quería recordar» (Recuerdo, repetición y elaboración, 1948, pág. 345), tratando de burlar las resistencias por medio de la interpretación y la comunicación de sus resultados al paciente.

Se conserva, aún, la búsqueda de las situaciones en las que surgieron los síntomas por primera vez, pero se abandona la derivación por reacción, sustituyéndola por «la labor que el enfermo había de llevar a cabo para dominar la crítica contra sus asociaciones» (1948, pág. 346).

### *3.2.3. Curando la neurosis artificial, la neurosis de transferencia.*

Freud comienza a percatarse de que la orientación hacia la búsqueda del complejo patógeno a partir de los síntomas, era inadecuada para la «sutileza de la

neurosis» (Historiales clínicos, 1948, pág. 511). Propone así, abandonar la atención sobre las situaciones en las que surgieron los síntomas por primera vez e iniciar el análisis a partir del estudio de la superficie psíquica del paciente, es decir, de «la superficie que el inconsciente ofrece de momento a su atención» (1948, pág. 511).

Sigue promoviendo la asociación libre como su regla técnica fundamental, aunque con un énfasis diferente, pues comienza a invitar a los pacientes a determinar los temas de cada sesión, a partir de lo cual él va obteniendo en «fragmentos entretreídos en diversos contextos y distribuidos entre épocas muy distantes, todo el material correspondiente a la solución de un síntoma» (pág. 511).

En este momento define la cura psicoanalítica como la orientación por descubrir la libido que permanece oculta, haciéndola consciente para ponerla al servicio de la realidad. Pensaba siguiendo a Jung, que las psiconeurosis se fundaban en un proceso de «introversión de la libido» (La dinámica de la transferencia, 1948), consistente en la disminución de la libido capaz de conciencia y el aumento de la misma en el ámbito inconsciente.

«La libido sustraída al mundo exterior ha sido aportada al yo, surgiendo así un estado al que podemos dar el nombre de narcisismo» (Introducción al narcisismo, 1948); orientación a tomar el propio cuerpo como objeto sexual. La investigación psicoanalítica, había demostrado que en la evolución sexual regular del individuo se daban ciertas localizaciones narcisistas de la libido. Freud destacaba una oposición entre la libido del Yo y la libido objetal, dirigida al mundo exterior, manifestando una relación de oposición entre ambas. Afirmaba que mientras una crecía la otra decrecía y viceversa.

Esta división de la libido sirvió de base para desarrollar la hipótesis de pulsiones del Yo y pulsiones sexuales, afirmando la libido del Yo como el complemento egoísta de las pulsiones yoicas. Para liberar la libido era preciso vencer la represión, pero en este proceso surgían las resistencias del sujeto al análisis y en este momento la

transferencia comenzaba a actuar, trayendo consigo una fuerte resistencia en defensa de aquel elemento patógeno que comenzaba a vislumbrarse.

La cura analítica, debía realizarse según el fundador del psicoanálisis en el momento en cuestión, a partir de tres labores como mínimo: En primera instancia, debía formarse una representación tópica del inconsciente y buscarse en los recuerdos del paciente donde se había dado una represión, luego debía tratarse de suprimir las resistencias que mantenían la represión, tratando igualmente de investigarla y descubrirla atrayendo hacia esta la atención del paciente. Finalmente, debía comunicarse al paciente la interpretación de la información descubierta. Se esperaba que la resistencia desapareciera gracias a la interpretación, debido a que a partir de esta, los pacientes podían reconocer y encontrar más fácilmente aquel conflicto que desencadenó en represión.

Se trataba de una diferenciación del trabajo terapéutico, por un lado, el médico revelaba al enfermo sus resistencias y por otro lado, el paciente relatava las situaciones y relaciones olvidadas y confirmaba las construcciones del médico a partir de su propio recuerdo.

En este momento, la transferencia sigue siendo considerada como una resistencia, pero a su vez como la palanca más poderosa del éxito del tratamiento. Freud afirmaba que en etapas iniciales del tratamiento la relación establecida entre médico y paciente, generalmente se hacía agradable, gracias al interés evidenciado por el paciente, quien revelaba una fuerte admiración por la persona del médico. En estas circunstancias, el análisis permitía obtener progresos importantes.

Luego de un tiempo, el paciente comenzaba a evidenciar obstáculos para recordar, comenzaba a demostrar desinterés por el tratamiento y se sustraía de la regla técnica fundamental de la asociación libre. Estos comportamientos y signos obedecían a la resistencia que provenía justamente del sentimiento surgido del paciente hacia el médico, sentimiento imposible de justificar por la actitud del médico o por la relación establecida.

Para Freud, el mejor medio para tratar la transferencia era «demostrar al enfermo que sus sentimientos no eran producto de la situación del momento ni se referían en realidad, a la persona del médico, sino que reproducían una situación anterior de su vida» (Introducción al psicoanálisis, lección 27: la transferencia, 1948, pág. 288). Con esta afirmación, se inducía al paciente a tratar de recordar donde surgían los sentimientos originales, convirtiéndose en una posibilidad para acceder a sectores íntimos de la vida psíquica del paciente.

Cuando la transferencia se hacía muy intensa incidía de manera negativa en el tratamiento, pues retrasaba el acceso del paciente a sus recuerdos. En este punto comenzaba a evidenciarse una nueva enfermedad, diferente a la primitiva, en la cual los síntomas adquirirían una nueva significación. ««la curación de esta nueva neurosis artificial coincide con la de la neurosis primitiva, objeto verdadero del tratamiento» (1948, pág. 289).

Este hallazgo se convirtió en un pilar fundamental de la técnica psicoanalítica en lo referente a las neurosis obsesivas y a la histeria; que Freud denomina neurosis de transferencia y que, le haría pensar la transferencia, ya no como un medio auxiliar del tratamiento, sino como el objeto del mismo: «el tratamiento analítico tiene por objeto la transferencia misma, a la que procura disociar cualquiera que sea la forma que revista y el final de todo tratamiento analítico debe ser la destrucción de la misma transferencia» (pág. 293).

Como puede verse en este momento de su elaboración teórica, Freud habla de un posible final de análisis que consistía en la disolución de la transferencia. Este final también lo asocia al esclarecimiento de las represiones del sujeto, en sus palabras «no damos por terminado el análisis hasta esclarecer totalmente el caso, cegar todas las lagunas amnésicas y descubrir los detalles circunstanciales de las represiones» (pág. 293).

Además de haber definido en este momento la existencia de una neurosis de transferencia, une el concepto de transferencia al de repetición. Mencionando así, que cuando el analizado no lograba recordar lo olvidado o reprimido, tendía a repetirlo, es decir, a reproducirlo de nuevo bajo las condiciones de la resistencia.

Freud afirmaba, que el paciente repetía sus «inhibiciones, sus tendencias inutilizables y sus rasgos de carácter patológico» (Recuerdo, repetición y elaboración, 1948, pág. 348), y era muy probable, que en el transcurso de la cura se actualizarán impulsos nuevos, situados en estratos más profundos, dándose una «agravación durante la cura» (1948, pág. 348), situación temporal con la cual debía luchar el médico tratando de impedir, por medio de la palabra, que los impulsos de los pacientes derivaran a la motilidad.

En el curso del análisis cuando la transferencia se hacía hostil o muy aguda, el recuerdo podría quedar igualmente sustituido por la repetición. Poco a poco, y en el marco de la transferencia, el paciente comenzaba a vivir como real asuntos del pasado. El analista debía demostrarle que sus sentimientos eran producto de la repetición de una situación anterior de su vida, ayudándole a remontarse desde la repetición al recuerdo de los sucesos originales.

Así pues, desde este momento queda planteado cómo en la transferencia no solo se repiten significantes articulados a una demanda, sino que también se repiten actos.

En 1915, en el texto «lo inconsciente» (1948, pág. 1043), Freud afirma que lo reprimido no forma todo el contenido del inconsciente, solo forma una parte de dicha instancia psíquica. Lo inconsciente comprende también actos latentes, que pueden acceder a la conciencia. Igualmente, adiciona un elemento importante con respecto a la técnica, afirmando que cuando se le comunicaba a un paciente una representación por él reprimida, no se modificaba nada al principio, no se levantaba la represión ni se anulaban sus efectos, por el contrario, se conseguía una nueva repulsa del material reprimido. No obstante, el paciente poseía ya en dos lugares, de manera diferente la misma representación, conservaba el recuerdo consciente de la huella auditiva como se

le había comunicado y tenía el recuerdo inconsciente del suceso del que se trataba. El levantamiento de la represión tenía efecto, cuando la representación consciente entraba en contacto con la huella mnémica inconsciente, luego de vencer la resistencia.

Este punto constituye un avance en la concepción de la técnica, pues no se pretendía ya hacer consciente un suceso traumático de índole sexual esperando el encuentro con la represión y la anulación de sus efectos, sino que se hacía énfasis en el tiempo que requería cada sujeto para correlacionar la interpretación realizada con su huella mnémica. Sugiriéndose así, una evaluación de los efectos en el tiempo, una evaluación retrospectiva de las interpretaciones realizadas.

Las consideraciones sobre la aplicación de los recursos técnicos por Freud definidos y los aspectos que recomienda tener en cuenta en la práctica clínica, son puestos en consideración en este periodo en una serie de artículos establecidos entre 1910 y 1914, condensados en su obra bajo el nombre de técnica psicoanalítica.

En estos artículos, específicamente en «el porvenir de la terapia psicoanalítica» (1948, pág. 310), «el psicoanálisis silvestre» (pág. 315) y «concejos al médico en el tratamiento psicoanalítico» (pág. 326) hace un énfasis importante en la preparación que debe tener el médico para practicar el análisis. Afirma que el psicoanálisis no podría aprenderse solo en los libros y que, como otros procedimientos médicos, su aprendizaje debería estar acompañado de personas que ya lo dominaran.

Para Freud, ningún psicoanalista podría llegar con sus pacientes, más allá de lo que se lo permitieran sus propios complejos y resistencias, por lo cual recomendaba que todo principiante, comenzara su actividad con su propio análisis. Este punto lo asociaba a lo denominado por él: transferencia recíproca (Observaciones sobre el amor de transferencia, 1948, pág. 341) (contratransferencia), influjo de sentimientos inconscientes que surgían en el médico a partir de la relación con el paciente, y que solo podría abordarse reconociendo la existencia de la misma y trabajando en el propio análisis.

Menciona, además, que el analista debía abandonarse a su memoria inconsciente, sin pretender retener toda la información brindada por el paciente y sin hacer énfasis especiales en asuntos de su interés. Debía acoger la información que ofrecía el paciente a partir una atención flotante, principio que define como la contrapartida de la regla de asociación libre.

Igualmente, afirma que el médico debía silenciar sus afectos, permaneciendo impenetrable para el paciente, no mostrando «como un espejo, más que aquello que le es mostrado» (Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico, 1948, pág. 330). El analista debía oponerse enérgicamente a las satisfacciones sustitutivas, rehusándose a estructurar el destino del paciente y absteniéndose de ubicarse como un modelo para él mismo.

En el texto «la iniciación del tratamiento» (1948, pág. 334), brinda algunas pautas que deberían tenerse en cuenta en el ejercicio del análisis. Menciona que, en primera instancia, el analista debía aceptar al paciente solo provisionalmente por unas cuantas semanas, con el ánimo de realizar un diagnóstico diferencial entre psicosis y neurosis y así mismo evidenciar si dicho paciente presentaba o no las condiciones para analizarse. Luego, debía favorecer la instauración de la transferencia, pudiendo así, posteriormente, realizar las interpretaciones pertinentes y enseñar a sus pacientes las hipótesis y técnicas del psicoanálisis. Debía, además, comentarle al paciente que el proceso analítico ameritaba de tiempo y debía asignarle una hora de atención completa de sesión, que este se comprometería a pagar hiciese uso o no de la misma.

Finalmente, asevera en dichos escritos, específicamente en «observaciones sobre el amor de transferencia» (1948, pág. 350) que el analista debería ocuparse con cuidado de una posible declaración o demostración de amor por parte del paciente. En este caso y de manera muy vehemente, al autor afirma que el camino que habría de seguir el analítico debería ser el siguiente: «nos guardamos de desviar a la paciente de su transferencia amorosa o disuadirla de ella, pero también y con igual firmeza, de toda correspondencia. Conservamos la transferencia amorosa, pero la tratamos como algo irreal» (Observaciones sobre el amor de transferencia, 1948, pág. 354). El médico

debería comentar al paciente, por qué no se trataba de un enamoramiento verdadero, argumentando que dicho sentimiento, constituía un nuevo disfraz de la resistencia que obedecía a repeticiones y ecos de relaciones anteriores, dedicándose posteriormente junto con el analizado, a descubrir la elección infantil de objeto y las fantasías a ella enlazadas.

#### *3.2.4. Hacer entrar al paciente en el recuerdo.*

Alrededor de 1919 y 1920, Freud retoma la concepción económica del aparato psíquico articulada a la hipótesis de una tendencia del ser humano a buscar el placer. Relaciona la noción de placer con una disminución de tensión o excitación en la vida anímica y el displacer con el aumento de dicha excitación, manifestando inicialmente que «el curso de los procesos anímicos es regulado automáticamente por el principio del placer» (La histeria, 1948, pág. 35).

Sin embargo, sus elucubraciones y elaboraciones sobre los procesos anímicos, le permiten aseverar que esta búsqueda de placer no siempre se presenta en los procesos psíquicos y por ende no es consistente. Esto hace que no pueda afirmar un total dominio del principio del placer sobre dichos procesos, pues clínicamente verifica que hay tendencias que en el hombre bloquean el logro de los fines del placer que siempre se destinan al bien de sí mismo y del otro.

La influencia de la pulsión de conservación, por ejemplo, lleva al principio de placer a convertirse en principio de realidad, orientándolo en el aplazamiento de la satisfacción y transmitiendo la aceptación de postergar el placer. Igualmente, algunas pulsiones son separadas del Yo, gracias al proceso de represión, siendo privadas de la posibilidad de satisfacción directa, encontrando por otras vías una satisfacción sustitutiva, que paradójicamente no reporta la obtención de placer sino el encuentro con el displacer.

Freud, no solo deroga el supuesto de una tendencia constante e inquebrantable de la búsqueda de placer en los seres humanos, sino que también deja planteada la base

del displacer neurótico, afirmándolo como aquel «placer que no puede ser sentido como tal» (Más allá del principio del placer, 1948, pág. 1091).

En «más allá del principio del placer» (1948), Freud muestra cómo, a partir del estudio de algunos casos de neurosis traumáticas, neurosis de guerra por ejemplo, encuentra una tendencia en dichas personas por reproducir en sus sueños escenas de las situaciones vividas como grandes conmociones, que lo llevan a aseverar una tendencia masoquista del Yo.

Igualmente, evidencia en el texto mencionado, cómo el análisis realizado sobre algunos juegos infantiles, lo lleva a pensar en una orientación psíquica en los niños por elaborar experiencias desagradables, de manera independiente al principio del placer.

Los hallazgos sobre la tendencia masoquista mencionada, son correlacionados por Freud con lo que le evidenciaban sus pacientes en el análisis, quienes mostraban una tendencia a no recordar todo lo reprimido e incluso a no recordar lo más importante, no llegando a convencerse de la construcción que se les comunicaba, quedando obligados a repetir lo reprimido como un suceso actual, en vez de recordarlo como un asunto del pasado. Afirma así, la existencia en la vida anímica de una «obsesión de repetición que va más allá del principio del placer» (1948, pág. 1097).

En el momento lógico anterior, ya se había referido Freud a una tendencia en los pacientes a repetir en la transferencia asuntos que se habían vivido en situaciones pasadas. Sin embargo, en este momento anuda esta tendencia de repetición a algo que va más allá del principio del placer, siendo este el nódulo fundamental del presente estadio. Las dolorosas situaciones afectivas y todos los sucesos indeseados, son resucitados y repetidos por los neuróticos en la transferencia y lo que esta tendencia a la repetición hace vivir de nuevo, genera por un lado placer y por otro displacer, «displacer para un sistema y placer para otro» (Más allá del principio del placer, 1948, pág. 1095).

Freud afirma que la reproducción de actos que aparecían referidos a la historia del paciente, recogía siempre en su contenido un fragmento de la vida sexual infantil y del complejo de Edipo, y tenía lugar siempre dentro de la transferencia.

En este momento, sigue manteniendo la idea de la sustitución de la neurosis primitiva por una neurosis artificial; es decir, una neurosis de transferencia. El analista debe procurar «limitar la extensión de esta segunda neurosis, hacer entrar lo más posible en el recuerdo y permitir lo menos posible la repetición» (1948, pág. 1095). Sin embargo, deberá permitirle al paciente vivir en la transferencia un trozo de la vida olvidada, para que el mismo reconozca el reflejo que aparece como actual, pero que obedece al pasado.

Tratando de encontrar una explicación a la compulsión y a la repetición, Freud enlaza esta noción al concepto de pulsión, definiendo este último como «una tendencia propia de lo orgánico vivo a la reconstrucción de un estado anterior» (pág. 1103). Todas las pulsiones quieren reconstruir algo de un estado anterior, un estado de partida, un estado inorgánico donde comenzó la vida. En palabras de Freud, «la meta de toda vida es la muerte» (pág. 1104).

En estadios anteriores, había distinguido Freud entre pulsiones de conservación o yoicas y pulsiones sexuales. En este momento reconoce el carácter libidinal de todas las pulsiones, afirmando a diferencia de sus consideraciones pasadas, que todas las pulsiones son sexuales. Hace así, el fundador del psicoanálisis una nueva categorización entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte, afirmando la entremezcla de ambas y aseverando las pulsiones de vida como pulsiones activas que atraen la atención de los individuos en la medida en que traen consigo continuas tensiones «cuya descarga es sentida como placer» (pág. 1117) y las de muerte como pulsiones silenciosas orientadas a «reconstruir un estado anterior» (pág. 1114).

Hasta 1919-1920 el principio del placer, había sido puesto en relación con la conservación y el mantenimiento de la vida, pero a partir de la introducción del concepto de la compulsión a la repetición, Freud vincula las pulsiones de conservación a

la pulsión de muerte y el principio del placer al eros. Esta conclusión funciona como una especie de advertencia técnica, en la medida en que señala una tendencia del ser humano a buscar estados anteriores que lo llevan a repetir situaciones desagradables, a pesar del sufrimiento que ello pueda implicar.

### *3.2.5. Tras la corrección del proceso de represión.*

En su escrito «El yo y el ello» (pág. 1191) de 1923, Freud sigue desarrollando las ideas propuestas alrededor de 1920 en «más allá del principio del placer» (pág. 1091). Manifestando en esta oportunidad un intento por tratar de realizar una síntesis, y un esfuerzo por sustentar sus nuevos apuntes sin recurrir a la teorización biológica (El yo y el ello, 1948, pág. 1191), en la cual basaba sus supuestos en 1920.

En «El Yo y el Ello», Freud introduce una tópica diferente a la que había venido afirmando (inconsciente, preconscious y consciente), compuesta ahora por el Yo, el Ello y el Superyó. Define al sujeto como «un ello psíquico desconocido e inconsciente en cuya superficie aparece el Yo» (1948, pág. 1191), esta última instancia se desarrolla a partir del sistema perceptivo. A pesar de mencionar la presencia del inconsciente en las tres instancias definidas, delimita las características propias de las mismas de la siguiente manera:

El Yo es una instancia en relación directa con el mundo exterior que comprende la conciencia; el Ello comprende tanto el inconsciente reprimido, como las pasiones; y el Superyó es una instancia que guarda una relación menos firme con la conciencia, es la heredera del complejo de Edipo, que tiene su génesis en las identificaciones con los padres y también en «una enérgica formación reactiva contra las mismas» (El yo y el ello, 1948, pág. 1201). En esta última instancia, localiza el sentimiento inconsciente de culpabilidad que percibe en los pacientes como un imperativo coercitivo, riguroso y cruel, que en ocasiones se manifiesta como una oposición inconsciente al alivio, que desencadena una reacción terapéutica negativa con respecto al tratamiento.

Sigue afirmando, como lo había hecho recientemente, la existencia de pulsiones de vida y pulsiones de muerte. Destacando la estrecha dependencia entre ambas, afirmando al eros como el responsable de orientar la destrucción, característica de la pulsión de muerte, hacia el mundo exterior.

Uniando las pulsiones con las instancias definidas, menciona la presencia de la pulsión de muerte en el Superyó, afirmando que es dicha pulsión quien le da el carácter a esta instancia de severidad y crueldad. Su orientación a la destrucción le hace pensar que se trata de algo diferente a las meras represiones de sucesos traumáticos, refiriéndose a «una verdadera sustitución del amor por el odio» (El yo y el ello, 1948, pág. 1210).

Afirma así Freud, que a pesar de que una parte de la pulsión de muerte queda neutralizada al fusionarse con elementos eróticos, y otra es dirigida al mundo exterior como destrucción, habrá siempre un resto de la misma que «continúa libremente su labor interior» (1948, pág. 1210), dirigiéndose al sujeto mismo, a manera de autodestrucción y autoagresión.

Finalmente, asevera el fundador del psicoanálisis, una especie de conflicto permanente entre las distintas instancias. Afirmando al Superyó como representante de la pulsión de muerte que mantiene en constante dominio al Ello, instancia donde reina sin restricciones el principio del placer y mencionando la tendencia del Ello por tratar de acallar al eros y en consecuencia al Yo como representante del mismo.

Puede verse cómo, en 1923, Freud cristaliza y formaliza de manera contundente el giro que venía señalando en «más allá del principio del placer» (1948, pág. 1091) con respecto a la concepción de inconsciente, incluyendo uno pulsional, lejano al inconsciente reprimido, al inconsciente simbólico, definido en momentos iniciales.

En su artículo «análisis terminable e interminable» (1968) de 1937, incluirá este enfoque pulsional del inconsciente con respecto a la técnica. Define la etiología de cualquier trastorno neurótico como mixta, entre un componente constitucional referido a

las pulsiones, un componente accidental referido a un trauma prematuro y un tercer componente que llama la alteración del Yo.

Para los casos en los que hay un predominio traumático en el origen, el psicoanálisis puede tener un impacto superlativo, ya que el paciente podrá sustituir por una «solución correcta» (1968, pág. 544) la inadecuada decisión hecha en la primera época, una vez se haya reforzado su Yo por medio del análisis. En dichos casos puede hablarse de un posible fin del proceso analítico<sup>4</sup>.

En los casos, en los que se encuentra un mayor predominio constitucional, Freud introduce el concepto de «domesticación» (pág. 548) de la pulsión, mencionando, que el objetivo del análisis en este sentido, consiste en integrar la pulsión a la armonía del Yo, tratando con ello de limitar su orientación a buscar un camino independiente hacia la satisfacción.

El trabajo en el análisis consistirá en revisar las represiones que tienen lugar en la primera infancia y que el Yo utiliza para domeñar las pulsiones. En este sentido, Freud afirma que el verdadero trabajo psicoanalítico es la corrección del proceso de represión, de manera tal que el paciente pueda revisar dichas represiones, destruir algunas, reconocer otras y reconstruirlas como diques más fuertes que no cedan fácilmente ante el aumento de la fuerza de las pulsiones.

Sin embargo, asevera que cuando se intentan sustituir las represiones por «controles sintónicos con el Yo» (Análisis terminable e interminable, 1968, pág. 552), fragmentos de los viejos mecanismos quedan inalterados por el tratamiento. «El psicoanálisis, al pretender curar las neurosis por la obtención del control sobre la pulsión tiene siempre razón en la teoría pero no siempre en la práctica» (1968, pág. 552). Si la fuerza de la pulsión es excesiva, se puede lograr un control solo parcial de la misma, quedando elementos residuales, o residuos sintomáticos.

---

<sup>4</sup> Las consecuencias de dicha afirmación serán retomadas más adelante.

En cuanto a las alteraciones del Yo, Freud menciona que son los efectos de las resistencias como mecanismos de defensa, los que llevan a dichas alteraciones, que están determinadas por la tendencia del Yo a repetir los modos habituales de reacción, buscando situaciones sustitutivas al peligro primitivo. El efecto del tratamiento psicoanalítico depende también de la fuerza de dichas resistencias, que han dado lugar a las alteraciones del Yo.

Como puede verse, Freud soporta los efectos del análisis, sobre el asunto de la cantidad, cantidad con respecto a las pulsiones y con respecto a las resistencias del Yo, que están asociados al tiempo de duración del proceso analítico, a la duración de sus efectos, o a la aparición de restos sintomáticos; definiendo la tarea analítica como el descubrimiento de lo que está oculto en el ello y la «corrección de algo del yo» (1968, pág. 560).

No obstante, manifiesta que las resistencias que menciona, no solo se encuentran en el Yo como mecanismos de defensa, hay otras resistencias que se presentan como sentimientos de culpabilidad que provienen del Superyó. Dichas resistencias, deben abordarse en el proceso analítico de la misma manera que los mecanismos de defensa.

En este periodo hace un énfasis importante en el tiempo de duración del análisis, mencionando que es un factor de suma relevancia en lo referido a la técnica, sobre todo por los factores etiológicos constitucionales de la enfermedad, que en ocasiones se hacen bien intensos, requiriendo de un tiempo importante para ser resueltos.

Con respecto a este punto, retoma el caso del hombre de los lobos, en el cual se permitió introducir un artificio técnico concerniente a fijar un límite de tiempo para la culminación del análisis, con el ánimo de vencer las resistencias del paciente. Afirma que, al tener la oportunidad de reencontrarse con dicho paciente, descubrió que «se había equivocado» (Análisis terminable e interminable, 1968, pág. 541) al pensar que el artificio técnico utilizado había funcionado, pues evidenciaba asuntos transferenciales que no habían quedado resueltos y que justamente requerían de tiempo para su resolución.

Igualmente, retoma «la individualidad del psicoanalista» (1968, pág. 568), como un asunto esencial en la técnica analítica, afirmando su influencia en el proceso terapéutico. Propone así, para quien se esté formando como analista, la realización de un análisis didáctico que le permita acercarse a la existencia de su inconsciente, percibir su material reprimido y obtener una primera aproximación a la técnica propuesta.

Este último aspecto, junto con el descubrimiento de la aparición de restos sintomáticos en los procesos de análisis llevados a cabo, derivados sobretodo de componentes constitucionales, lleva a Freud a pensar en un análisis que debe retomarse, por lo menos para el caso de los analistas, de cuando en cuando, con el ánimo de tratar las reapariciones de estos restos que permanecían latentes en los trabajos analíticos anteriores.

A pesar de afirmar «no quiero decir que el análisis sea algo que nunca termina» (Análisis terminable e interminable, 1968, pág. 570), pues en ocasiones su finalización puede obedecer netamente a asuntos prácticos, introduce la noción de retomar el trabajo, por lo menos hasta que se hayan creado «las condiciones psicológicas más favorables para las funciones del yo; con ello quedaría tramitada su tarea» (Análisis terminable e interminable, 1968, pág. 570).

Es importante aclarar, que en este periodo Freud menciona que el Yo tiene como función «enfrentar sus tres condiciones de dependencia: de la realidad, del ello y del superyó, sin afectar su organización ni menoscabar su autonomía» (La técnica del psicoanálisis, 1968, pág. 412).

Afirma que el Yo se encuentra dividido por las irrupciones del ello en contraste con las exigencias de la realidad e indica que dicha escisión «nunca se cura» (La escisión del yo en el proceso de defensa, 1968, pág. 389), abandonando así sus postulados sobre las función sintetizadora de dicha instancia, afirmada en periodos anteriores.

Así, ubica la tarea analítica, como un intento del analista en unión con el Yo debilitado del paciente, por vencer las exigencias que debilitan e inhiben al Yo «exigencias pulsionales del ello y las demandas morales del superyó» (La técnica del psicoanálisis, 1968, pág. 413).

El concepto de transferencia como pilar en la técnica psicoanalítica se mantiene hasta las últimas elaboraciones de Freud y en consecuencia sigue siendo un elemento central en el momento lógico descrito. Sigue afirmando las neurosis de transferencia como aquellas neurosis en las que hay alguna posibilidad de aplicación del análisis, en oposición a las neurosis narcisistas, como es el caso de las psicosis, que postula fuera del alcance de los efectos analíticos.

De esta manera sigue privilegiando la transferencia como el elemento necesario para el análisis y menciona que la labor del analista deberá valerse de la misma, para lograr los efectos esperados en el paciente, literalmente expresa que la transferencia se halla «particularmente calculada para favorecer el regreso de las conexiones afectivas» (Análisis terminable e interminable, 1968, pág. 574).

Retomando el segundo tópico ya definido, afirma que el paciente al colocar al analista en el lugar de su padre o su madre en el proceso transferencial, le confiere de igual manera el poder de su superyó, esperando que le dictamine qué hacer y que lo oriente. El analista, al contrario de los padres del paciente, debe evitar ocupar dicho lugar, respetando su singularidad, aunque acompañándolo de acuerdo a sus limitaciones, literalmente expresa: «la medida de la influencia que se permitirá ejercer en cada caso deberá adaptarse al grado de inhibición del desarrollo que halle en su paciente» (La técnica del psicoanálisis, 1968, pág. 1036).

Igualmente, hasta el final de sus escritos, afirma el manejo que el analista debe hacer de la transferencia, cuando es vivida como una especie de amor sexual: «tarde o temprano el deseo erótico aflora en la transferencia, pero en la situación analítica es inevitable la frustración, pues las relaciones sexuales reales entre paciente y analista están estrictamente excluidas e incluso las formas más sutiles de satisfacción» (1968,

pág. 1037). De esta manera, sigue manteniendo y proponiendo la posición que le permitió instaurar la transferencia como una nueva forma de lazo social propia de la labor analítica, una posición de abstinencia, lejana a tratar de responder a la satisfacción directa del paciente, posición de disimetría con la cual se busca que la persona atendida se comprometa con el saber, el saber de su inconsciente.

Sigue también en dicho momento, privilegiando la interpretación como un recurso técnico fundamental en el análisis, pero a su vez formaliza un recurso técnico que venía utilizando, definiéndolo en este momento como construcción. Compara dicho elemento con una excavación arqueológica donde el analista infiere conclusiones a partir de fragmentos de recuerdos y de la propia conducta del sujeto. Tanto el analista como el arqueólogo reconstruyen con métodos de «suplementación y combinación, los restos que sobreviven» (Construcciones en psicoanálisis, 1968, pág. 575).

Haciendo una diferenciación entre la interpretación y la construcción, menciona que la primera se aplica a un elemento sencillo del material recibido por el analista, mientras que la segunda consiste en colocar ante el sujeto un fragmento de su historia que ha sido olvidado y como ejemplo de ello destaca la siguiente construcción:

Hasta que tenía usted n años se consideraba usted como el único e ilimitado dueño de su madre; entonces llegó otro bebé y le trajo una gran desilusión. Su madre le abandonó por algún tiempo y aun cuando reapareció nunca se hallaba entregada exclusivamente a usted. Sus sentimientos hacia su madre se hicieron ambivalentes, su padre logró una nueva importancia para usted (Construcciones en psicoanálisis, 1968, pág. 576).

Freud afirma, que los efectos de las construcciones realizadas, podrán evidenciarse de manera a posteriori, a partir de los efectos logrados. Si la construcción es correcta es muy probable que el paciente responda con la agravación de sus síntomas debido a la reacción terapéutica negativa. Sin embargo, el paciente podrá también confirmar la construcción realizada, a partir de nuevos recuerdos que amplían la misma o negarse a esta a partir de un disentimiento real.

Finalmente, en este momento define Freud un mecanismo típicamente utilizado por los pacientes en la asociación libre, denominado negación. Dicho mecanismo consiste en negar lo que trata de expresarse. Por ejemplo: «me pregunta usted quien puede ser esa persona de mi sueño. Mi madre, desde luego, no» (La negación, 1948, pág. 1042).

Freud explica la negación como una representación reprimida que trata de abrirse paso a la conciencia y afirma que en la interpretación, la negación que realiza un sujeto al tratar de expresar un asunto debe obviarse, acogiendo «tan solo el contenido estricto de las asociaciones» (1948, pág. 1042), siendo claro que la misma supone un levantamiento de la represión, más no la aceptación del material reprimido.

Con este último momento denominado en la presente investigación tras la corrección del proceso de represión, se culmina la descripción y el análisis de la concepción de la técnica en Freud, descripción que podrá a su vez dar pie al análisis de las elaboraciones lacanianas frente a dicha concepción y a las repercusiones sobre su clínica.

## **4. CLÍNICA DE LACAN HASTA 1964: LA CLÍNICA DEL DESEO.**

### **4.1. Un retorno a Freud.**

Como se mencionó en el primer capítulo, Freud definió el psicoanálisis como un método de investigación, un método terapéutico y un constructo de conocimientos. Por su parte, Lacan lo definió como «la cura que se espera de un psicoanalista» (Variantes de la cura tipo, 2012, pág. 317), enmarcándolo netamente en la experiencia clínica, una clínica que a su vez define como «lo que se dice en un psicoanálisis» (2012, pág. 317)

Haciendo énfasis en el psicoanálisis como praxis, Lacan introduce un camino de estudio y reflexión que da cuenta de una clínica que adquiere una orientación propia, pero que aparece constantemente articulada a los postulados freudianos, que retoma asiduamente fiel a una afirmación que parece acompañarlo hasta el final de su enseñanza: «el psicoanálisis es Freud» (OREJUELA, 2012, pág. 55).

Así, en los primeros años de sus elaboraciones, la propuesta de Lacan estuvo basada en el retorno a Freud, a partir del cual fundamentó las reflexiones y formalizaciones de los seminarios de psicoanálisis que dictó semanalmente entre 1951 y 1964, fecha a partir de la cual sus elaboraciones comienzan a independizarse del análisis de los textos freudianos. A partir de dicho retorno, Lacan pretende «demostrar lo que el psicoanálisis no es» (La cosa freudiana, o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis, 2012, pág. 381) y buscar evidenciar aquello que lo sostiene, volviendo a sus cimientos.

Para Lacan, el descubrimiento de Freud, pone en tela de juicio la verdad, siendo la práctica analítica una prueba de ello, al confrontar al sujeto con la verdad del inconsciente, escondido en las defensas que se le oponen. Literalmente, afirma «si Freud no ha aportado otra cosa al conocimiento del hombre sino esa verdad de que hay algo verdadero, no hay descubrimiento freudiano» (2012, pág. 384).

Para hacer una distinción entre el «sujeto verdadero del inconsciente» (pág. 393) y el Yo, instancia compuesta por identificaciones que llevan a la alienación, Lacan retoma la frase acuñada por Freud: «wo es war, sollichwerden» (pág. 393), traducéndola de la siguiente manera «allí donde ello era, puede decirse allí donde se era, mi deber es que Yo venga a ser» (pág. 393). A partir de dicha afirmación freudiana,

Lacan señala un sujeto llamado a advenir, un sujeto del inconsciente que ubica en el Ello freudiano y que presenta como poseedor de una verdad.

Para Lacan, el principal descubrimiento del fundador del psicoanálisis, fue la manera en que evidenció esta verdad oculta en el sujeto, una verdad que traspasa las identificaciones del Yo y que se revela en el reconocimiento del inconsciente.

Este descubrimiento, se une con otro de los encuentros más relevantes de Freud y quizás de algunos de sus antecesores, como Joseph Breuer, consistente en la relevancia brindada a la palabra, y al poder de la misma en el proceso de la cura. Desde los antecedentes del método psicoanalítico propiamente dicho, es decir, desde el método catártico, se empleó la técnica de la hipnosis, buscando por medio de la misma que los pacientes pudieran expresar aquellos eventos y afectos que habían quedado olvidados tras una vivencia dolorosa.

El énfasis pues, desde los albores del método analítico, se ubicó en la experiencia de la palabra, tanto del paciente como del analista. Del paciente en la medida en que la comunicación de aquello que lo perturbaba y los hechos que creían habían desencadenado su sufrimiento, lograba conducirlo tanto a una sensación de alivio, como al establecimiento de condiciones psíquicas diferentes, y del analista a partir de la sugestión que podría impartir y posteriormente, a partir de las interpretaciones y construcciones brindadas, técnicas que posibilitaban el encuentro del paciente con su inconsciente.

Lacan, en su retorno a Freud, retoma el valor brindado a la palabra, afirmando el análisis como una experiencia consistente en acoger la palabra del analizante, en tanto que la misma «es la que funda al hombre en su autenticidad» (Discurso de Roma, 2012, pág. 149). Para el autor, el análisis consiste en encontrar la verdad del sujeto en la palabra, una palabra que Freud afirmó del lado del Ello, mencionando que es Ello quien habla allí donde sufre. Esta concepción es retomada por Lacan, al afirmar que no se trata de una palabra literal, una palabra evidente proveniente del Yo, la que da cuenta de la verdad del sujeto. Se trata de la manera en que el sujeto está comprometido en su

palabra «ya que a ese orden y a ningún otro pertenece el fenómeno del inconsciente» (2012, pág. 151).

#### **4.2. Los tres registros de la realidad humana y la práctica clínica.**

Basándose en la experiencia de la palabra propuesta por Freud, Lacan afirma al psicoanálisis del lado del orden simbólico, orden que postula como uno de los registros de la realidad humana y que afirma como característico de la práctica analítica, en la medida en que es a partir del mismo en que se pone en escena la palabra, por medio de la cual pueden capturarse los mensajes ocultos del sujeto, que se evidencian generalmente a través del equívoco y la negación.

Según Lacan, Freud dio luces para acceder al inconsciente a partir del concepto de negación<sup>5</sup>, por medio del cual el fundador del psicoanálisis, introduce «un fenómeno estructurado de toda revelación de la verdad en el dialogo» (Introducción al comentario de Jean Hippolite sobre la verneinung de Freud, 2012, pág. 354) caracterizada por la dificultad que encuentra el sujeto de decir lo que tiene que decir, forma de proceder del sujeto del inconsciente en «el lenguaje de sus síntomas» (2012, pág. 354).

Es cuando el «sujeto llega al límite de lo que el momento permite a su discurso efectuar de la palabra» (Introducción al comentario de Jean Hippolite sobre la verneinung de Freud, 2012, pág. 354), que puede evidenciarse la verdad de su inconsciente a partir de una emergencia o irrupción en el discurso que aparece en la denegación y que da muestra de una resistencia que no solo involucra al Yo.

Para Lacan, la labor del analista consiste en tratar de leer lo que la palabra dice y no dice «en el texto al que están vinculados los síntomas» (Discurso de Roma, 2012, pág. 154), buscando capturar y distinguir aquel que habla, de quien se recuesta en el diván, es decir, tratando de distinguir, el enunciado o aquello que se dice de manera explícita, de la enunciación o la posición que asume el sujeto frente a lo que dice.

---

<sup>5</sup> Nombrado negación en el capítulo anterior.

Así, define el lenguaje como «médium» (2012, pág. 161), como el camino que reordena la experiencia analítica, no desde el sentido que puede brindar, es decir, del orden imaginario que puede imprimir, sino desde el lugar geométrico, el lugar en sentido literal, colocando el acento en el lugar que ocupa el lenguaje entre los hombres, tratando de valerse del mismo para el ejercicio de la labor analítica.

Retomando a Ferdinand de Saussure, lingüista suizo, pero afirmando que Freud al formular las leyes del inconsciente (condensación y desplazamiento), había enunciado de antemano los encuentros del lingüista, menciona que el lenguaje está compuesto por significantes y significados. Los significantes los define como un «conjunto de elementos materiales ligados por una estructura» (pág. 162), es decir, como el material a partir del cual se trabaja en el análisis. Los significados por su parte, los define como «el sentido» (pág. 163), un sentido que no está en ningún lado, y que solo se hace sensible en «la unicidad de la significación que desarrolla el discurso» (Discurso de Roma, 2012, pág. 154).

A diferencia de Ferdinand de Saussure, quien afirma la correspondencia entre el significante y el significado, Lacan asevera que los significantes pueden hallarse con relativa facilidad, en oposición al significado que siempre escapa y solo se hace evidente a partir de la significación a posteriori. Es decir, manifiesta un desencuentro entre el significante y el significado y sobre dicho desencuentro basa la práctica analítica, al afirmarla como una experiencia de la palabra, más de una palabra que no es evidente, que no caza de manera plena con el sentido que una comunidad podría brindarle a la misma, una palabra oculta por las dinámicas del inconsciente que en vez de postularse a través del sentido que parece evidente, debe descifrarse a partir de la subjetividad de cada uno.

En consonancia con lo planteado por Freud al principio de sus elaboraciones, quien define el psicoanálisis como un tratamiento cuyo principal instrumento está constituido por las palabras del médico, Lacan afirma que la palabra que cura en el análisis, no puede ser sino la del analista, quien debe actuar con «el lenguaje como se

hace con el sonido: ir a su velocidad, para atravesar su muro» (pág. 174), por medio de la interpretación.

El analista, según Lacan en los primeros momentos de sus elaboraciones, ocupa el lugar de ese Otro del lenguaje y en dicha medida su acción deberá estar centrada en permitirle al sujeto oírse a pesar de su presencia, es decir, deberá tratar de favorecer el encuentro del sujeto con sus palabras «más allá del muro del lenguaje» (pág. 175), más allá del analista mismo. Es él, quien puede o no, favorecer el encuentro del analizante con su inconsciente, ubicado como el Otro del lenguaje, a quien Lacan, como ya se señaló, denomina el «medium» de la experiencia analítica.

Por otro lado, afirma Lacan para el neurótico, un tipo de condición previa, para participar del análisis, a saber, la tendencia a la satisfacción imaginaria en el registro sexual. Retomando a Raymond de Saussure, psiquiatra y psicoanalista suizo, afirma que «el sujeto alucina su mundo» (De los nombres del padre, 2005, pág. 20), para referirse a la tendencia imaginaria del hombre a obtener satisfacciones, que se evidencia fundamentalmente en el registro sexual.

Lacan, no solo se basa en Raymond Saussure para definir esta tendencia imaginaria del sujeto, también retoma a Freud, quien ya había mencionado en 1910 dicha tendencia, afirmando que los seres humanos «hallamos la realidad totalmente insatisfactoria y mantenemos, por tanto, una vida imaginativa, en la cual gustamos de compensar los defectos de la realidad por medio de la producción de realizaciones de deseos» (Psicoanálisis: cinco conferencias pronunciadas en la Clark University, 1948, pág. 54).

Retomando pues, dichas orientaciones, Lacan define el registro imaginario como otro de los «registros esenciales de la realidad humana» (De los nombres del padre, 2005, pág. 15), que incide directamente en la práctica del análisis. Para el autor, la satisfacción imaginaria del sujeto neurótico sirve para localizar el desplazamiento como «el resorte primario sexual de los síntomas» (2005, pág. 23) y utiliza como ejemplo los

ciclos instintuales entre los animales, en los cuales pueden distinguirse signos disparadores que define como imaginarios.

Afirma además, que dichos comportamientos instintuales, al igual que las construcciones imaginarias humanas, son susceptibles de «un comportamiento simbólico» (2005, pág. 24). De esta manera, hace una diferenciación entre comportamiento imaginario, definiéndolo como una imagen que lleva a un «desplazamiento fuera del ciclo que asegura la satisfacción de una necesidad natural» (pág. 24) y el comportamiento simbólico, nombrándolo como la socialización de uno de los segmentos desplazados, que sirve «de referencia para un cierto comportamiento colectivo» (pág. 24).

Estos desplazamientos imaginarios que tienen valor simbólico, son definidos por Lacan como el fantasma que aparece en el proceso de análisis «para ser dicho, para simbolizar algo» (De los nombres del padre, 2005, pág. 26).

Así, un fenómeno analizable, es concebido por el autor como un desplazamiento imaginario que representa algo y que envuelve un real que aparece en la experiencia analítica como un golpe, como aquello que el analista no logra capturar, y el sujeto no logra asimilar, como aquello que falla, real que nombra como el último y tercer registro de la realidad humana.

Este anudamiento entre real e imaginario que se traduce en lo que Lacan denomina fantasma, es posibilitado por el lenguaje, es decir, por el registro simbólico, que se evidencia en el proceso de análisis a partir de símbolos organizados, dejando entrever el fantasma, funcionando en una lógica del significante, caracterizada por un encadenamiento o relación entre elementos.

La relación interhumana, según la lógica propuesta por Lacan, se caracteriza por un desencuentro que se fundamenta tanto en el registro imaginario como en el simbólico. Por un lado afirma el autor, que dicho desencuentro se debe a las imágenes que introducen los sujetos como sustitutos. En sus palabras «por no realizar el orden del

símbolo de una manera viva, el sujeto realiza imágenes desordenadas que lo sustituyen. Esto es lo que primero se interpondrá en toda relación simbólica verdadera» (2005, pág. 33).

Por otro lado, menciona que en el orden simbólico, característico de la relación propiamente humana, «hay siempre algo problemático» (pág. 41), ya que los símbolos y las palabras tienen exactamente el sentido que cada quien quiere darle, y esto implica tal subjetividad, que no puede hablarse de una manera estandarizada, estable, unívoca e inequívoca en la comunicación entre los hombres.

Continuando con sus elaboraciones sobre el registro imaginario, afirma el autor, que las imágenes precoces construidas por el sujeto, que actúan en sus experiencias cotidianas, operan también en la experiencia analítica como resistencias, al actualizarse como una tentativa orientada a «hacer entrar al analista en el juego» (pág. 34). Así, cuando Lacan habla de la resistencia del sujeto, se está refiriendo a aquel lazo que se opone a la acción del analista, sentido muy cercano al brindado por Freud al concepto, quien lo define, tal como se mencionó en el capítulo anterior como «la oposición que se manifiesta en el curso del tratamiento contra los esfuerzos encaminados a transformar lo inconsciente en consciente» (Resistencia y represión, 1948, pág. 210).

Sin embargo, aparte de retomar de Freud la resistencia como una imagen que se interpone en la relación analítica, Lacan se muestra más contundente y enfático que el fundador del psicoanálisis con respecto a las resistencias que se encuentran del lado del analista. Afirma que las resistencias del analizante no constituyen el eje del proceso de análisis y que «la única resistencia verdadera en el análisis es la resistencia del analista» (Seminario 2: El yo en la teoría de Freud, 2012, pág. 478), cuando no logra superar la relación dual o narcisista con la persona atendida. Dicha convicción, lo lleva a proponer al igual que Freud, el trabajo personal del analista en su propio análisis, como una condición necesaria para la posible dirección de la cura.

#### **4.3. Una confusión en la interpretación de la técnica freudiana.**

En la pesquisa que realiza de la obra freudiana, Lacan señala dos momentos en la concepción de la técnica, que diferencia a partir de lo que llama el viraje fundamental en la obra de Freud, que ubica en 1920 y que define como una crisis de la técnica.

El primer momento lo nombra como análisis del material y lo caracteriza como el desciframiento de los sueños, actos fallidos, lapsus del discurso, desordenes de la memoria, y caprichos de la asociación mental, a partir del cual el sujeto recobra la rememoración de su historia. Para Lacan, en este momento puede hablarse de un sujeto constituyente del síntoma, es decir, un sujeto para el cual el inconsciente sostiene los síntomas en una lógica interna antes de que le sean revelados por medio de la interpretación, un sujeto con responsabilidad sobre su sufrimiento.

El segundo momento, lo nombra como el análisis de las resistencias, y lo define a partir del encuentro de la compulsión a la repetición, que llevó a Freud a pensar «que el sujeto resiste a reconocer» (Variantes de la cura tipo, 2012, pág. 320) el sentido de sus síntomas, concluyendo que es la resistencia la que hay que analizar. Para Lacan, el sujeto en este momento puede considerarse como constituido en su discurso, es decir, determinado este.

De acuerdo con Lacan, Freud dio preeminencia a la técnica del análisis de las resistencias, pretendiendo señalar un viraje en la práctica, afirmando defensas provenientes de las tres instancias de la nueva tópica por él propuesta: el Yo, el Superyó y el Ello. Sin embargo, este viraje, piensa el autor, no fue comprendido por algunos post-freudianos, quienes asumieron la resistencia como una defensa del Yo. Literalmente expresa, «es en este punto donde la nueva orientación de la técnica se precipita en un engaño» (2012, pág. 321), pues sus practicantes suelen olvidar la nueva tópica introducida por el fundador del psicoanálisis, en la cual se afirma la resistencia vinculada tanto al Yo, como al Ello y al Superyó, privilegiándose la operación sobre el Yo.

Es probable que la confusión señalada por Lacan obedezca entre otras razones, a que Freud en *Análisis terminable e interminable* (1937), da cuenta de diferentes tipos de

alteraciones en el sujeto que pueden ser tratadas por el psicoanálisis, entre las que señala aquellas alteraciones del Yo que se dan como efecto de las resistencias que actúan a manera de mecanismos de defensa.

Sin embargo, en el mismo artículo Freud termina afirmando que las resistencias que menciona no solo se encuentran en el Yo, también se presentan en el Superyó y que la tarea analítica consistirá en el descubrimiento de lo que se halla oculto en el Ello y la «corrección de algo del Yo» (2012, pág. 560). Dichos postulados son recogidos por Lacan, trascendiendo y alejándose radicalmente de las elaboraciones esbozadas en algunos pasajes de la obra del fundador del psicoanálisis, sobre el reforzamiento del Yo y el análisis de las resistencias.

Para Lacan la intervención sobre el Yo, y específicamente la búsqueda de su reforzamiento:

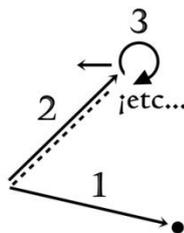
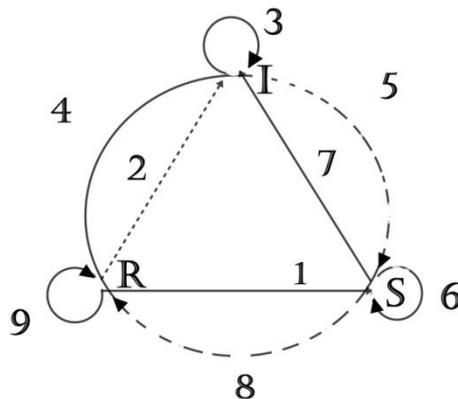
(...) va en sentido exactamente opuesto al de la disolución, no sólo de los síntomas—que están, hablando estrictamente, en su significancia, pero que pueden dado el caso ser movilizados—sino de la estructura misma (LACAN, Seminario 3: la psicosis, 1981, pág. 248).

Es decir, que el reforzamiento del Yo impide movilizar tanto los síntomas como la neurosis misma, estructura en la cual dicha instancia (Yo) funciona como una construcción imaginaria, narcisista e ilusoria, que le sirve al sujeto para relacionarse con el mundo exterior, pero justamente sin preguntarse por el saber que guarda y que lo aqueja.

El reforzamiento del Yo, según Lacan solo contribuiría a volver más consistente esa construcción imaginaria a través de la cual el sujeto se esconde, alejándose en consecuencia de su saber inconsciente y anulando la función simbólica del lenguaje, que es justamente la que debe privilegiarse en la experiencia analítica.

#### 4.4. El esquema de la experiencia analítica.

Profundizando sobre el análisis como praxis, Lacan describe en 1953, en el texto «lo simbólico, lo imaginario y lo real» (De los nombres del padre, 2005, pág. 15) la experiencia analítica a partir de la secuencia rs – rl – il- ir – is – ss – si – sr – rr – rs, que obedece a una lógica en la que involucra los tres registros de la realidad humana, a saber, simbólico, imaginario y real, y que gráfica (MOSQUERA, 2013) de la siguiente manera:



La lógica esquematizada comienza por un momento que Lacan denomina la realización del símbolo (rs), momento en el cual, el analista se inscribe como un personaje simbólico, un personaje que posee autoridad. Luego, se da la realización de la imagen (rl), es decir, la presentación narcisista del sujeto al analista a partir de su Yo, un Yo cristalizado gracias a las identificaciones, que opera como resistencia. Esta presentación del sujeto se da por medio de la captación de la imagen (ii) a partir de una

realización imaginaria, que puede considerarse como la partida propia del análisis, momento en el cual el analista debe advertir el juego del sujeto y el lugar en que es ubicado por el mismo.

La imagen que presenta el sujeto tiene una fuerza tal, que se transforma en realidad (ir), pudiendo ser evidenciada en la transferencia como resistencia; si el sujeto es de estructura neurótica pasa a las siguientes fases, si es de estructura psicótica queda anclado en la transformación de la imagen en realidad (ir), logrando bajo las mejores condiciones, estructurar un delirio.

El sujeto neurótico por su parte, pasa al instante consistente a la imaginación del símbolo (is), momento en el que se comienza a dialectizar y a metaforizar la imagen a partir de símbolos, permitiéndole al analista realizar la simbolización del símbolo (ss), es decir la dilucidación del símbolo a partir de la interpretación (ss-si). De hecho el analista mismo en su persona ya constituye el símbolo del superyó, que Lacan define como «el símbolo de los símbolos» (De los nombres del padre, 2005, pág. 50), que actúa como una palabra que no dice nada.

Hasta la imaginación del símbolo (is), Lacan define la fase imaginaria del proceso analítico, afirmando que la elucidación del síntoma (ss) por medio de la interpretación solo es recomendable, luego de sobrepasar dicha fase imaginaria.

Finalmente, se da la realización de la realidad, donde el símbolo se convierte en realidad (sr), momento en el cual el sujeto reconoce su propio deseo, a partir de la mediación del analista, quien ocupará un lugar que comúnmente se ha llamado «neutralidad benévola» (De los nombres del padre, 2005, pág. 50), designación que Lacan considera impropia, pero que según él, da cuenta de que «todas las realidades son en suma equivalentes» (2005, pág. 51) para el analista, quien deberá contar con las contingencias que trae cada una de ellas.

El desarrollo lógico de dichos momentos, permiten llegar nuevamente a la realización del símbolo (rs), punto del cual se partió.

De la lógica expuesta, pueden destacarse énfasis y acentos importantes que realiza Lacan con respecto al análisis como praxis. Uno de ellos es el asunto de la imagen que afirma en los relatos del sujeto, imagen que obedece a su historia, pero que el mismo ignora, a pesar de presentarla y repetirla constantemente en su conducta. Lacan afirma la aparición de dicha imagen en el análisis, de tal manera que el analista se topa en determinado momento con esta, reconociéndola como una huella que ha quedado impresa en el sujeto.

Según el autor, el sujeto revelará la imagen que lo sustituye a partir de rasgos que aparecen en su relato familiar. El analista deberá reconocer dicha imagen y su función será la de actuar por medio de la interpretación y la transferencia, de tal manera que el sujeto tome conciencia del conjunto de la imagen (LACAN, Más allá del principio de realidad, 2012, pág. 91), es decir, se haga cargo de lo que se repite en su conducta y de las imágenes que la explican.

#### **4.5. En pos del encuentro del sujeto con su deseo.**

A partir de la lógica que acaba de ser descrita sobre la experiencia analítica, puede concluirse que, la finalidad del análisis desde la óptica lacaniana, está orientada al encuentro del sujeto con su deseo, finalidad que enfatiza en varios de sus seminarios y escritos, entre ellos «La dirección de la cura y los principios de su poder» (1984); en donde afirma «la importancia de preservar el lugar del deseo en la dirección de la cura» (1958, pág. 613) mencionando además que «haber llevado a su término un análisis no es más que haber encontrado ese límite en el que se plantea toda la problemática del deseo» (Seminario 7: la ética del psicoanálisis, 2003, pág. 357).

Dicha finalidad, si bien está fundamentada en principios ofrecidos por el fundador del psicoanálisis, se diferencia de las finalidades planteadas por el mismo a través de su obra, decantadas en el capítulo anterior, y resumidas a continuación de acuerdo a los momentos lógicos ya mencionados:

- Promover el recuerdo y la derivación por reacción del suceso traumático, como del afecto ligado a este.
- Lograr la exteriorización de las representaciones patógenas causales con su afecto concomitante.
- «Deducir de las ocurrencias espontaneas del analizado aquello que no quería recordar» (Recuerdo, repetición y elaboración, 1948, pág. 345), tratando de burlar las resistencias por medio de la interpretación y la comunicación de sus resultados al paciente.
- Descubrir la libido que permanece oculta, haciéndola consciente para ponerla al servicio de la realidad.
- Hacer entrar al paciente lo más posible en el recuerdo y permitir lo menos posible la repetición, tratando de conseguir la admisión del displacer tras un llamado al principio de realidad.
- Corregir el proceso de represión, de manera tal que el paciente pueda revisar sus represiones, destruir algunas, reconocer otras y reconstruirlas como diques más fuertes que no cedan fácilmente ante el aumento de la fuerza de las pulsiones. (1948, pág. 345)

A diferencia de las finalidades planteadas por Freud, Lacan afirma que es «a la confesión del deseo, hacia donde el sujeto es dirigido e incluso canalizado» (La dirección de la cura y los principios de su poder, 1958, pág. 621) en el análisis, postulando dicha orientación como la finalidad analítica, por lo menos hasta 1964, momento hasta el cual puede darse cuenta en la presente investigación.

Para Lacan, el deseo debe ser tomado a la letra, ya que está demarcado por las leyes que se articulan en la cadena significante, leyes que define retomando a Freud en sus definiciones de condensación y desplazamiento, como metáfora y metonimia, y que consisten en la sustitución de un término por otro y en la combinación de un término con otro respectivamente.

De acuerdo con dichas leyes, el deseo se presenta según Lacan como «la metonimia de la carencia de ser» (1958, pág. 602), es decir, como el desplazamiento de aquello que

ha agujereado el sujeto y que lo ubica en una búsqueda inagotable, presentada en las ramificaciones de la cadena significante.

Para él, la técnica en Freud y su clínica, no pueden ser comprendidas, si no se retoman las elaboraciones de este sobre el sueño, donde da cuenta del deseo del neurótico como una respuesta a una privación fundamental en la infancia, que logra salir a la conciencia a partir de una deformación que Lacan denomina metonimia de la falta primordial.

De acuerdo con Lacan, el deseo aparece por la exigencia del discurso de hacer pasar las necesidades por el significante. El deseo articulado en la cadena significante, remite al otro como representante de la palabra en busca de su complementariedad. Literalmente afirma Lacan, el deseo «trae a la luz la carencia de ser con el llamado a recibir el complemento del otro, si el otro, lugar de la palabra es también el lugar de esa carencia» (pág. 607).

El sujeto podrá encontrar la estructura que constituye su deseo en la hiancia abierta por los significantes que representan al otro y que aparecen ligados a su demanda, es decir, la demanda del sujeto rodea y nombra a partir de los significantes, algo del deseo del sujeto. Para Lacan, la búsqueda de este significante que orienta el deseo deberá llevarse a cabo para la finalización del análisis.

Para llegar al encuentro de dicho significante, que va según Lacan, más allá de la reducción de los ideales, debe reconocerse el objeto del deseo, es decir, aquel «índice del deseo» (Información sobre el informe de Daniel Lagache, 1984, pág. 662), donde «ello habla» (pág. 662), manifestando lo que el sujeto ha sido para el otro. De acuerdo con el autor, solo reconociendo el lugar que como objeto a el sujeto ha ocupado, reconociendo aquello por lo cual se ve abolirse realizándose como deseo en su fantasma, podrá definir si quiere lo que desea y realizar una nueva elección (1984, pág. 662).

Lacan ubica como medida de la ética psicoanalítica, «la relación de la acción con el deseo que la habita» (Seminario 7: la ética del psicoanálisis, 2003, pág. 372). Según el autor, la «ética consiste esencialmente en un juicio sobre nuestra acción» (2003, pág. 370) e implica la experiencia trágica de la vida ya que involucra una victoria del ser para la muerte (pág. 373). Igualmente, envuelve una dimensión cómica, que contiene el fracaso en tratar de alcanzar el deseo.

Según Lacan, la experiencia del hombre se enmarca en estas dos dimensiones (trágicas y cómicas o trágico-cómicas) y a partir de las mismas el sujeto puede hacer una revisión ética de su existencia, preguntándose «¿si ha actuado en conformidad con el deseo que lo habita?» (pág. 373)

A diferencia de la moral tradicional enmarcada en lo que debe hacerse y fundamentada en la moral kantiana, a partir del «tú debes incondicional» (pág. 375), la ética del psicoanálisis pone en tensión al sujeto como dividido con su deseo. Desde la perspectiva analítica, de la única cosa que un sujeto puede sentirse culpable es de haber cedido en su deseo (pág. 379). A diferencia de la perspectiva moral que orienta al hombre a hacer lo que se debe en pro del bien del otro, en la perspectiva analítica, hacer las cosas en pos del bien del otro puede llevar a «toda suerte de catástrofes interiores» (pág. 380).

#### **4.6. Sobre el lugar del analista.**

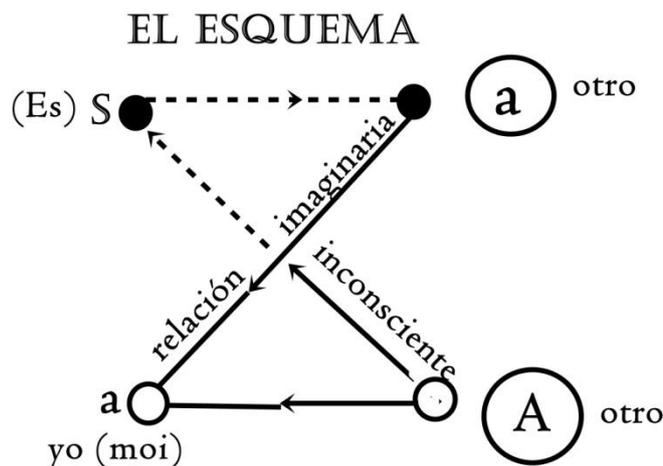
El esquema de la experiencia analítica ya referido, evidencia la insistencia de Lacan en torno al lugar que debe ocupar el analista, insistencia que se refleja igualmente en el texto ya citado: «la dirección de la cura y los principios de su poder» (Información sobre el informe de Daniel Lagache, 1984, pág. 565), en el cual afirma que el análisis y la posibilidad de su emergencia depende del lugar desde donde el analista responde al paciente.

Asevera que aquellas operaciones terapéuticas en las que se establece una relación de un Yo con otro Yo, relaciones de pares en búsqueda de una comunicación

equivalente, se suscriben en la técnica sugestiva, en la cual se espera como consecuencia de la cura, la identificación del sujeto con su terapeuta.

Lacan marca la diferencia del psicoanálisis con las terapéuticas sugestivas, afirmando que en la experiencia analítica se espera justamente que el Yo del analista se borre. Dicha aseveración tiene gran coincidencia con afirmaciones realizadas por Freud en estadios avanzados de su obra, por ejemplo, al recomendar a los practicantes del análisis en sus escritos sobre técnica psicoanalítica, tratar de silenciar sus afectos, no mostrando «como un espejo, más que aquello que le es mostrado» (Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico, 1948, pág. 330) en el proceso transferencial; y se aleja de manera contundente de los primeros momentos de elaboración freudiana donde primaba la sugestión como técnica terapéutica fundamental.

Continuando sus elaboraciones sobre la praxis analítica, Lacan define el análisis como «una experiencia dialéctica» (Intervención sobre la transferencia, 2012, pág. 210), que apoya y diagrama en un esquema que denomina El Esquema L, este cuenta con dos ejes, a saber, el eje simbólico compuesto por dos polos, el del sujeto (S) y el del otro (A), y el eje imaginario, compuesto a su vez por un polo que nombra como Yo moi (a) y otro polo denominado otro, el otro semejante (a').



La relación imaginaria, la explica en distintas formulaciones realizadas en sus primeras elaboraciones<sup>6</sup>, donde define el Yo *moi* como una construcción imaginaria, en la que el sujeto puede reconocerse como totalidad, a partir de una imagen que le envía el espejo del otro, es decir, a partir de una identificación con la imagen del semejante, que «inaugura el drama de los celos primordiales» (El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica, 2012, pág. 104) y la rivalidad con el prójimo. Dicha relación es representada por el autor, como una relación a-a' y es definida como un tipo de relación dual y narcisista.

Por otro lado, define al Yo (je) como una posición simbólica que implica un lazo social, un Yo social, que da la entrada al establecimiento de una relación simbólica, del otro del lenguaje (A) y el sujeto del inconsciente (S).

A partir del esquema L, Lacan afirma la relación analítica del lado del eje simbólico, definiéndola como una relación asimétrica, donde el analista ocupa un lugar de disparidad con el analizante, movido por el deseo de mantener dicho tipo de relación.

En el Seminario 4, menciona Lacan que el esquema L evidencia el tipo de relación que se establece al inicio del análisis, a partir de la cual «el sujeto recibe del otro su propio mensaje, bajo la forma de una palabra inconsciente» (Seminario 4: la relación de objeto, 1994, pág. 12), pero con la interferencia constante de la interposición imaginaria que detiene y deforma el mensaje y que desconoce profundamente la correspondencia de palabra entre el sujeto y el Otro (pág. 12). Igualmente, en el mismo seminario afirma que en la línea AS, «se establece todo lo que corresponde a la transferencia» (pág. 82).

Profundizando en el tema, Lacan homologa la relación dialéctica de intersubjetividad dada en el análisis al bridge, juego de cartas en el que participan cuatro

---

<sup>6</sup> El estadio del espejo como formador de la función del Yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica, seminario 1 y 2.

jugadores formados en dos parejas adversarias. El juego consiste en que cada pareja asume un contrato de ganar un número de bazas determinadas (juego de cuatro cartas), y la pareja contrincante hará lo posible para que dicha promesa no pueda ser cumplida. El objetivo último, será lograr cumplir los contratos con el puntaje máximo que las cartas permiten, y para ello cada contrincante estará al frente de su compañero y en cada ocasión uno de ellos cumplirá el papel de dummi, traducido generalmente como muerto, pero que puede nombrarse igualmente como «silencioso, mudo, tonto o muñeco de artefacto que otro dirige» (EIDELBERG, 2002). En el bridge, el dummi es aquel que abre sus cartas, no pudiendo jugarlas a voluntad, mientras su compañero decide por ambos la jugada.

Según Lacan, en el proceso analítico, el analista se sirve del lugar del dummi o muerto como un cuarto lugar «que va a ser aquí la pareja del analizado y cuyo juego el analista va a esforzarse, por medio de sus bazas, en hacerle adivinar la mano» (La dirección de la cura y los principios de su poder, 1958, pág. 569). Este cuarto lugar, lugar vacío, permitirá el movimiento entre las tres instancias que participan del proceso analítico, a saber, el Yo, el inconsciente y el analista.

El analista, deberá decidir sus jugadas de acuerdo a las apuestas realizadas entre el sujeto y el lugar vacío, deberá decidir si jugar «antes o después del cuarto, es decir, jugar antes o después de éste con el muerto» (1958, pág. 569).

Igualmente, dicho lugar de dummi o muerto le sirve a Lacan, para afirmar en consonancia con las formulaciones freudianas, que es el lugar que debe ocupar los sentimientos del analista, literalmente menciona que «los sentimientos del analista sólo tienen un lugar posible en este juego, el del muerto; y que si se le reanima, el juego se prosigue sin que se sepa quién lo conduce» (pág. 569).

De acuerdo con Lacan, «el analista interviene concretamente en la dialéctica del análisis haciéndose el muerto» (La cosa freudiana, o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis, 2012, pág. 405). Esta posición se evidencia con su «silencio allí donde es otro con una a mayúscula, ya sea anulando su propia resistencia allí donde es el otro

(autre), con una a minúscula» (2012, pág. 405). Es según, Lacan, dándole lugar al otro (A) sobre la presencia del otro (a), por medio de lo cual, el analista genera la neutralidad de la cual hablaba Freud.

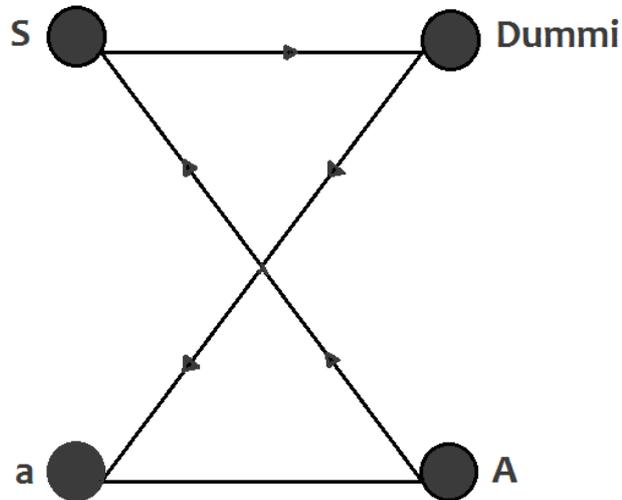
Sin embargo, en este punto es importante aclarar que no se trata de un silencio literal el que caracteriza al analista en su actuar, se trata de un silencio ante la demanda transferencial, un silencio ante sus prejuicios y conclusiones apresuradas, un silencio ante el afán de comprender, en palabras de Lacan, el silencio del analista «no quiere decir solamente que no hace ruido, sino que calla en lugar de responder» (pág. 336).

La labor del analista consiste en portar la palabra, es decir, acoger la palabra del sujeto y para ello debe haber logrado que los espejismos del narcisismo se hayan hecho transparentes para él, debe haber logrado subjetivar la muerte de su Yo, a partir de la caída de sus identificaciones en su proceso de análisis, con el fin de colocarse en un lugar de no saber, en un lugar lejano a la comprensión apresurada, justamente para hacerse permeable a un discurso que aunque embustero, da testimonio de la palabra del sujeto en que se funda la verdad.

Lacan es pues, más radical que el fundador del psicoanálisis en cuanto a la subjetivación de la muerte del Yo por parte del analista. El Yo es pensado por Lacan como una interferencia en la experiencia analítica, y supera los preceptos freudianos, al afirmar explícitamente que en dicha experiencia el analista no debe buscar la comprensión ni del paciente ni de su historia, permaneciendo así en un lugar abierto al descubrimiento.

Se piensa que las anotaciones realizadas por Lacan sobre el bridge tratando de homologar la dinámica de dicho juego a la situación analítica, podrían representarse igualmente en el esquema L, suprimiendo una de las instancias nombradas allí, para ubicar el lugar de dummi o muerto. Así, el Yo del analista, representado por la a' desaparecería dejando un agujero que a su vez posibilitaría el movimiento entre las otras tres instancias, a saber, el analista representado por la A como lugar del lenguaje, el inconsciente o sujeto del inconsciente representado por la S y el Yo del paciente,

estructura por medio de la cual el sujeto se presenta en el mundo que habita y que está representado por la a minúscula.



Si en la lógica descrita en el texto: «Lo simbólico, lo imaginario y lo real» (LACAN, De los nombres del padre, 2005), Lacan afirma un primer momento del proceso analítico que denomina (rs) y describe como la etapa en que el analista se inscribe como autoridad para el sujeto, cinco años después, en «La dirección de la cura y los principios de su poder» (1958, pág. 565), sostiene que la posición del analista deberá igualmente, en las primeras etapas de la experiencia analítica promover «la rectificación de las relaciones del sujeto con lo real» (pág. 578), fase en la cual se pretende que el sujeto se haga responsable de los sucesos que ha vivido y vive en la actualidad, se haga cargo de aquello que lo afecta y que le causa sufrimiento. Este proceso que denomina rectificación subjetiva, encabeza las fases iniciales del análisis y permite el posterior desarrollo de la transferencia y la interpretación. En él se retoma claramente el pensamiento del fundador del psicoanálisis, quien en etapas iniciales del tratamiento, buscaba igualmente que los pacientes se hicieran cargo de las actuaciones que los llevaba a su sufrimiento.

#### 4.7. Herramientas de la técnica analítica.

Si bien Freud denominó los elementos referidos –transferencia e interpretación– como instrumentos, herramientas o medios auxiliares de la técnica analítica, Lacan los nombra respectivamente como la estrategia y la táctica del analista en la experiencia clínica.

Recuérdese que estrategia es una derivación del latín *estratagème*, traducido como «maniobra militar» (COROMINAS & J. A., Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico. Vol. II, 1980, pág. 804). Definición etimológica muy cercana a la de táctica, palabra proveniente del griego que alude al «arte de disponer y maniobrar las tropas» (Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico. Vol. V, 1983, pág. 369), sin embargo, en la actualidad ambos términos se diferencian con base en criterios de ideación y ejecución, siendo la palabra estrategia empleada para referirse al «arte de dirigir un conjunto de disposiciones para alcanzar un objetivo» (Diccionario enciclopédico, 2009, pág. 424) y la táctica «como la parte ejecutiva de la estrategia» (2009, pág. 955).

De acuerdo al uso actual de ambos términos, podría decirse que Lacan considera la transferencia como aquel arte (estrategia) que le permite conducir el análisis y la interpretación como la maniobra (táctica) de la cual valerse en la relación con el sujeto. Afirmando explícitamente, que el «analista es menos libre en su estrategia que en su táctica» (La dirección de la cura y los principios de su poder, 1958, pág. 568), es decir, que el analista es menos libre en la relación transferencial, donde sus sentimientos solo tienen el lugar de muerto, Mientras que en la interpretación la realiza de acuerdo al material que pone en juego el analizante.

Igualmente, menciona que el analista es menos libre en su política, que en su estrategia y en su táctica, al no poder sostener su posición desde los ideales, desde las identificaciones del Yo, y desde lo que supone que es, al tener que ubicarse más «por su carencia de ser que por su ser» (1958, pág. 569).

Recuérdese que el término política en el lenguaje corriente, tiene acepciones tales como, «conjunto de actividades destinadas a ejercer la autoridad en un estado o en

una sociedad, o conducta coherente seguida en un asunto determinado» (Diccionario enciclopédico, 2009, pág. 813). Siguiendo la última definición, podría decirse que la política, es decir la conducta del analista en la experiencia psicoanalítica según Lacan, deberá estar caracterizada por la carencia de ser.

De acuerdo con Lacan, no solo el analizante paga en la experiencia analítica. El analista también paga al utilizar la estrategia y la táctica. Tanto en «La dirección de la cura» (Escritos 2, 2008), como en el seminario de la transferencia (Seminario 8: la transferencia, 2004), el autor afirma que el analista paga con sus palabras a través de la interpretación, paga con su persona «en la medida en que, por la transferencia, es literalmente desposeído de ella» (La ética del psicoanálisis, 2003, pág. 348), y finalmente paga con un juicio, dirigido a su acción, que permanece parcialmente velada incluso para él mismo.

De las consideraciones anteriores, puede concluirse la relevancia que Lacan brinda a los instrumentos técnicos definidos por el fundador del psicoanálisis, e igualmente puede visualizarse una diferencia entre ambos autores en los énfasis dados a los recursos utilizados en la clínica. Dicha diferencia se percibe también en la denominación y concepción de la praxis como tal, pues si bien Lacan hace uso en varios de sus seminarios y escritos del término técnica, también menciona su inconformidad con la técnica convertida en estándar, haciendo un retorno explícito a las palabras de Freud sobre la misma, donde advertía:

(...) pero debo decir expresamente que esta técnica no ha sido obtenida sino como la única adecuada para mi personalidad, no me aventuraría a negar que una personalidad médica constituida de manera enteramente diferente pudiese verse arrastrada a preferir disposiciones respecto del enfermo y del problema por resolver. (Variantes de la cura tipo, 2012, pág. 346)

Retomando la advertencia freudiana, Lacan afirma que el «análisis no puede encontrar su medida sino en las vías de una docta ignorancia» (2012, pág. 346) y que todo lo que se presenta como técnica debe estar referido a unos principios, nombrando

las orientaciones brindadas sobre la práctica analítica, más que como pautas técnicas, como principios de la dirección de la cura.

#### *4.7.1 La transferencia.*

Como se mencionó anteriormente, Lacan, al igual que Freud, hace énfasis en la transferencia y en la interpretación, como elementos fundamentales de la clínica psicoanalítica. Afirmando explícitamente la transferencia como una condición sin la cual, no puede hablarse de experiencia analítica.

Lacan resalta el descubrimiento freudiano de la transferencia, definiéndola como una «demanda de amor, que no es demanda de ninguna necesidad» (La dirección de la cura y los principios de su poder, 1958, pág. 615). Según el autor en la transferencia las demandas del sujeto se hacen actuales, demandas que parten de la necesidad, pero que se distancian de estas, gracias a la introducción del lenguaje.

Cuando en el periodo infantil, el niño logra articular un significante a una necesidad básica, se da una transformación de la misma en demanda, surgiendo como una manifestación de algo que se espera, pero que no obedece literalmente a la satisfacción de un requerimiento que guarde sus funciones vitales. Estas demandas primordiales se irán transfigurando, manifestándose de manera diferente a aquellas que permanecen implícitas.

Según Lacan, Freud brindó una clara ilustración sobre lo que puede denominarse demanda a través de su historia del salmón con mayonesa, referida a un hombre con dificultades económicas que consigue que un amigo le preste dinero y el mismo día el favorecedor lo encuentra en un restaurante comiendo salmón con mayonesa, lo cual le resulta indignante y lo lleva a reprocharle « ¿Cómo me pide usted un préstamo para aliviar su angustiada situación y lo veo ahora comiendo salmón con mayonesa? ¿Para eso necesitaba usted mi dinero?» (FREUD, El chiste y su relación con lo inconsciente, 1948, pág. 837). Reproche e interrogante al cual responde el inculpado «no acierto a comprender. Cuándo no tengo dinero no puedo comer salmón con mayonesa, ahora que

tengo dinero resulta que no debo comer salmón con mayonesa. Entonces ¿cuándo diablos voy a comer salmón con mayonesa?» (pág. 837)

Este ejemplo de acuerdo con Lacan, evidencia varias características de la demanda. Por un lado la necesidad de la intervención de un otro para su existencia, por otro la imposibilidad de ser nombrada a cabalidad por medio de un significante, en sus palabras «el que dice algo, dice a la vez más y menos de lo que debe decir» (Seminario 5: las formaciones del inconsciente, 1999, pág. 94) y, finalmente, cierto carácter de oposición frente a la misma por parte del otro, para que se mantenga.

A partir de dicha caracterización sobre la demanda, Lacan homologa la experiencia analítica al proceso de oferta y demanda, afirmando que en la misma, el analista hace una oferta, le ofrece al analizante hablar y de esta manera crea una demanda actual en el analizante, «demanda de felicidad que el analista se ofrece a recibir» (Seminario 7: la ética del psicoanálisis, 2003, pág. 349).

Gracias a las demandas actuales, el pasado se abre paso, por medio de un fenómeno al cual Lacan, basándose en Freud denomina «regresión analítica» (La dirección de la cura y los principios de su poder, 1958, pág. 597), definiéndolo como un retorno de significantes en demandas presentes, que abren la puerta al establecimiento de la transferencia.

La labor del analista, según Lacan es ajena a responder a la demanda realizada por el analizante. Sin embargo, «da su presencia» (1958, pág. 598) implicada en la acción de escuchar, apoyando la demanda para que reaparezcan los significantes que surgieron en reemplazo de las necesidades, a partir de la más temprana demanda.

Retomando a Freud, Lacan define la transferencia como «el automatismo de repetición» (Seminario 8: la transferencia, 2004, pág. 200), en la medida en que en dicho espacio se repiten tanto las demandas como los significantes tempranos que determinan las mismas.

Sin embargo, afirma que la transferencia no está basada únicamente en una repetición, como afirmaba el fundador del psicoanálisis. Él plantea en la misma, una invención, mencionando literalmente que en la transferencia el sujeto elabora, construye algo, un fenómeno o varios de ellos «para ser escuchados» (Seminario 8: la transferencia, 2004, pág. 203) por el otro. Según el autor, el analista deberá contar con dicha invención, diferenciándolo de aquello que surge como repetición.

Igualmente, se vale de los términos introducidos por Aristóteles en su investigación de la causa, a saber: *tyche* y *automaton*, para explicar la transferencia, afirmando el primer término como «un encuentro con lo real» (Seminario 11: los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, 1989, pág. 62) y el segundo como el regreso y la insistencia «a que nos somete el principio del placer» (1989, pág. 62).

Para Lacan, la *tyche* como encuentro de lo real, se evidenció en la época freudiana a partir del trauma y sigue siendo crucial en la experiencia analítica, pues permite comprender «la relación con lo real que se da en la transferencia» (Seminario 11: los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, 1989, pág. 62). El principio de placer, con su red de significantes, es agujereado constantemente por lo real, y esta es la realidad que está en juego en la transferencia, una red de significantes que insiste con la reaparición permanente de lo real.

A la par con las definiciones que introducen la repetición, la invención y el encuentro con lo real, Lacan afirma la transferencia como «una puesta en acto de la realidad del inconsciente en tanto ella es sexualidad» (1989, pág. 181). Y al afirmar igualmente, que la pulsión es la manera en que la sexualidad participa de la vida psíquica, puede inferirse su énfasis en la transferencia como la puesta en acto de la pulsión, es decir, como el escenario que le permite al analista evidenciar las modalidades de satisfacción pulsional del sujeto.

Aparte de estas definiciones, Lacan ubica el soporte sobre el cual se basa la transferencia, definiéndolo como la suposición de saber que se le otorga al analista, condición que vincula al amor. Así, afirma que el sujeto espera hacerse amar del

analista en la medida en que ve en él la presencia de un ágalma, es decir, un valor que captura su atención y que lo lleva a colocarlo en el lugar de supuesto saber y a la vez en el lugar de objeto que causa su interés, objeto que Lacan denomina parcial y que nomina como *a*. En sus palabras, un analizante le dice a su analista «te amo, pero porque inexplicablemente amo en ti algo más que tú, el objeto *a* minúscula, te mutilo» (pág. 276).

En este punto hace una clara alusión al amor de transferencia definido por Freud, quien manifestaba que una de las modalidades en que típicamente se evidenciaba la transferencia, era como amor, un amor al que el analista debía rehusarse a responder. Sin embargo, se diferencia de la concepción freudiana, pues el fundador del psicoanálisis ve en el amor una repetición, en cambio Lacan pone en relación el amor y el objeto *a*. Lo que hay más allá en el amor de Freud son los padres, los primeros amores, en cambio el más allá que hay en el amor de Lacan es un objeto escondido que es recortado y que puede causar el deseo del sujeto.

Para esclarecer el concepto de objeto *a*, desde el punto de vista de la transferencia, Lacan se vale de la obra *El Banquete* de Platón (380 a.C.), ejemplificando dicho objeto y el fenómeno transferencial propiamente dicho, a partir de un dialogo llevado a cabo entre Sócrates y Alcibíades, en el cual se ponen en juego las posiciones de amante y amado involucradas en la situación amorosa, homologable en ciertos puntos a la situación analítica.

El amado o eromenos, era en la antigua Grecia el más joven de la pareja y a quien se le suponía el ágalma. El amante o erastes hacía alusión al mayor de la pareja, quien careciendo de algo, podía desear aquello que el amado poseía. En palabras de Lacan el eromenos es «el objeto amado» (Seminario 8: la transferencia, 2004, pág. 65) y el erastes es «aquel que desea» (2004, pág. 65).

Para el autor, el amor es una metáfora, es decir, la sustitución de un significante por otro que crea una nueva significación. Así, en el amor el erastes, aquel que desea, pasa a ser el eromenos, generándose la significación del amor.

En *El banquete* (380 a.C.), Alcibíades se ubica en el lugar de erastes, se consolida como aquel que desea ese objeto agalmático que cree en propiedad de Sócrates, pero Sócrates dice no ser poseedor de dicho objeto, negándose a su demanda e impidiendo así que se dé la metáfora del amor. Literalmente, expresa Sócrates a Alcibíades: «no te engañes, que soy nada» (*El banquete*, 1963, pág. 323). De esta manera no solo Sócrates se aleja de responder a la demanda realizada por Alcibíades, sino que también se ubica como alguien que no tiene el valor agalmático que se le supone.

Lacan, como se mencionó anteriormente, se vale de dicha escena de *El banquete* (380 a.C), para ejemplificar lo que ocurre en la situación analítica, afirmando que, tal como lo hace Sócrates, el analista debe abstenerse de responder a la demanda del analizado, entendiendo que no es a su persona a quien el analizante ama y que es evidenciándole esto que puede intervenir a partir de sus interpretaciones y a su vez causar el deseo de saber en el sujeto. Si bien no debe responder al amor con amor, si debe adoptar una posición que le permita al analizante sentirse alojado mediante la escucha.

Es en este sentido que Lacan a diferencia de sus consideraciones iniciales, donde afirmaba al analista en lugar del lenguaje como A, menciona una nueva ubicación, definida por el lugar de objeto *a*, objeto causa de deseo al que se le supone un tener. Según sus palabras «por el solo hecho de que hay transferencia, estamos implicados en la posición de ser aquel que contiene el ágama, el objeto fundamental que está en juego en el análisis del sujeto» (*Seminario 8: la transferencia*, 2004, pág. 223).

Igualmente, a partir del lugar agalmático, del lugar de objeto, Lacan explica el fenómeno contra-transferencial. Si Freud se había referido a dicho fenómeno como el surgimiento de sentimientos y afectos del analista hacia el paciente, Lacan, retoma dicha concepción, pero avanza en la misma, afirmándola como «la consecuencia necesaria del propio fenómeno de la transferencia» (2004, pág. 227).

De acuerdo con Lacan, el analista no tiene por qué prescindir de sus sentimientos y se espera que estos broten en él, tanto en las situaciones cotidianas como en la experiencia analítica. De hecho el inconsciente es perceptible en primera instancia como inconsciente del otro, fue de esta manera y a partir del encuentro con sus pacientes, como Freud se acercó a dicha instancia, y siendo así, afirma Lacan, a pesar de que un analista haya llevado muy lejos la traducción de su inconsciente no puede evitarse que esta «pueda reanudarse en el plano del otro» (2004, pág. 212) e incluso en encontrar en él, el objeto de su propio deseo.

Para Lacan, el asunto no está en que estos afectos o sentimientos se despierten, está en el lugar que es capaz de conservar el analista con respecto a su analizante, lugar que puede hacerlo trascender dichos sentimientos, un lugar de deseo. Literalmente expresa, «el analista poseído por un deseo más fuerte» (Seminario 8: la transferencia, 2004, pág. 215), el deseo de analista, supera cualquier otro deseo que pueda surgir en el encuentro analítico, permaneciendo en el lugar de objeto y no de sujeto en la relación transferencial.

Dicho deseo de analista, debe estar acompañado, según Lacan, de una posición lejana a la comprensión, una puesta en duda de lo que se cree entender, el analista entiende qué es el deseo, pero no sabe lo que desea ese sujeto (2004, pág. 223). Solo sabiendo que su búsqueda es justamente sobre aquello que no comprende, su deseo en tanto metonimia de una falta, seguirá primando sobre cualquier otra tentativa de afecto acaecida en la experiencia analítica.

Finalmente, Lacan deja un interrogante planteado con respecto a la transferencia, mencionando que no es claro qué surge primero, si la acción de la palabra o la transferencia misma. Dicho interrogante lo lleva a pensar que hay algo en la transferencia que escapa a la interpretación, en sus palabras hay en ella «una especie de límite irreductible» (2004, pág. 202), alejándose en algo a lo planteado por Freud en el tercer momento mencionado de su elaboración sobre la técnica, en el cual afirma una relación de reciprocidad entre transferencia e interpretación, recomendando interpretar la transferencia una vez esté consolidada.

De acuerdo con Lacan, si por razones de fuerza, se interpreta o interviene sobre la transferencia, debe ser únicamente «desde la posición que la misma transferencia le otorga» (pág. 202). Es decir, que el analista deberá leer qué posición le otorga la transferencia en la experiencia analítica, escuchando en qué lugar lo coloca el analizante y solo teniendo en cuenta este lugar, podrá llevar a cabo una interpretación.

#### *4.7.2. La interpretación.*

En cuanto a la interpretación, Lacan menciona nuevamente el lugar del analista, postulándolo como una variable fundamental en el establecimiento de la transferencia y en consecuencia en la posibilidad del desarrollo de la interpretación. Así, en consonancia con los planteamientos freudianos, afirma que la interpretación debe posponerse hasta haberse establecido la transferencia.

Según el autor, solo en la medida en que el analista logra callar en él su propio discurso, logra callarse como sujeto para hacer permeable la palabra del analizante «puede colocar en ella su interpretación reveladora» (Variantes de la cura tipo, 2012, pág. 338). La interpretación pues, según Lacan, depende de este lugar que puede o no ocupar el analista y que está caracterizado por el reconocimiento en su saber del «síntoma de su ignorancia» (2012, pág. 342), es decir, por el reconocimiento en su saber de aquello que retorna como censura de la verdad, fundando el deseo de saber. Un lugar representado por la docta ignorancia.

Para Lacan, una interpretación no es una explicación, ni una gratificación, no es una respuesta a la demanda, ni una confrontación. La interpretación permite descifrar la sucesión de las repeticiones inconscientes (La dirección de la cura y los principios de su poder, 1958, pág. 573), es decir, el desarrollo de hechos que han sucedido en la historia del sujeto demarcados por la repetición, introduciendo en aquellos significantes que coinciden en el tiempo y reaparecen sincrónicamente, algo que bruscamente permita su traducción.

En este momento de la enseñanza de Lacan, se evidencia que solo inscribiéndose en la vía del significante, la interpretación puede producir algo nuevo, si se tiene en cuenta que el sujeto está representado por el mismo. Literalmente afirma Lacan, «ningún índice basta en efecto para mostrar donde actúa la interpretación, sino se admite radicalmente un aspecto de la función significante, que capte dónde el sujeto se subordina a él hasta el punto de ser sobornado por él» (1958, pág. 573).

De acuerdo con el autor, solo puede hablarse de la eficacia y el fundamento de la interpretación, de manera a posteriori, a partir del material que va surgiendo tras ella y no puede esperarse el asentimiento del sujeto ante la misma, pues se estaría desconociendo las enseñanzas de Freud «sobre la verneinung como forma de confesión» (pág. 575).

En su diferenciación de los momentos de la técnica en Freud, Lacan menciona dos momentos de la interpretación. El primero antes de 1920, que llama la interpretación de sentido, a partir de la cual el sujeto pasa de una cadena de asociaciones a otra más profunda.

El segundo momento, que ubica después de 1920, lo caracteriza por un tipo de interpretación que se orienta ya no a la búsqueda de sentido, sino al desvelamiento de la resistencia, ejerciéndose sobre el texto mismo del discurso, «en sus elusiones, sus distorsiones, elisiones, hasta sus agujeros y sincopas» (Variantes de la cura tipo, 2012, pág. 321). Afirma y advierte que este tipo de interpretación, puede introducir una ambigüedad en la posición del oyente, pues al basarse en la resistencia del analizante, podría llegar a excluir la resistencia del analista, que el autor privilegia como la mayor interferencia en la experiencia analítica.

Lacan se aleja y critica categóricamente la interpretación de las resistencias, proponiendo en oposición a ella, la interpretación del deseo. Según el autor, cada cadena significante está entrecruzada con otras cadenas, y la interpretación consiste en hacer vacilar, «desengancharse de la significación actual eso que, de significante está

interesado en la enunciación» (El deseo y su interpretación, 2014, pág. 158). Es de esta manera que el analista acerca al sujeto a su deseo, presente en el inconsciente.

Para Lacan, el analista debe estar a la pista de los significantes que el sujeto mantiene en represión que le sirven para taponar su deseo. Deseo que para ser revelado deberá atravesar la red signifiante que actúa como filtro. Siendo el propósito fundamental analítico el de restablecer en el discurso del sujeto (El deseo y su interpretación, 2014), aquello del deseo que permanece oculto en la red signifiante.

El deseo permanece enigmático y «ligado a la existencia del signifiante reprimido como tal» (2014), y su restitución, obedece al retorno de los significantes, pero no de manera literal. La restauración de los significantes trae consigo generalmente una demanda, no la expresión del deseo como tal. El deseo «es algo por lo que el sujeto se sitúa» (2014) con respecto a esta demanda por medio del discurso.

Es de lo que está en función de la demanda de lo que se trata en el análisis, que se expresa de «forma velada en el fantasma del deseo» (2014), es decir, una construcción imaginaria que aparece entre el enunciado y la enunciación, velada para el Yo, donde el sujeto «suspende su relación al ser» (2014).

Dicho fantasma, según Lacan, es siempre enigmático y lo que busca es ser interpretado. «Interpretar el deseo es restituir aquello a lo cual el sujeto no puede acceder por sí mismo» (2014), aquello a lo que logra estar cerca solo a través del afecto que conlleva y que aparece de manera simbólica o como una irrupción de lo real. Afecto que da cuenta de una posición del sujeto.

De esta manera puede concluirse, que la interpretación para Lacan está orientada a señalar aquellos significantes reprimidos asociados al fantasma fundamental del sujeto que involucra su deseo, son pues, a dichos significantes a los que el analista deberá apuntarle y los que deberá tratar de capturar en la experiencia analítica.

Si bien Freud había definido la interpretación como un arte, consistente en desenmascarar en la información brindada por el paciente el contenido latente, se percibe, en las definiciones de Lacan, una perspectiva que asume en principio la definición freudiana, en la medida en que postula dicha técnica como el señalamiento de aquellos significantes que permanecen reprimidos, o en palabras de Freud de aquella información que permanece latente.

Sin embargo, hay una perspectiva lacaniana de la interpretación que trasciende la freudiana, con respecto a la introducción de un nuevo tipo de interpretación que denomina corte y que define como «la escansión esencial donde se edifica la palabra» (El deseo y su interpretación, 2014), es decir la escansión ante el significante con el cual el sujeto está marcado en tanto ser. Dicho significante se vislumbra en las vueltas de la demanda del sujeto, condensa una posición subjetiva y da cuenta de cierta relación al objeto a como causa del deseo.

El corte consiste en marcar la hiancia entre el significante y el significado y Lacan lo define como «el modo más eficaz de la intervención y de la interpretación analítica» (2014), y dice que por medio de este se sorprende el Yo del sujeto y se evidencia la estructura de división del mismo. Literalmente manifiesta: «El corte es el único que verifica la estructura del sujeto como discontinuidad en lo real» (Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano, 1985, pág. 781). Evidencia los agujeros y fallos de sentido que determinan el discurso, demostrando justamente la ausencia de sentido. Vía por la cual se va perfilando, lo que en un periodo posterior al que comprende la presente investigación, denominará «interpretación con el menor sentido».

El corte para Lacan, «es el único que verifica la estructura del sujeto como discontinuidad en lo real» (Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano, 1985, pág. 781). Evidencia los agujeros y fallos de sentido que determinan el discurso, demostrando justamente la ausencia de sentido. Vía por la cual se va perfilando lo que más tarde denominará, interpretación con el menos de sentido.

No se trata pues para el autor, con dicho tipo de interpretación, de llenar de sentidos los agujeros que se encuentran en el discurso, se trata de evidenciar dichos agujeros. Perspectiva bien diferente a la freudiana en sus dos concepciones de interpretación, que evidencia una clara superación de dicha técnica por parte de Lacan.

#### *4.7.3. La asociación libre.*

Describiendo la experiencia analítica, Lacan menciona dos condiciones o leyes que direccionan el actuar de un psicoanalista y que están correlacionadas. La primera la llama «ley de no omisión» (Más allá del principio de realidad, 2012, pág. 88), que promueve el interés del analista no solo hacia aquello que a primera vista parece importante, sino también a lo cotidiano y habitual, y la segunda la nombra como la «ley de no sistematización» (2012, pág. 88) que brinda suposición de sentido a cualquier producción de la «vida mental» (pág. 88) por insignificante o errada que parezca. Estas dos leyes y condiciones que Lacan plantea como necesarias para el desarrollo de la experiencia psicoanalítica, coinciden con la regla técnica fundamental definida por Freud como asociación libre.

Sin embargo, en varios de sus seminarios entre ellos el seminario 1, menciona que el término asociación libre no abarca de la mejor manera aquello de lo que se trata en el análisis, pues son «las marras de la conversación con el otro lo que intentamos cortar» (Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud, 1981, pág. 259), con el ánimo de que el sujeto cuente con cierta movilidad en el universo del lenguaje.

De acuerdo con Lacan, todos los intentos analíticos deben estar orientados a liberar al sujeto de «toda función verdadera de la palabra» (Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud, 1981, pág. 260), cuestión que aparece como paradójica, si al mismo tiempo se tiene en cuenta que se espera que este, entre en la misma. Dicha paradoja es resuelta por el autor, al afirmar que de lo que se trata en el análisis es de «extraer la palabra del lenguaje» (1981, pág. 260), una palabra que evidencia el ser del sujeto y que está lejana al simbolismo instrumental que le ha servido hasta entonces para comunicarse. A pesar de que el término «asociación libre» le resulta inexacto, Lacan

destaca la invención freudiana, pues piensa que a partir de la misma el sujeto de la enunciación puede devenir.

Diferencia dos aspectos en la cadena significativa, uno que nombra como «unidad de sentido, de significación frasística» (El deseo y su interpretación, 2014) que lleva a pensar en el sentido único que puede tener la frase creada y el otro lo nombra el aspecto significativo, que está estrechamente ligado a la asociación libre y que lleva a pensar los elementos de la frase de manera aislada, donde uno de ellos perfectamente puede ser suplantado por otro. Es esta, la lógica de la asociación libre, que permite hacer surgir significantes que se relacionan con el deseo del sujeto. Hay un algo, no consciente que influye en la elección de los elementos que emergen en el discurso del sujeto, por ejemplo, bajo la forma de un lapsus, que evidencia la presencia de otra cadena significativa que puede venir a implantar otro sentido a la primera.

En este punto se ve un claro retorno a la perspectiva propuesta por Freud, quien afirmaba que cuando el paciente relataba una escena patógena que no lograba explicar sus síntomas, muy seguramente dicha escena estaba ocultando otra más importante que permanecía bajo las sombras, pudiendo emerger por medio de la asociación libre.

Sin embargo, es Lacan quien pone en suspenso explícitamente, el punto de la libertad de la asociación, afirmando que el sujeto al que se le invita a hablar en el análisis, no parece tan libre, pues parece estar preso de aquellos significantes que emergen incluso a pesar de su querer. Igualmente, porque hay palabras que lo oprimen y que al ser dichas le resultarían penosas y finalmente, porque hay algo que definitivamente define como indecible.

Como puede verse, Lacan retorna a la teoría freudiana, adoptando conceptos fundamentales de la misma y los recursos técnicos propuestos por el fundador del psicoanálisis, pero hace precisiones e inclusiones en nuevos asuntos de la experiencia analítica, que permiten evidenciar una nueva clínica. Tanto el recorrido por las diferencias en los momentos de la técnica en Freud, como los giros que presenta Lacan en la concepción de los modos de operar del analista y sus criterios sobre la experiencia

clínica, serán puestos en cuestión en el próximo capítulo en dos casos documentados por el fundador del psicoanálisis y luego explorados y estudiados por Lacan.

## **5. LA TÉCNICA PSICOANALÍTICA EN DORA Y LA JOVEN HOMOSEXUAL: Las intervenciones de Freud y las precisiones de Lacan.**

A continuación se realiza un análisis de dos casos clínicos del fundador del psicoanálisis: el de Dora y el de la Joven homosexual. Como se mencionó en la introducción, estos casos se eligieron debido a que obedecen a dos momentos lógicos en la obra de Freud, Dora se enmarca en un momento en el cual afloran los recursos técnicos del método psicoanalítico en todo su esplendor; y la joven homosexual porque obedece a un giro importante en la teoría freudiana consistente en la descripción de un segundo tópico de las instancias psíquicas. Se piensa que ambos casos pueden evidenciar los giros más trascendentes en los momentos de la técnica freudiana, aislados en la presente investigación.

Igualmente, se eligen porque Lacan, quien se sirvió de la clínica de otros, particularmente de la de Freud, para avanzar y hacer señalamientos de la clínica psicoanalítica, hace un análisis de ambos casos, realizando precisiones que permiten

evidenciar algunos principios de la dirección de la cura por él propuestos y las superaciones dialécticas con respecto a la concepción freudiana de la técnica.

### **5.1. Las palabras de Dora y las interpretaciones de Freud.**

Dora era una joven de dieciocho años de edad que Freud comenzó a tratar por petición del padre de esta. Dicha paciente presentaba síntomas que aparecían en episodios aislados desde los ocho años de edad caracterizados por «disnea, tos nerviosa, afonía, jaquecas, depresión de ánimo, excitabilidad» (Análisis fragmentario de una histeria, 1948, pág. 517).

Igualmente, en el último tiempo venía evidenciando un fuerte distanciamiento de sus padres, desanimado para contribuir con las labores del hogar propuestas por la madre y venía exigiéndole al padre que abandonara una relación de amistad que guardaba hace años con el Señor y la Señora K, bajo la afirmación de que el Señor K le había hecho propuestas amorosas.

En la exposición de este caso, Freud relata varias intervenciones realizadas y da cuenta de varios acentos que evidencian la práctica analítica por él utilizada, en un momento lógico específico que coincide con el denominado en la presente investigación: la asociación libre, en busca de la génesis de los síntomas.

En primer lugar, Freud menciona comenzar el tratamiento en cuestión solicitándole al sujeto que le relate su historia y la de su enfermedad (1948, pág. 513). Buscando encontrar la génesis de los síntomas, utiliza la asociación libre sugiriéndole a la paciente que trate de comentar todo lo que se le ocurra, aunque orientando su atención a la historia de su padecimiento. Así, se traza el propósito de «retroceder hasta la infancia del sujeto para buscar en ella influjos e impresiones que puedan haber ejercido acción análoga a la de un trauma» (pág. 519), siguiendo la teoría del trauma propuesta años anteriores en colaboración con Breuer.

Igualmente, refiere obtener información por lo menos para este caso, de parte de los familiares de la paciente. En el caso específico de Dora, es el padre quien había consultado a Freud hace varios años, quien apremia a la paciente con la idea de asistir a análisis, brindándole al analista una serie de información que cree pertinente sobre su hija. Freud menciona, que, con dicha información, el padre le ayuda a «no tener que buscar por mí mismo el enlace de la enfermedad, por lo menos en su última estructura, con la historia externa de la paciente» (pág. 518). De esta manera, muestra el valor brindado en la época a las palabras y a la versión dada por los familiares de las personas atendidas. Y si bien no se conforma con la historia narrada por los padres, parece no desecharla, tomándola como un dato más que podría verificarse en el relato del paciente.

Freud menciona su interés por definir un diagnóstico en etapas iniciales del tratamiento, que en este caso obedece al de histeria. Dicho diagnóstico dice haberlo realizado a partir de un episodio que la joven le comunica, ocurrido a sus catorce años de edad, época en la cual el Señor K (amigo de la familia) la besa de manera inesperada para ella, situación ante la cual Dora responde desarrollando tres síntomas: sentimiento de «repugnancia, sensación de presión en el busto, y la resistencia a acercarse a individuos abstraídos en un dialogo amoroso» (Análisis fragmentario de una histeria, 1948, pág. 521). Para Freud el desarrollo de dichos síntomas son índices clínicos suficientes, para afirmar la presencia de una histeria, mencionando literalmente, que «ante toda persona que en una ocasión favorable a la excitación sexual desarrolla predominante o exclusivamente sensaciones de repugnancia» (1948, pág. 520) se podrá concluir tal diagnóstico.

Puede verse como en el momento lógico descrito, Freud logra realizar diagnósticos con base a unos criterios preestablecidos, que parecen alejarse de una lógica del uno por uno, manteniéndolo más cercano al modelo médico del signo patognomónico.

Una vez dada la información sobre su manera de proceder al inicio del tratamiento y sobre el encuentro con el diagnóstico que orienta su actuar, Freud brinda

muestras de las intervenciones por él realizadas, acompañadas de los relatos que hace su paciente sobre su historia.

Dichas intervenciones se presentan como reconstrucciones, preguntas o comentarios que cobran el carácter de interpretación, en la medida en que a partir de las mismas, trata de evidenciar un contenido latente a partir de lo expresado explícitamente por su paciente, definición brindada en el momento lógico descrito a dicho recurso técnico. Entre dichas intervenciones o interpretaciones se destacan las siguientes:

Dora manifiesta constantemente su inconformidad frente a la relación que guarda su padre con la familia K. Específicamente, su malestar radica en que supone que entre su padre y la Señora K existe una relación amorosa y cuando se siente triste aparece en ella la idea de que «su padre la entregaba a k, como compensación de su tolerancia de las relaciones con su mujer» (Análisis fragmentario de una histeria, 1948, pág. 523).

Freud plantea que a pesar de la queja constante de Dora a su padre, sobre su amistad con la Señora K, ella había actuado como cómplice de dicha relación, encontrando como signo de ello, la relación cariñosa y atenta que había mantenido la joven con dicha señora durante mucho tiempo y el lazo creado con sus hijos a quienes dedicaba tiempo y atención.

El fundador del psicoanálisis homologa la conducta amorosa de Dora con los hijos de los señores k, a una situación vivida por la misma, años atrás, en la cual había desarrollado un vínculo cercano con su institutriz. Este vínculo permaneció por varios años, hasta que Dora comenzó a percatarse de que su institutriz se comportaba de manera cariñosa con ella solo en presencia de su padre, intuyendo con ello que el cariño profesado no era hacia ella sino hacia su padre. Esto lleva a Freud a relacionar que Dora al igual que la institutriz era cariñosa con los hijos de los Señores K y evidenciaba una tolerancia silenciosa ante la relación de su padre con la Señora K, debido a «que durante todos aquellos años había estado ella enamorada del Señor K» (pág. 525).

Esta inferencia evidencia uno de los acentos más relevantes del momento lógico en mención, referido al deseo inconsciente hallado por Freud a partir de análisis de sueños y extendido al modo de funcionamiento neurótico, afirmando que el sujeto neurótico tiene deseos que encuentra incompatibles con su integridad y que tiende a reprimir, retirando su interés sobre los mismos e incluso impidiendo su aproximación a la conciencia. Freud parece haberse topado con dicho deseo en Dora, al evidenciar un posible amor al Señor K.

Freud comunica a Dora sus inferencias sobre el amor al Señor K, encontrando como respuesta inicial la negativa ante la misma, luego la afirmación de haber recibido de algunas personas comentarios similares; y finalmente la aceptación de dicha interpretación gracias al material que siguió emergiendo en el proceso de análisis.

Dora se quejaba igualmente sobre las enfermedades presentadas por el padre, afirmando que las mismas le servían para llevar a cabo sus fines con la Señora K. Freud planteaba que esta queja obedecía como en la situación anterior a un asunto de Dora sin resolver, específicamente al sentido que tenían para ella los síntomas físicos. Tras esta hipótesis, aprovecha una experiencia comentada por la paciente en la cual refiere haber sufrido de un fuerte dolor de estómago, para realizar la siguiente pregunta: « ¿A quién imita usted? » (Análisis fragmentario de una histeria, 1948, pág. 525)

Dicha pregunta se fundamenta en la teoría de la identificación, que si bien queda plasmada en 1920, en el texto «Psicología de las masas y análisis del yo» (1948), viene postulándose desde estudios sobre la histeria en 1895 y da cuenta de una tendencia en Freud por encontrar en sus análisis los puntos focales de identificación de sus pacientes. Igualmente, dicha pregunta da cuenta de una orientación de Freud a realizar interpretaciones, a partir de un saber previo. Es decir, él formula un interrogante que actúa como interpretación, al tratar de develar un material oculto en la paciente, con la convicción previa de que las histéricas suelen identificarse, en este caso al síntoma del otro. Haciendo intervenciones no solo con el material brindado por el sujeto, sino también con el saber precedente que ha concluido de los casos atendidos.

Al interrogante en mención realizado por Freud, Dora responde comentando que la tarde anterior, tras la visita a unas primas, se había percatado que una de ellas que decía estar sufriendo de dolores de estómago, simulaba la enfermedad debido a que se encontraba envidiosa del matrimonio de su hermana.

Ante el nuevo relato sobre la visita a sus primas, Freud hace una nueva interpretación, mencionando a Dora la alta probabilidad de que estuviera identificándose a su prima, a quien acusaba de simular un dolor «porque también ella envidiaba el amor de que era objeto otra mujer o porque veía reflejado su propio destino» (Análisis fragmentario de una histeria, 1948, pág. 525). Luego de dicha interpretación cesan los dolores de la paciente.

En el momento en que estaba siendo atendida por Freud, Dora presentaba una tos nerviosa constante y como se mencionó anteriormente un estado de ánimo de decaimiento y aislamiento con respecto a su familia. Freud trata de pensar los síntomas físicos de su paciente, en relación tanto a los síntomas de su padre, como a los que en determinado momento Dora afirma haber presenciado en la Señora K. Así, comenta nuevamente dicha inferencia a su paciente, afirmando que tal como la Señora K se enfermaba cuando su marido regresaba de sus viajes, ella enfermaba hoy para obligar a su padre a abandonar la relación con dicha señora.

Como puede verse las interpretaciones realizadas en este momento lógico, tratan de evidenciar un contenido que el paciente parece desconocer y que Freud colige a partir de diferentes signos de identificación. En palabras del autor, en este momento de su obra, se trata de «adivinar y completar aquello que el análisis solo le indica con signos poco evidentes» (1948, pág. 527). Palabras a partir de las cuales Freud se muestra interesado en hacer caer la red identificatoria de los sujetos atendidos, a partir de la comprensión de dichas identificaciones por parte del paciente, el encuentro de sentidos, e incluso la realización de correlaciones entre síntomas. Por ejemplo, con respecto al último punto, se percibe cómo Freud logra relacionar la tos nerviosa de Dora con los reproches realizados a su padre, al encontrar que a pesar de las interpretaciones efectuadas hasta ahora, ninguno de los dos síntomas cede. Así, evidencia el fracaso de

algunas interpretaciones y la necesidad de buscar en ocasiones, asociaciones más profundas que den cuenta del sufrimiento del sujeto.

Igualmente, se percibe cómo las interpretaciones realizadas evidencian sus efectos a posteriori, como bien Freud lo advertía. Ya sea a partir de la confirmación con información relacionada, o incluso con la supresión de los síntomas, como en el caso de la desaparición de los dolores de estómago referidos por Dora.

Correlacionando la tos nerviosa de Dora con los reproches realizados al Señor K, Freud recoge las afirmaciones de la paciente en las que mencionaba que la Señora K se relacionaba con su padre por ser un hombre de recursos, afirmando que de acuerdo a «ciertos detalles secundarios de su expresión» (pág. 530), puede orientarse a pensar que detrás de dicha afirmación se esconde la idea antitética acerca de la impotencia del padre.

Dicha inferencia se la hace saber a Dora, como una nueva interpretación, recibiendo asentimiento consciente ante la misma. Asunto que hace a Freud interrogar a la paciente sobre la aparente contradicción en la que entra, pues, por un lado, piensa que la relación entre su padre y la Señora K es de carácter íntimo y por otro lado piensa que su padre es impotente. Paradoja a la cual ella responde afirmando que hay variadas maneras de lograr satisfacción sexual.

La respuesta de Dora, ante la paradoja planteada por Freud, lo lleva a pensar en «aquellos órganos que en ella se hallaban en estado de excitación (la boca y la garganta)» (pág. 530), haciendo una conexión entre su tos nerviosa y la satisfacción sexual que ella creía presente entre las dos personas que ocupaban su mente: su padre y la Señora K. Dicha conexión es brindada a la paciente y luego de la misma su tos nerviosa desaparece.

De nuevo, ante una interpretación, se perciben sus efectos a posteriori con la supresión de los síntomas. Igualmente, puede verse cómo una idea que se repite como insatisfactoria, puede llevar a encontrar a Freud información relevante e inesperada de

muy distintas esferas de la vida íntima de sus pacientes. El literalmente expresa, cómo las constantes ideas relativas al amor de su padre con la Señora K, «ofreció al análisis de Dora ocasión de otros distintos descubrimientos» (Análisis fragmentario de una histeria, 1948, pág. 533).

Otro punto que llamó la atención del fundador del psicoanálisis, estaba orientado a la actitud celosa de Dora frente al padre. Mencionaba que parecía haberse colocado en el lugar de la madre, pero al mismo tiempo las fantasías a las que estaban vinculadas sus abscesos de tos, lo llevaban a pensar en una identificación de Dora con la Señora K.

Así, llegó a la conclusión de que si Dora se identificaba a las dos mujeres amadas por su padre, podría inferirse que la joven «se hallaba enamorada de su padre» (1948, pág. 534). Frente a esta nueva interpretación, Dora menciona no poder recordar un amor de este tipo, pero relata una historia de una prima cercana de siete años de edad, quien tras una discusión de los padres, le había manifestado el desprecio que sentía por su madre y el deseo de casarse con el padre.

Según Freud, dichas negativas evidenciadas luego de una interpretación «no hace más que confirmar la represión» (pág. 535). Y en la manera de relatar el caso, se evidencia una tendencia en Freud a atender con gran cuidado la información brindada por la paciente luego de cada interpretación, pues a pesar de las negativas, surgían en ocasiones datos relacionados con el tema en cuestión que de alguna manera confirmaban la interpretación o daban pie para nuevas búsquedas.

Por otro lado piensa Freud, que la crítica constante de Dora sobre la relación de su padre con la Señora K, solo puede «reposar sobre una inclinación hacia el propio sexo» (pág. 535). Suposición que lo lleva a preguntarle a la joven sobre su estilo de relación con la Señora K, obteniendo como respuesta una descripción de la Señora K, realizada con tales acentos de añoranza, que lo llevan a confirmar su suposición. Así, afirma Freud no creer equivocarse al:

Suponer que la idea predominante de Dora, la de las relaciones ilícitas de su padre con la mujer de K, estaba destinada no solo a reprimir su amor, antes consciente hacia aquel hombre, sino también a encubrir su amor a la mujer de K (pág. 537).

Nuevamente se percibe en este punto, la orientación del fundador del psicoanálisis por desenmascarar aquel deseo que permanece oculto y una tendencia en el mismo por hilar y tratar de conectar aquellas ideas que aparecen sueltas en el decir de la paciente, haciendo inferencias que enuncia a manera de interpretación, y a partir de las cuales busca encontrar sentido a las mismas.

#### *5.1.1. Los sueños de Dora y su interpretación.*

En el trabajo realizado con Dora, Freud hace uso de la interpretación de los sueños, que viene explorando y fundamentando, en dos de los sueños de la paciente. El primero es relatado por la misma de la siguiente manera:

Hay fuego en casa, mi padre ha acudido a mi alcoba a despertarme y está en pie al lado de mi cama. Me visto a toda prisa. Mamá quiere poner aún a salvo el cofrecito de sus joyas, pero papá protesta: no quiero que a causa de su cofrecito ardamos los chicos y yo. Bajamos corriendo. Al salir a la calle despierto (FREUD, Análisis fragmentario de una histeria, 1948, pág. 537).

Al tratarse de un sueño que se repite, Freud comienza por invitar a su paciente a «descomponer el sueño en sus elementos» (Análisis fragmentario de una histeria, 1948, pág. 537) y a comunicarle todo aquello que se le ocurra con respecto a los mismos, insistiéndole en que «retenga sus propias palabras» (1948, pág. 537). Nuevamente, frente al análisis de sueños, se percibe la orientación freudiana por utilizar la asociación libre. A partir de la información brindada por Dora, Freud realiza algunas intervenciones e interpretaciones que se enuncian a continuación:

Le menciona a la paciente que este sueño le confirma su hipótesis, acerca de los esfuerzos que creía ella realizaba por «despertar de nuevo su antiguo amor a su padre para defenderse contra el amor a K» (pág. 540). Menciona también, hacer uso de un

«experimento» pidiéndole a Dora «que observase si sobre la mesa había algo desacostumbrado» (pág. 540), esperando que notara las cerillas. Ante la negativa de la misma, Freud la lleva a pensar en una antigua creencia popular que llevaba a prohibir a los niños jugar con fuego, no precisamente por los daños físicos que pudieran causarse, sino porque se presumía que debido a dicha conducta podrían orinarse en la noche en la cama. Esta idea fundada en la antítesis entre el agua y el fuego, menciona Freud «le ha prestado excelentes servicios en su sueño». Pues la madre de Dora en el mismo, intenta poner a salvo el cofrecillo (homologado a los genitales femeninos) para que no arda, es decir, para que no se moje.

Por otro lado, Freud retoma algunas palabras de Dora frente al sueño a partir de las cuales afirma que «puede suceder por la noche algo que le obligue a salir» (pág. 541), mencionándole a la paciente, que dichas palabras podrían ser transferidas a una necesidad física, específicamente a la necesidad fisiológica de orinar. Dicha actividad si se realiza en la cama, puede obligar a una persona a salir de la misma, y en la infancia la posibilidad de su aparición lleva a los padres a despertar a los hijos, para sacarlos de la cama, justamente como en el sueño hace el padre con Dora. A partir de dicha analogía, dice Freud poder concluir que Dora padeció de enuresis nocturna y que la misma duró «más tiempo del corriente en los niños» (pág. 541)

Estos hallazgos, los ofrece Freud a manera de construcción<sup>7</sup>, para luego formular la siguiente pregunta: «¿Qué recuerdos surgen en usted a propósito de todo esto?» (pág. 541), a lo cual Dora responde inicialmente brindando información sobre la enuresis de su hermano y posteriormente sobre la propia.

En sesiones posteriores, Dora brinda nuevos elementos con respecto a dicho sueño, afirmando que al despertar del mismo, generalmente sentía un olor a humo. Dicho asunto llevó a Freud a pensar que el sueño tenía alguna conexión con él, por dos motivos, primero porque cuando Dora ante una interpretación suya, le decía no encontrar nada de relevante en ella, el solía mencionar «no hay humo sin fuego» (pág.

---

<sup>7</sup> Tipo de intervención que si bien formaliza en el último momento definido en el capítulo sobre la técnica en Freud, viene aplicando como puede verse desde los primeros momentos de su práctica.

541); y segundo, porque Dora le había mencionado en alguna ocasión que su padre y el Señor K, eran como él «fumadores impenitentes» (pág. 541)

De esta manera, recoge Freud los indicios que le evidencian la transferencia, facilitada por el hecho de que él también fuera fumador, concluyendo que «en alguna de las sesiones del tratamiento se le ocurrió a la paciente desear que yo la besase» (pág. 542). Así, a partir de un rasgo presente en figuras de amor en la historia del sujeto, que se repiten en el analista y que Dora exalta, Freud presume el establecimiento de la transferencia, suponiendo con ello una posible orientación amorosa de la paciente hacia él. De esta manera evidencia la importancia brindada a la transferencia desde el momento lógico descrito y los signos de repetición de los cuales se vale para identificarla.

Dora le comenta a Freud su interés por acompañar a su madre a un balneario, recomendado para curar enfermedades sexuales. Su madre venía presentando algunos síntomas de dicha índole y Dora suponía que tal enfermedad debía haber sido ocasionada por el padre. «La persistencia en la identificación con la madre» (Análisis fragmentario de una histeria, 1948, pág. 542), llevo a Freud a preguntarle si ella también padecía de una afección sexual, a lo que Dora responde de manera afirmativa, manifestando algunos síntomas presentados (flujo blanco), sin un diagnóstico médico manifiesto.

A partir de dicha inquietud de la paciente, Freud vuelve a pensar en una tendencia de la misma a realizar acusaciones al padre que ocultaban acusaciones contra ella misma, manifestándole que detrás del flujo que ella describía, se escondía siempre en las jóvenes solteras «un indicio de masturbación» (pág. 543). Interpretación que Dora niega resueltamente, pero que días después da indicios de un orden diferente, trayendo consigo al análisis por primera y última vez un bolso de piel con el que jugó toda la sesión, «abriéndolo y cerrándolo, metiendo en él un dedo» (pág. 543).

Freud tras observar dicho comportamiento, le explica a la paciente el concepto de «acto sintomático», definiéndolo como los actos que los hombres ejecutan sin darse

cuenta y «a los que niegan toda significación» (pág. 543), pero que conllevan ideas e impulsos inconscientes dentro de sí.

Así, conjugando las acusaciones contra el padre acerca de la enfermedad sexual, el flujo blanco descrito como síntoma personal y el jugueteo con el bolso, Freud afirma su creencia con respecto a la tendencia masturbatoria infantil de la paciente.

Dora confirma a Freud esta tendencia a la masturbación, por medio de una cadena de asociaciones. Menciona la historia acerca de su primer acceso de asma luego de una excursión por una montaña, comunica igualmente el recuerdo en torno a la respiración jadeante del padre en una noche que lo había sorprendido teniendo relaciones con la madre y finalmente, menciona el recuerdo sobre las prohibiciones que había escuchado de los médicos hacer a su padre, quienes le habían pedido evitar cualquier esfuerzo físico. Estos tres eventos, la llevan a preguntarse si su conducta masturbatoria no le había procurado ningún daño físico, como lo presumía en el padre, luego de la relación presenciada con la madre. A partir de dichas asociaciones Freud evidencia que «el material de un tema es reunido fragmentariamente en diversos tiempos y relaciones distintas» (pág. 545).

Así, algunas inferencias realizadas por Freud, pudieron comprobarse a partir del material ofrecido por Dora luego de las interpretaciones y, algunas otras, no pudieron ser comprobadas en el análisis, debido a la interrupción que la paciente hizo del mismo. Literalmente, afirma Freud que la interrupción del análisis no le permitió «perseguir hasta agotarlos todos los cambios de sentido de los síntomas en el transcurso del tiempo» (pág. 546), cuestión que según él, se podría esperar en lo que llama un «análisis completo» (pág. 546).

La interrupción del análisis, se da luego del trabajo que viene realizándose con respecto a un segundo sueño que Dora presenta. En dicho sueño, Dora se ve pasando por una ciudad desconocida, siguiendo el camino de regreso a casa. Al llegar a su hogar encuentra una carta de su madre, quien le comunica que su padre ha muerto. Ella decide desplazarse inmediatamente a la casa materna, se dirige a la estación del tren y

pregunta: « ¿Dónde está la estación?» (pág. 552), recibiendo como respuesta «cinco minutos» (pág. 552). Ingresa a un bosque en el que se encuentra a un hombre al que le hace la misma pregunta, recibiendo la respuesta «todavía dos horas y media» (pág. 552), ofreciéndose a acompañarla, propuesta a la cual Dora se rehúsa siguiendo su camino hasta llegar a su casa, donde encuentra a la criada quien le comenta «su madre y los demás están ya en el cementerio» (pág. 552)

El análisis del sueño, lleva a Dora a la escena en que el Señor K le declara su amor. Encontrando que nueve meses después de dicho evento, cae enferma de apendicitis, situación que Freud interpreta como la realización de una fantasía de embarazo, logrando a partir de la misma el asentimiento de la paciente. Así, llega a concluir que la relación entre Dora y el Señor K, había dejado, en la paciente, más expectativas y secuelas de las que había podido imaginar. Expresando a Dora a manera de interpretación lo siguiente: «ya ve usted como su amor a k, no terminó con aquella escena y continua vivo hasta hoy, como desde un principio sostuve yo contra su opinión, aunque no tenga usted conciencia de ella» (Análisis fragmentario de una histeria, 1948, pág. 552).

Estos encuentros llevaron a Freud a mostrarse satisfecho con los resultados obtenidos, sin hallar asentimiento de Dora al respecto, quien expresa no haber visto «que haya salido a la luz nada de particular» (1948, pág. 557). Iniciando la siguiente sesión manifestando su intención de abandonar el tratamiento.

En esta última sesión, Dora relata una visita a la familia K, en la cual la Señora K le había comentado el desliz de su esposo con una institutriz a la que cortejaba y trataba de acercar diciéndole que su mujer no era nada para él. Dicho relato le sirvió a Freud para realizar una de las últimas construcciones a la paciente, aseverando saber ya las razones que había tenido para abofetear al Señor K una vez este le había declarado su amor, definiendo la identificación de Dora con la institutriz como la causa de dicha repuesta. Según Freud, Dora había comparado las palabras de amor que había escuchado de boca del Señor K, con las palabras dadas por el mismo a la institutriz, surgiendo con ello el sentimiento de irritación contra el Señor K.

Así pues el sentimiento hostil con el Señor K, pensaba Freud no obedecía a un desprecio real de parte de Dora. Más bien evidenciaba la frustración por no haber alcanzado las expectativas esperadas con el mismo. Conclusión a partir de la cual Freud realiza su última interpretación, mencionando la alta probabilidad de que Dora estuviera esperando ser desposada por el Señor K, situación que bien explicaba la complicidad de la joven frente a la relación de su padre con la Señora K. Esta intervención es escuchada por Dora sin juicios ni contradicciones, aunque a su vez, trae consigo la despedida final de la paciente al análisis.

Concluyendo, Freud afirma haberse propuesto por medio de la formalización de este caso varios fines, entre ellos demostrar cómo el arte onírico puede ser utilizado para revelar los elementos ocultos de la vida anímica (pág. 562), e igualmente, demostrar que la sexualidad constituye la fuerza impulsora de los síntomas histéricos

Para Freud, en el caso de Dora, se evidencia cómo los síntomas «han entrado al servicio de motivos exteriores de la vida» (pág. 562), siendo difícil ver una modificación en el estado del paciente; refiriéndose con ello a la ganancia secundaria de la enfermedad. Sin embargo, pensaba que una vez disuelta la relación con el médico, los síntomas podrían desaparecer. Así, relata cómo un año después de la interrupción del análisis, Dora regresa a su consulta manifestándole la disminución de los síntomas y su sentimiento de alivio, pudiendo él percibir su mejoría.

Sin embargo, Freud afirma para este caso no haber logrado «adueñarse a tiempo de la transferencia» (pág. 564) olvidando atender algunos de los signos de la misma. Para el autor era evidente que Dora dirigía hacia él reediciones de afectos anteriormente dirigidos a su padre. No obstante, pensaba el autor que había dejado pasar inadvertido un signo importante. Cuando llegó el segundo sueño y Dora se dispuso a abandonar la cura, al igual que había abandonado la casa del Señor K, Dora había comenzado a realizar una transferencia de K hacia el analista. Literalmente, afirma Freud, haber debido advertir dicho signo en este momento, manifestándole «ahora ha realizado usted una transferencia de K a mi persona» (pág. 564) explorando directamente si ella había

advertido intenciones en él similares a las que podría tener el Señor K. Con «la solución de esta transferencia» (pág. 564) se hubieran favorecido, según el autor, nuevos accesos al material mnémico. Por el contrario, al Freud no advertir este aspecto de la transferencia, Dora logró hacer recaer sobre él la venganza que «quería ejercitar contra K» (pág. 564) abandonando por dicha razón el tratamiento.

Freud, evidenciaba como no solo había obviado un signo importante transferencial, sino también a partir de sus afirmaciones, da cuenta del manejo que según él, el analista debería hacer de dichos signos. Afirmando la necesidad de interpretarlos, es decir, de interpretar la transferencia. Dicha orientación técnica, coincide con la búsqueda de Freud de brindar sentidos y explicaciones a los pacientes atendidos.

Igualmente, se destaca cómo en este momento, la transferencia era asumida por Freud fundamentalmente como resistencia. Sin embargo, luego de las elaboraciones sobre el caso Dora, Freud llega a la conclusión de que la transferencia es también el motor de la cura, consolidando la transferencia como un recurso técnico fundamental en la práctica analítica.

Finalmente y en elaboraciones posteriores, asevera Freud otro error que nomina técnico frente a este análisis, consistente en no haber logrado colegir que el impulso «amoroso homosexual (ginocófilo) hacia la mujer K, era la más poderosa de las corrientes inconscientes de su vida anímica» (pág. 565). Dicha mujer era sin duda una fuente de conocimientos para Dora en materia sexual y por ello, motivo de su interés y orientación amorosa. Solo hasta momentos posteriores de sus elaboraciones, cuando logra encontrar la importancia de la tendencia homosexual en los neuróticos, Freud consigue maniobrar con dicho asunto en los análisis que realiza, como él mismo lo expresa.

### *5.1.2. Lacan y su retorno al caso Dora.*

Años más tarde, Jacques Lacan en su retorno a Freud, caracterizado por el estudio minucioso tanto de sus casos, como de sus planteamientos teóricos, resalta que el error fundamental del fundador del psicoanálisis con respecto al análisis de Dora, justamente radica en no haber logrado brindar la importancia requerida a la tendencia homosexual de la paciente.

Según Lacan, Freud no logró percatarse a tiempo del objeto de deseo de su paciente. Afirmando literalmente, que «es la Señora K, el objeto que verdaderamente interesa a Dora en tanto que ella misma está identificada al Señor K» (Seminario 3: la psicosis, 1981, pág. 249).

Para Lacan el Yo de Dora es el Señor K, es decir, la imagen que describe el autor, que le permite al sujeto reconocerse, está en el caso de Dora ubicada en el Señor K.

Recuérdese que en los primeros años de su enseñanza, Lacan afirma como una de las fases iniciales del análisis, la realización de la imagen (rl), a partir de la cual, el sujeto se presenta a partir de sus identificaciones que obedecen a imágenes que deberán encadenarse y descubrirse. Para Lacan, el transcurso del análisis consiste «en el completamiento de esa imagen» (Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud, 1981, pág. 278), que lleva consigo el surgimiento del deseo del sujeto. En palabras del autor «cada vez que se da un nuevo paso en el completamiento de esta imagen, el sujeto ve cómo surge en sí mismo su deseo» (1981, pág. 278).

Así, la imagen proyectada del Señor K, hubiera podido favorecer el encuentro de Dora con su deseo hacia la Señora K. Encuentro que no se produce según el autor, debido a la tendencia del fundador del psicoanálisis, por lo menos en el momento lógico en mención, por hacer intervenir sus concepciones previas en el proceso de análisis. Freud en dicho caso, trabaja con el supuesto de que las mujeres aman a los hombres, dando por hecho el amor de Dora hacia el Señor K. «si el análisis hubiera sido conducido correctamente» (pág. 273) afirma Lacan, Freud hubiera tenido que mostrarle a Dora que ella amaba a la Señora K.

La Señora K se convierte en un enigma para Dora al lograr la atención y el amor de su padre, asunto que la lleva a preguntarse ¿qué tendrá dicha mujer? Este enigma sobre lo femenino que se funda en primera instancia en la relación que Dora supone entre dicha señora y su padre, posteriormente se traduce a la relación con el Señor K.

De acuerdo con Lacan, una de las maneras que tiene la histérica para resolver el enigma que entraña lo femenino, es identificándose a lo masculino. En este caso, Dora se identifica al Señor K, preguntándose por la Señora K, como la mujer que guarda un enigma de feminidad llegando finalmente a la pregunta sobre ¿qué es una mujer?

«Cuando Dora se pregunta qué es una mujer intenta simbolizar el órgano femenino en cuanto tal» (Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud, 1981, pág. 254). Identificarse al hombre como portador del pene, le permite a Dora aproximarse a esa definición inaprehensible.

La mujer histérica suele tratar de responder dicha pregunta sobre lo femenino, identificándose en primera instancia al padre, y posteriormente a otro hombre que, como en este caso, presenta un signo de interés por la mujer que lo acompaña.

Lacan formula la omisión de Freud con respecto al verdadero deseo de Dora, como un error importante en la técnica, pues en su clínica, como se mencionó en el capítulo anterior, prevalece una finalidad analítica orientada al encuentro del sujeto con su deseo.

Por otro lado, critica Lacan la propuesta del fundador del psicoanálisis, relacionada con la interpretación de la transferencia. Para el autor, la transferencia evidencia los modos de operar del sujeto en un instante de estancamiento de la dialéctica analítica. Así que interpretar la transferencia, solo llevaría al analista a llenar «con un engaño el vacío de ese punto muerto» (Intervención sobre la transferencia, 2012). Asunto que puede, según su criterio, llegar a ser útil, pero embustero.

Lacan afirma que lo que hubiera podido esperarse como respuesta en Dora, a partir de la interpretación de Freud acerca de una transferencia hacia él de los afectos sentidos hacia el Señor K, sería muy posiblemente una negación que según sus palabras «no hubiese cambiado en nada el alcance de sus efectos» (Intervención sobre la transferencia, 2012, pág. 219).

Finalmente, destaca la orientación del fundador del psicoanálisis, por evidenciar a partir de la interpretación las figuras de identificación de la paciente. Afirmando, que en este momento del trabajo freudiano, se ve un apresuramiento en el analista, al querer evidenciar muy rápidamente dichas fuentes de identificación «forzando el llamado del amor sobre el objeto de la identificación» (LACAN, La dirección de la cura y los principios de su poder, 1958), en este caso atribuyendo a Dora el amor hacia el Señor K.

## **5.2. La joven homosexual.**

### *5.2.1. Las intervenciones de Freud.*

El caso de la joven homosexual es documentado por Freud en 1920, momento que coincide con el estadio nombrado en el capítulo sobre la técnica en Freud «hacer entrar al paciente en el recuerdo». Se trata de una joven de dieciocho años de edad de elevada posición social, que despertó la preocupación de sus padres por la orientación amorosa con la que buscaba a otra mujer mayor que ella, orientación acompañada por la desidia frente a las responsabilidades académicas y sociales.

Los padres se sienten contrariados fundamentalmente por la imprudencia con la que se encuentra con su amiga, sin consideraciones ni reparos a nivel social, y por los continuos engaños a los que incurre para poderse ver con ella. «Reprochan pues a la muchacha un exceso de franqueza por un lado y un exceso de disimulo por otro» (Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina, 1948, pág. 997).

Un día estando en compañía de su amiga, se encuentra a su padre quien le dirige una mirada colérica, hecho que conduce a la joven a tratar de suicidarse arrojándose a

un foso por donde circulaba el tranvía. Dicho acto no la lleva a la muerte. Le trae algunas lesiones físicas, una posición de mayor aceptación de la relación establecida con su amiga por parte de los padres y finalmente una posición de mayor acogida por parte de su amiga.

Medio año después de dicho incidente los padres deciden visitar a Freud, buscando con ello que su hija volviera a la normalidad (1948, pág. 997). El padre específicamente manifiesta su interés por que su hija abandone la homosexualidad a partir del proceso de análisis, antes de tener que recurrir a una opción que contempla como plan b: obligarla a casarse. La madre por su parte no ve de manera tan negativa como el padre el enamoramiento de la joven, su malestar simplemente radica en la transparencia con la cual la joven ostenta sus sentimientos con respecto a su amiga.

Freud se encontró con varias dificultades en el transcurso del tratamiento de la joven. Así, destaca en primera instancia, las dificultades que trae para cualquier tratamiento psicoanalítico y en especial para el caso en cuestión, el hecho de que el sujeto no se presente por voluntad propia, en sus palabras «no es indiferente que un hombre se someta al análisis por su propia voluntad o porque otros se lo impongan» (1948, pág. 999). La joven homosexual era llevada por sus padres y no manifestaba sentirse aquejada de un sufrimiento que le hiciera demandar ayuda.

Como puede verse al igual que en el caso Dora, la joven llega por demanda de sus padres. Sin embargo, en el relato del primer caso, Freud no manifiesta encontrar mayor inconveniente por la manera en que llega su paciente. De hecho afirma la importancia de considerar como un dato más, la información brindada por el padre de la misma. Consideración diferente a la expuesta anteriormente, en la cual el fundador del psicoanálisis admite sus reservas cuando la paciente no llega por interés y cuenta propia.

Otra dificultad, radicaba en el motivo de consulta hecho expreso por los padres: la modificación de la homosexualidad de la joven. Empresa que Freud consideraba no tenía muchas posibilidades. Manifestando explícitamente «los éxitos de la terapia psicoanalítica en el tratamiento de la homosexualidad no son en verdad, numerosos» (El

yo y el ello, 1948, pág. 999), si se busca el paso de la homosexualidad a la heterosexualidad, finalidad que incluso no concebía como propia del análisis.

Dichas dificultades llevaron a Freud a evitar dar a los padres de la joven esperanzas con respecto al tratamiento, mencionando estar dispuesto «simplemente a estudiar con todo cuidado a la muchacha durante algunas semanas o algunos meses» (1948, pág. 999).

Así, se orientó a comenzar el tratamiento a partir de una primera fase preparatoria, consistente en conocer a la paciente y crear hipótesis sobre la génesis del padecimiento. A lo cual la joven se mostró dispuesta, pues no quería ocasionarle más pena a sus padres.

Según Freud, el tratamiento analítico, consta generalmente de dos fases. La que denomina preparatoria en la cual, el médico procura la comprensión del paciente y le ofrece sus deducciones sobre la génesis de la enfermedad; y la segunda, a partir de la cual, se «apodera el paciente mismo de la materia que el analítico le ha ofrecido» (El yo y el ello, 1948, pág. 999), recordando la información reprimida. El análisis de la joven homosexual según el autor no logró trascender la primera parte de la segunda.

Se evidencia así, a partir de las fases mencionadas por el fundador del psicoanálisis, su insistencia por la iniciación del tratamiento a partir de una fase preparatoria en la que evidencia las condiciones para analizar al sujeto.

El análisis mostró a Freud que la dama convertida en objeto de amor era para la joven «un sucedáneo de la madre» (1948, pág. 1002). Los primeros objetos de inclinación sexual para la joven, luego del nacimiento del último hermano eran «madres, mujeres entre 30 y 35 años» (pág. 1002). Luego, dicho rasgo de maternidad buscado fue cambiado, encontrando así atractiva «la esbelta figura, la severa belleza y el duro carácter de aquella señora» (pág. 1002) que le recordaba a la joven la personalidad de su hermano mayor. Así, el objeto escogido correspondía tanto a su ideal femenino

como al masculino, con lo que se le demostraba a Freud una tendencia general en el humano a la bisexualidad.

La joven que experimentaba la necesidad de una madre amable, encontraba por el contrario en su progenitora una actitud recelosa y competitiva con ella. Esto la llevó a acercarse más al padre, e incluso pensaba Freud, a querer tener un hijo con él. Sin embargo, una vez la madre queda en embarazo y da a luz un hijo, la joven se distancia del padre y en general de los hombres, rechazando así su feminidad. En palabras de Freud, la «muchacha había pues rechazado de sí, después de aquel desengaño el deseo de un hijo, el amor al hombre y en general su feminidad» (pág. 1003) tomando como objeto erótico a la madre.

Como «ventaja de la enfermedad» (pág. 1003), Freud hallaba la orientación de la joven a dejar los hombres a su madre, quien aún se mostraba joven y deseosa de ser admirada, suprimiendo la competencia hacia ella. Igualmente, encontraba en su elección sexual la manera de vengarse de su padre, al no haberla elegido a ella como objeto de amor.

En cuanto a la tentativa de suicidio, la joven menciona inicialmente que dicho acto fue un desenlace por la mirada colérica del padre, una vez se topa con él, al encontrarse en compañía de su amiga. El enfado del padre, le había causado dificultades con la mujer que amaba, quien al percatarse de su rechazo le había afirmado su deseo de terminar la relación. Sin embargo, el desarrollo del análisis le permitió a la joven llegar a conclusiones más profundas sobre su tentativa de suicidio, relacionadas tanto con un intento de autocastigo como con la realización de un deseo.

Según Freud, el psicoanálisis había evidenciado que aquellas personas que intentaban suicidarse, de manera implícita buscaban matar «simultáneamente a un objeto al cual se ha identificado» (El yo y el ello, 1948, pág. 1005). Para el caso de la joven, el hecho de que su amiga le hubiera hablado de manera similar al padre, afirmándole la dificultad de seguir con su relación, la llevaba a volver contra ella misma el deseo de muerte que había sentido hacia su madre, una vez dio a luz a su hermano.

En este punto vuelve a evidenciarse la tendencia freudiana a buscar el deseo que subyace a los actos de los sujetos, tendencia propuesta en estadios anteriores. Pero que en el momento presente se enlaza con la orientación encontrada en la joven a cumplir ese deseo agresivo que siente hacia otra persona en ella misma. Este nuevo asunto, es coherente con el punto más relevante descrito por Freud en el momento lógico referido acerca de la tendencia del ser humano a buscar estados anteriores, que lo llevan a repetir situaciones desagradables a pesar del sufrimiento que ello pueda implicar.

En su relato la joven no encadenaba con el padre el asunto de su intento de suicidio. Sin embargo, pensaba Freud, que justamente las tendencias agresivas y vengativas contra el padre, la llevaban a mantenerse en la homosexualidad y la resistencia por parte de la joven en la aceptación de dichos afectos dejaba «libre a la investigación psicoanalítica un amplio sector» (pág. 1006).

No obstante, el análisis había transcurrido sin mayores resistencias y la actitud de la joven ante el mismo permanecía bastante racional. Freud ejemplifica dicha orientación, a partir de una ocasión en la cual trató de revelarle una parte importantísima de la teoría, recibiendo como respuesta un apreciación de lo interesante que le parecía, «como una señora de la buena sociedad que visita un museo y mira a través de sus impertinentes una serie de objetos que la tienen completamente sin cuidado» (pág. 1006).

Según el fundador del psicoanálisis, la venganza contra el padre «determinaba la fría reserva» (pág. 1006) que imposibilitaba la manifestación explícita de la transferencia hacia el médico. Sin embargo, encuentra que la joven había transferido hacia él la total repulsión del hombre que la dominaba (pág. 1006); transferencia que llevaba a la joven a oponerse a sus esfuerzos terapéuticos. Así, al Freud encontrar una orientación hostil de la joven hacia su padre, se orienta a pensar la existencia de una transferencia negativa hacia él, que lo lleva a interrumpir el análisis y a recomendar a su paciente seguir el tratamiento con una mujer.

En este punto Freud, es coherente con la teoría expuesta en el momento lógico mencionado, en la cual afirma que la reproducción de actos que aparecían referidos a la historia del paciente, recogía siempre en su contenido un fragmento de la vida sexual infantil y del complejo de Edipo y tenía lugar siempre dentro de la transferencia.

Solo manifiesta Freud, haber encontrado un indicio de transferencia positiva en el tratamiento con dicha paciente. La joven tuvo una serie de sueños, a partir de los cuales expresaba un sentimiento positivo por vivir los horizontes que ahora se le abrían, confesando «un deseo de lograr el amor de un hombre y tener hijos» (pág. 1006). Inicialmente, y teniendo en cuenta que dichos sueños aparecían en contradicción con las declaraciones realizadas por la paciente, Freud interpreta los mismos como un intento de engaño, mencionándole a la joven creer que tal como lo hacía con su padre, ella ahora quería engañarlo. Sin embargo, pensaba Freud que dichos sueños también encubrían una intención de querer agradar al analista. A partir de las interpretaciones realizadas sobre la tentativa de engaño, vuelve a percibirse en el momento lógico descrito la orientación freudiana por interpretar la transferencia.

En este momento de su elaboración afirma Freud, la imposibilidad de realizar generalizaciones en el proceso analítico, mencionando que a pesar de que el analista conozca los factores etiológicos de cierta enfermedad, no logra saber de antemano cuales podrán ser más fuertes que otros. Solo al final del análisis, el analista podrá hablar de qué factores tuvieron mayor preponderancia. Así, por ejemplo, manifiesta «no habremos de afirmar que toda muchacha cuyos deseos amorosos, emanados de la disposición correspondiente al complejo de Edipo en los años de la pubertad, queden defraudados, se refugie en la homosexualidad» (El yo y el ello, 1948, pág. 1008). Punto en el que se distancia claramente de las concepciones que lo acompañaban en el tratamiento de Dora, paciente a la cual se atrevió a diagnosticar justamente a partir de lo que en este nuevo momento denomina una generalización.

### *5.2.2. Las precisiones de Lacan frente al caso de la joven homosexual.*

Al igual que frente al caso Dora, Lacan retorna al caso de la joven homosexual, haciendo apreciaciones de la práctica freudiana e introduciendo apuntes con respecto a la clínica propuesta por él.

En primera instancia retoma el asunto transferencial comentado por Freud, a partir de los sueños manifestados por la joven, interpretados como una tentativa tanto de engaño, como de seducción. Lacan recoge las palabras de Freud donde afirma la probabilidad de que la joven quisiera ganarse su interés «probablemente para causarle una desilusión más profunda» (Seminario 4: la relación de objeto, 1994, pág. 110). El autor afirma que si Freud habla de una posible desilusión es porque estaba dispuesto a ilusionarse, «entrando en el juego imaginario» (1994, pág. 110).

En este punto, deben recordarse las afirmaciones de Lacan con respecto a las relaciones imaginarias en el análisis, definidas como relaciones narcisistas, lejanas al lazo social que considera debe establecerse en la experiencia analítica. Para el autor, la relación imaginaria no hace más que dejar al analista en el juego del paciente, llevando a este último a procesos que los identifican, y que para nada contribuyen con el encuentro con la verdad de su inconsciente.

Según Lacan, Freud «lejos de tomar el texto del sueño al pie de la letra no ve en él más que una treta de la paciente» (Seminario 4: la relación de objeto, 1994, pág. 136). Con dicha afirmación, el autor critica nuevamente, la orientación freudiana hacia la interpretación de la transferencia e igualmente hace énfasis en la necesidad de tomar el deseo a la letra, en la medida en que está determinado por las leyes del significante, instancia esta última que considera el material del análisis.

Igualmente, manifiesta a partir de los sueños de la joven interpretados por Freud como un signo transferencial, la doble finalidad del sueño. Según el autor, Freud diferenció dos deseos del sueño, uno preconscious y otro inconsciente. En sus palabras «Freud distingue pues muy bien los dos deseos, sólo que no extrae las consecuencias más extremas» (1994, pág. 137). Para el autor, los sueños de la joven evidencian no solo sus deseos inconscientes, sino también la orientación de los mismos hacia el analista.

Según Lacan, el «sueño producido durante un análisis comporta siempre cierta dirección hacia el analista» (pág. 137), es decir, son sueños transferenciales.

Afirma también Lacan, el apresuramiento de Freud en dicho caso, al realizar interpretaciones de manera precoz, diciéndole a la joven que ella quiere engañarlo como engañaba a su padre introduciendo así «en lo real el deseo de la chica, cuando solo era un deseo y no una intención de engañarle» (Seminario 4: la relación de objeto, 1994, pág. 110). De esta manera Freud da consistencia y cuerpo al deseo de la joven, cuando según Lacan el análisis se trata de algo bien diferente: «develar el discurso mentiroso que estaba ahí en el inconsciente» (1994, pág. 110).

Si bien Lacan afirma hasta 1964, que la finalidad analítica está orientada al encuentro del sujeto con su deseo. Es vehemente al afirmar a partir del caso de la joven homosexual, que no es el analista el que debe darle consistencia a dicho deseo. Es el sujeto que debe encontrarse con el mismo, eligiendo la concreción o no de este.

En síntesis puede verse cómo se encuentran semejanzas y diferencias importantes tanto en Freud de acuerdo a los instantes lógicos de su obra, como entre este y Lacan. En momentos avanzados de sus elaboraciones, se puede percibir un Freud que se toma más tiempo para la realización de interpretaciones, que tiene en cuenta el establecimiento de la transferencia para la realización de las mismas. De hecho en el momento en que formaliza el caso de la joven homosexual, diferencia el trabajo analítico en dos etapas, afirmando la existencia de una etapa preparatoria que incluye en sus maneras de proceder con dicha paciente. Sin embargo, su tendencia por esclarecer el deseo que subyace los actos de sus pacientes, se ven en ambos casos y por ende, se suponen en la mayoría de momentos de su reflexión y construcción teórica.

Si bien Lacan se pliega del interés freudiano por encontrar el deseo que subyace a la conciencia del paciente, en cuanto a las maneras de operar, se percibe cómo Freud se orienta por la búsqueda de sentidos y la realización de construcciones, mientras Lacan resalta la orientación del analista a decantar los enigmas del analizante. El primero, brinda la información que cree oculta en el paciente, para encontrar aceptación

o no ante la misma y a su vez promueve nuevas asociaciones, el segundo señala los enigmas e interrogantes.

Igualmente, se destaca que si bien Freud se orienta a la búsqueda del encuentro del deseo del paciente y Lacan afirma la misma idea como finalidad analítica por lo menos hasta 1964, este último se diferencia radicalmente del autor, al afirmar que no es el analista quien pone en palabras dicho deseo, como puede verse en las intervenciones de Freud en los dos casos mencionados. Para Lacan, es el sujeto a partir de sus palabras, quien puede acercarse y encontrarse con su deseo.

## 6. CONCLUSIONES

Técnica y clínica son dos conceptos que pueden estar íntimamente ligados o en absoluta yuxtaposición, de acuerdo a la concepción que se tenga de los mismos.

Etimológicamente hablando la palabra clínica, es derivada del latín *clinicus* que significa «visita al que guarda la cama» (COROMINAS & J. A., Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico. Vol. II, 1980, pág. 101), y la técnica, como se mencionó en el transcurso del trabajo, proviene del latín *téchne* que significa arte (Diccionario de filosofía Q-Z, 2001, pág. 3450), y es definida en el diccionario filosófico de Ferrater Mora, como una habilidad que sigue ciertas reglas.

En dicho sentido podría decirse que quien visita a quien guarda la cama, debería contar con ciertas habilidades para contribuir en su curación y esta sería una manera simple pero práctica de unir dichos conceptos. Sin embargo, desde el psicoanálisis esta unión o correlación no es tan simple y se hace problemática por varias razones:

Primero, porque para hablar de técnica psicoanalítica es imprescindible abordar al fundador del psicoanálisis y en su obra se encuentran diferentes descripciones de la técnica de acuerdo al momento lógico de la misma, que permiten pensar acentos diferentes en su clínica. Estos momentos se evidencian desde los albores del psicoanálisis hasta el final de la obra de su fundador con sus últimos escritos en 1937 y 1938.

Segundo, porque no puede hablarse de una sola técnica unívoca para el psicoanálisis, pues se encuentra en la literatura de los psicoanalistas posteriores a Freud, diferentes interpretaciones de la técnica freudiana que no permiten el encuentro con un constructo teórico único con respecto al tema y este hecho permite entender por qué se han planteado clínicas diferentes bajo el nombre del psicoanálisis.

Finalmente, porque la sola acepción de técnica tiene diferentes miradas y formulaciones y en los últimos tiempos ha sido relacionada con la noción de estándar.

Noción que remite a una única manera de operar y que va en contravía con postulados de algunos psicoanalistas y con la clínica por ellos propuesta, entre ellos el fundador del psicoanálisis, quien afirma no poder referirse a una técnica unívoca para todos los analistas practicantes y para todos los pacientes atendidos.

Dichas situaciones problemáticas alumbraron la pesquisa realizada en la presente investigación, de la cual se desprende lo siguiente:

- A pesar de las diferencias encontradas en las concepciones de la técnica en Freud a través de algunos momentos lógicos de su obra, se perciben elementos que aparecen como constantes a través de los mismos. En todos los momentos descritos, se evidencia cómo, la técnica psicoanalítica propuesta por el fundador del psicoanálisis, busca el encuentro con la verdad del inconsciente, una verdad que permanece velada y oculta para el sujeto y que es la responsable de su sufrimiento.
- Desde el primer momento mencionado de la técnica freudiana hasta el último, se percibe un énfasis importante del fundador del psicoanálisis, sobre la relación analista–paciente. Desde el método catártico, método antecesor al psicoanalítico, Freud habla de dicha relación como rapport, en momentos subsiguientes formula el concepto de transferencia y hasta el final de sus escritos se referirá a esta como un pilar esencial en la práctica psicoanalítica.
- Desde el tercer momento de la técnica descrito de la obra freudiana, el autor introduce la asociación libre y la interpretación, como medios auxiliares o instrumentos para el encuentro con el inconsciente. Dichos medios auxiliares permanecerán hasta el final de su obra y junto con la transferencia, se postulan como las tres herramientas fundamentales de la práctica psicoanalítica.
- Desde el segundo momento de la técnica freudiana, la teorización del autor está encaminada a tratar de discernir cómo la técnica logra hacerse más fina para encontrar los núcleos de represión, habiendo suprimido las resistencias.

- Desde los albores del método psicoanalítico, se hace énfasis en el origen sexual traumático de los síntomas neuróticos, que siendo reprimidos deben ser descubiertos por medio de la técnica.
- Jacques Lacan, psicoanalista francés, en la misma vía de Freud, hace un énfasis importante sobre la imposibilidad de estandarizar las maneras de operar en el psicoanálisis, prefiriendo hablar más de principios que de técnicas, como constructos orientadores a tener en cuenta en la clínica. Dicho autor no solo retorna a los postulados freudianos sobre técnica, los aborda y analiza, sino que también avanza en dichos postulados creando una mirada propia de la clínica que en la actualidad se conoce con su nombre.
- Para Lacan, la clínica está relacionada con «lo que se dice en un psicoanálisis» (Apertura de la sección clínica, 1981) e implica «el discernimiento de cosas que importan y que cuando se haya tomado conciencia de ellas serán de gran envergadura» (1981). Este decir, y discernimiento está en la búsqueda de un saber del inconsciente, que Lacan aísla mediante la función de lo simbólico, que se revela en la noción de significante.
- Tanto Lacan como Freud afirman la importancia del trabajo personal del analista en su propio análisis. Freud indica que dicho trabajo personal debe posibilitar al médico silenciar sus afectos, alejarse de brindar satisfacciones sustitutivas y abstenerse a ubicarse en la posición de modelo. Lacan por su parte afirma la importancia de la muerte del Yo del analista en la experiencia analítica, que puede lograrse a través del trabajo personal del mismo, tras la caída de sus identificaciones. Esta abolición del Yo del analista en la praxis, permite, según Lacan, ocupar un lugar que le permite al sujeto encontrarse con la verdad de su inconsciente, sin identificarse a la persona del analista.
- Lacan define tres registros de la realidad humana: simbólico, imaginario y real. Con lo imaginario alude a aquello que le permite al sujeto representarse y

presentarse ante el otro; lo simbólico, remite a un conjunto de símbolos y significantes que hacen posibles la comunicación entre los seres humanos y al mismo tiempo determina un desencuentro en las relaciones entre estos. Este desencuentro se deriva de la significación particular que guardan los símbolos y las palabras para cada quien. Finalmente, lo real, lo define como un golpe que sorprende al sujeto evidenciándole algo que escapa a su control.

A pesar de definir el registro simbólico como aquel que lleva al desencuentro con el otro. En los años de la enseñanza que cobija la presente investigación, lo propone como el registro característico de la práctica analítica, en la medida en que posibilita el encuentro del sujeto con sus palabras y con los mensajes que estas traen.

- Lacan propone, como finalidad analítica hasta 1964, el encuentro del sujeto con su deseo. Y esto lo articula a la ética del psicoanálisis, mencionando que, es en relación a la coherencia en la búsqueda de dicho deseo, que puede hablarse de una posición ética por parte del sujeto.
- Se encuentran en las elaboraciones de Lacan hasta 1964, sobre la clínica psicoanalítica, giros con respecto a algunas de sus concepciones. Un ejemplo de esto es el lugar que refiere para el analista en sus primeras elaboraciones, lugar correspondiente al lugar del lenguaje representado por la letra A, en contraste con el lugar definido años más tarde, como lugar causa de deseo, representado por la letra a, pues ya no se hace énfasis en un lugar que le permite al sujeto encontrarse con su palabra, sino que se postula la necesidad de causar el deseo del sujeto en querer saber sobre sí mismo.
- Lacan trasciende la definición freudiana de la transferencia como repetición, afirmando que en la misma, el analista deberá realizar pesquisas también de las invenciones del sujeto y las irrupciones de lo real en dicho lazo.

- Lacan ingresa un nuevo tipo de interpretación, diferente a la freudiana, que nombra como corte. A partir de esta, se diferencia de las interpretaciones reveladoras de sentido propuestas por Freud, tratando más bien a partir de la misma, de evidenciar los agujeros que dan cuenta de la ausencia de sentido y que orientan a los significantes que han marcado el ser del sujeto.
- Si bien Freud, incluye en sus análisis la búsqueda del deseo que subyace las actuaciones de los sujetos atendidos, Lacan le brinda una relevancia superior al encuentro de los sujetos con su deseo, afirmando, a diferencia de Freud, que dicho encuentro debe ser favorecido por el analista, pero no es este quien deba darle consistencia a los mismos.
- En los dos casos de Freud trabajados en la presente investigación se percibe una tendencia en él por descubrir y evidenciar la red identificatoria de sus pacientes. Asunto que es retomado por Lacan en su clínica, pero que a su vez trasciende al señalar la importancia del tiempo que se requiere para lograr dicho fin y el cuidado que precisa tener el analista, para no ser él quien de consistencia a un posible deseo del sujeto.
- Mientras Freud evidencia una tendencia por enseñarles a sus pacientes y explicar la teoría psicoanalítica, y a su vez hacer construcciones con la información que permanece velada, brindándosela a sus pacientes, Lacan en los casos que analiza del fundador del psicoanálisis, evidencia una orientación diferente, al señalar más bien los enigmas que permanecen ocultos para los analizantes.

## 7. BIBLIOGRAFÍA

- BARRANZA, R. (12 de marzo de 2008). Sobre los alcances del método freudiano: en los límites de la histeria. Obtenido de Monografías:  
[www.monografias.com/trabajo55](http://www.monografias.com/trabajo55)
- COROMINAS, J., & J. A., P. (1980). Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico. Vol. II. Madrid: Gredos.
- COROMINAS, J., & J. A., P. (1983). Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico. Vol. V. Madrid: Gredos.
- DELGADO, O. (2011). Psicoanálisis Freud. Obtenido de Presentación de la Cátedra de Psicoanálisis de Freud: <http://w.psicoanalisisfreud1.com.ar/presentacion.php>
- DEMITROFF, S. (2008). De la técnica al acto. Obtenido de EFLA:  
[www.efla.com.ar/003.pdf](http://www.efla.com.ar/003.pdf)
- DESCARTES, R. (1994). Discurso del método y tratado de las pasiones del alma. Barcelona: RBA.
- DESCARTES, R. (1999). Principios de filosofía. México: Porrúa.
- DESCARTES, R. (1999). Reglas para la dirección del espíritu. México: Porrúa.

Diccionario enciclopédico. (2009). México: Larousse.

EIDELBERG, A. (2002). La neutralidad analítica e intersubjetividad: uso del dummy. Debate sobre el tema de la contratransferencia dentro del marco del Seminario Propedéutico "Clínica de la neurosis". Dictado por Graciela Brodsky. Buenos Aires: Instituto Clínico de Bs. As. ICba.

EPSZTEIN, S. (12 de 05 de 2013). Cátedra del psicoanálisis de Freud 1. Obtenido de <http://www.psicoanalisisfreud1.com.ar/presentacion.php>

FERRATER MORA, J. (2001). Diccionario de filosofía A-D. Barcelona: Ariel.

FERRATER MORA, J. (2001). Diccionario de Filosofía K-P. Barcelona: Ariel.

FERRATER MORA, J. (2001). Diccionario de filosofía Q-Z. Barcelona: Ariel.

FREUD, S. (1948). Análisis de un caso de neurosis obsesiva. En S. FREUD, Obras completas de Freud. Vol. II (pág. 624). Buenos Aires: Biblioteca nueva.

FREUD, S. (1948). Análisis de una fobia de un niño de cinco años. En S. FREUD, Obras completas de Freud. Vol. II (pág. 566). Buenos Aires: Biblioteca nueva.

FREUD, S. (1948). Análisis fragmentario de una histeria. En S. FREUD, Obras completas. Tomo II (pág. 517). Madrid: Biblioteca nueva.

FREUD, S. (1948). Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico. En S. FREUD, Obras completas. Tomo II (pág. 326). Madrid: Biblioteca Nueva.

FREUD, S. (1948). El chiste y su relación con lo inconsciente. En S. FREUD, Obras completas. Tomo I (pág. 837). Madrid: Biblioteca nueva.

FREUD, S. (1948). El porvenir de la terapia psicoanalítica. En S. FREUD, Obras completas. Tomo II (pág. 310). Madrid: Biblioteca nueva.

FREUD, S. (1948). El psicoanálisis silvestre. En S. FREUD, Obras completas. Tomo II (pág. 315). Madrid: Biblioteca Nueva.

FREUD, S. (1948). El yo y el ello. En S. FREUD, Obras completas. Tomo I (pág. 1191). Madrid: Biblioteca nueva.

FREUD, S. (1948). Esquema del psicoanálisis. En S. FREUD, Obras completas. Tomo II. Madrid: Biblioteca nueva.

FREUD, S. (1948). Estudios sobre la histeria. En S. FREUD, Obras completas. Tomo I (pág. 65). Madrid: Biblioteca nueva.

- FREUD, S. (1948). Historia de una neurosis infantil. En S. FREUD, Obras completas de Freud. Tomo II (pág. 693). Buenos Aires: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). Historiales clínicos. En S. FREUD, Obras completas. Tomo II (pág. 511). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). Introducción al narcisismo. En S. FREUD, Obras completas. Tomo I (pág. 1087). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). Introducción al psicoanálisis, lección 27: la transferencia. En S. FREUD, Obras completas (pág. 288). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). La dinámica de la transferencia. En S. FREUD, Obras completas. Tomo II (pág. 323). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). La elaboración onírica. En S. FREUD, La elaboración onírica (pág. 407). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). La histeria. En S. FREUD, Obras completas. Tomo I (pág. 35). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). La iniciación del tratamiento. En S. FREUD, Obras completas. Tomo II (pág. 334). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). La negación. En S. FREUD, Obras completas. Tomo II (pág. 1042). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). La terapia analítica. En S. FREUD, Obras completas. Tomo II. Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). Las pulsiones y sus destinos. En S. FREUD, Obras completas. Tomo II. Madrid: Biblioteca Nueva.
- FREUD, S. (1948). Lo inconsciente. En S. FREUD, Obras completas. Tomo I (pág. 1043). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). Más allá del principio del placer. En S. FREUD, Obras completas, Tomo I (pág. 1089). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). Observaciones sobre el amor de transferencia. En S. FREUD, Obras completas. Tomo II (pág. 351). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). Psicoanálisis: cinco conferencias pronunciadas en la Clark University. En S. FREUD, Obras completas. Tomo II. Madrid: Biblioteca nueva.

- FREUD, S. (1948). Psicología de las masas. En S. FREUD, Obras completas. Tomo I. Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). Psicología de los procesos oníricos. En S. FREUD, Obras completas. Tomo I (pág. 542). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). Psicoterapia de la histeria. En S. FREUD, Obras completas. Tomo I. (pág. 103). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). Recuerdo, repetición y elaboración. En S. FREUD, Obras completas, Tomo II (pág. 345). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1948). Resistencia y represión. En S. FREUD, Obras completas. Tomo II (pág. 210). Madrid: Biblioteca Nueva.
- FREUD, S. (1948). Señorita Isabel de R. En S. FREUD, Obras completas. Tomo I (pág. 80). Madrid: Biblioteca Nueva.
- FREUD, S. (1948). Sistemática. En S. FREUD, Obras completas. Tomo II (pág. 19). Madrid: Biblioteca Nueva.
- FREUD, S. (1948). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. En S. FREUD, Obras completas. Vol.1 (pág. 997). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1968). Análisis terminable e interminable. En S. FREUD, Obras completas. Tomo III (pág. 544). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1968). Compendio de psicoanálisis. En S. FREUD, Obras completas. Tomo III (pág. 1022). Madrid: Biblioteca Nueva.
- FREUD, S. (1968). Construcciones en psicoanálisis. En S. FREUD, Obras completas. Tomo III (pág. 575). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1968). La escisión del yo en el proceso de defensa. En S. FREUD, Obras completas. Tomo III (pág. 389). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1968). La técnica del psicoanálisis. En S. FREUD, Obras completas. Tomo III (pág. 1036). Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1968). Los orígenes del psicoanálisis: carta 52. En S. FREUD, Obras completas. Tomo III. Madrid: Biblioteca nueva.
- FREUD, S. (1968). Proyecto de psicología para neurólogos. En F. Sigmund, Obras completas. Tomo III (pág. 886). Madrid: Biblioteca nueva.

- FREUD, S. (1968). Psicoterapia tratamiento por el espíritu. En S. FREUD, Obras completas. Tomo III (pág. 449). Madrid: Biblioteca nueva.
- GADAMER, H.-G. (1996). El estado oculto de la salud. Barcelona: Gedisa.
- GAY, P. (1988). Una vida de nuestro tiempo. Barcelona: Paidós.
- GOLDENBERG, M. (17 de 04 de 2013). El legado de Freud. Obtenido de [www.lacan.com/ellegado.htm](http://www.lacan.com/ellegado.htm)
- GRAJALES, T. (22 de 04 de 2013). Tipos de investigación. Obtenido de <http://tgrajales.net/investipos.pdf>.
- GREENSON, R. (1976). Técnica y práctica del psicoanálisis. México: Siglo XXI.
- HEIDEGGER, M. (24 de 09 de 1969). Octogésimo cumpleaños de Heidegger. (R. WISSER, Entrevistador)
- HEIDEGGER, M. (1994). Conferencias y artículos. Barcelona: Odos.
- HEIDEGGER, M. (1996). Caminos del bosque. Madrid: Alianza Editorial.
- HELVOET, D. (2011). Conferencia de Jacques-Allain Miller. Londres: Dominique Helvoet. (No revisado por el autor).
- LACAN, J. (1958). La dirección de la cura y los principios de su poder. En J. LACAN, Escritos 2 (pág. 613). México: Siglo XXI.
- LACAN, J. (1981). Apertura de la sección clínica. Ornicar. No. 03 (Edición castellana). Ed. Pretel, 37-46.
- LACAN, J. (1981). Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud. Barcelona: Paidós.
- LACAN, J. (1981). Seminario 3: la psicosis. Barcelona: Paidós.
- LACAN, J. (1984). Información sobre el informe de Daniel Lagache. En J. LACAN, Escritos 2 (pág. 662). México: Siglo XXI.
- LACAN, J. (1985). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En J. LACAN, Escritos 2 (pág. 573). México: Siglo XXI.
- LACAN, J. (1989). Seminario 11: los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (1994). Seminario 4: la relación de objeto. Barcelona: Paidós.

- LACAN, J. (1999). Seminario 5: las formaciones del inconsciente. Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (2003). Seminario 7: la ética del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (2004). Seminario 8: la transferencia. Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (2005). De los nombres del padre. Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (2005). Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud. En J. LACAN, Escritos 1 (pág. 362). Buenos Aires: Siglo XXI.
- LACAN, J. (2008). Escritos 2. Buenos Aires: Siglo XXI. 2da edición.
- LACAN, J. (2012). Discurso de Roma. En J. LACAN, Otros escritos (pág. 149). Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (2012). El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En J. LACAN, Escritos 1 (pág. 104). Buenos Aires: Siglo XXI.
- LACAN, J. (2012). Intervención sobre la transferencia. En J. LACAN, Escritos 1 (pág. 210). Buenos Aires: Siglo XXI.
- LACAN, J. (2012). Introducción al comentario de Jean Hippolite sobre la verneinung de Freud. En J. LACAN, Escritos 1 (pág. 354). Buenos Aires: Siglo XXI.
- LACAN, J. (2012). La cosa freudiana, o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis. En J. LACAN, Escritos 1 (pág. 381). Buenos Aires: Siglo XXI.
- LACAN, J. (2012). Más allá del principio de realidad. En J. LACAN, Escritos 1 (pág. 90). Buenos Aires: Siglo XXI.
- LACAN, J. (2012). Seminario 2: El yo en la teoría de Freud. Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (2012). Variantes de la cura tipo. En J. LACAN, Escritos 1 (pág. 317). Buenos Aires: Siglo XXI.
- LACAN, J. (2014). Seminario 6: El deseo y su interpretación. (pág. 158). Buenos Aires: Paidós.
- LOMBARDI, G. (2007). La clínica del psicoanálisis. Ética y técnica. Buenos Aires: Atuel.
- MEJÍA, E. (2009). La interpretación en psicoanálisis. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia

MOSQUERA, M. (08 de 2013). Espacio para el estudio de lo inconsciente y su tipología, el simbólico, el imaginario y el real. Obtenido de <http://topsyloc.blogspot.com>

NASIO, J. D. (1996). Cómo trabaja un psicoanalista. Buenos Aires: Paidós.

OREJUELA, J. J. (2012). Conversaciones con psicoanalistas. Palabra Plena, 52-60.

PLATÓN. (1963). Diálogos socráticos. México: W.M. Jackson INC.

PLATÓN. (1963). El banquete. En PLATÓN, Diálogos socráticos (pág. 323). México: Jackson Inc.

RAMÍREZ, J. (08 de 2004). La técnica psicoanalítica como poiesis. Obtenido de Revista Uaricha: [www.revistauricha.org/Articulos/Uaricha](http://www.revistauricha.org/Articulos/Uaricha)

ROAZEN, P. (1998). Cómo trabajaba Freud. Barcelona: Paidós.

VEGH, I. (1992). ¿Praxis vs. Técnica? Entrevista. (D. LÓPEZ, & F. TORRICELLI, Entrevistadores)